EL TERAPEUTA

Cuéntame tus secretos. Te reto...



C.L. SUTTON

El Terapeuta

C.L. Sutton

Copyright © 2025 by C.L. Sutton

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

1. Prólogo
2. Capítulo 1
3. Capítulo 2
4. Capítulo 3
5. Capítulo 4
6. Capítulo 5
7. Capítulo 6
8. Capítulo 7
9. Capítulo 8
10. Capítulo 9
11. Capítulo 10
12. Capítulo 11
13. Capítulo 12
14. Capítulo 13
15. Capítulo 14

16. Capítulo 15
17. Capítulo 16
18. Capítulo 17
19. Capítulo 18
20. Capítulo 19
21. Capítulo 20
22. Capítulo 21
23. Capítulo 22
24. Capítulo 23
25. Capítulo 24
26. Capítulo 25
27. Capítulo 26
28. Capítulo 27
29. Capítulo 28
30. Capítulo 29
31. Capítulo 30
32. Capítulo 31
33. Capítulo 32
34. Capítulo 33
35. Capítulo 34
36. Capítulo 35
37. Capítulo 36
38. Capítulo 37
39. Capítulo 38
40. Capítulo 39

Prólogo

El peso del ataúd de mi padre no era nada comparado con la carga del desastre que ha dejado atrás.

El ambiente en mi sala de estar está cargado de duelo. Se adhiere a mi piel como una niebla de pesar. Los dolientes se vuelven hacia mí con ojos expectantes, esperando que rompa la tensión.

Me aclaro la garganta, aprovechando un momento para ordenar mis pensamientos. Hay mucho que quiero decir, pero no tengo energía para la verdad. Estoy en carne viva.

Es más fácil mentir.

—Gracias a todos por venir hoy. —Para mi alivio, mi voz suena más firme de lo que me siento—. Esta es una ocasión muy triste. Para todos nosotros. Mi papá era un personaje exuberante que tocó muchas vidas y su muerte nos ha golpeado increíblemente fuerte. Pero me gustaría pensar en el día de hoy también como una celebración. Todos ustedes conocían a papá como un hombre estupendo, un amigo cariñoso y un esposo amoroso. Deberíamos estar agradecidos de haberlo tenido en nuestras vidas y celebrar eso hoy. Brindemos por el grande.

Todos alzan sus copas al aire. —Por Graham —cantan. Un coro de ignorancia.

Escaneo la habitación, observando el mar de rostros, algunos familiares, otros menos. El hecho de que haya tanta gente aquí para presentar sus respetos es un testimonio de la capacidad de mi padre para manipular a los demás. Si conocieran al verdadero Graham, mi casa estaría vacía.

Los dolientes vuelven a sus conversaciones y se acercan a la mesa del bufé, mientras yo me tomo un minuto para respirar. El vino que he estado bebiendo de repente se siente como ácido en mi estómago y corro al baño de la planta baja para escapar del ambiente pesado y las miradas compasivas. El baño está encajado bajo las escaleras y el espacio es diminuto para mi tamaño. Me aflojo la corbata, desabrocho el botón superior de mi camisa perfectamente planchada y me permito respirar profundamente. Las voces suenan a centímetros del otro lado de la puerta y echo el pestillo, sintiendo que mis hombros se relajan al saber que estoy realmente solo, aunque sea por un momento.

Me miro en el espejo y no reconozco al hombre que me devuelve la mirada. Mi postura usualmente perfecta está encorvada, agobiada por el trauma reciente. Las profundas ojeras bajo mis ojos azules parecen moretones, y parezco mucho mayor de lo que soy, a mis cuarenta y dos años. Practico la sonrisa para mis invitados afuera y se ve cansada y forzada. La esfuerzo más, mostrando más de mis dientes blancos y rectos, pero estoy demasiado cansado. La sonrisa se desvanece.

No puedo hacer esto.

Me echo agua fría en la cara. La conmoción del frío en mi piel aleja mi atención de los eventos recientes y me obligo a concentrarme en el aquí y ahora. Solo necesito sobrevivir hoy. Seis respiraciones profundas. Inhalar por la nariz, exhalar por la boca. —Puedo hacer esto —le digo a mi reflejo. No me creo ni una palabra, pero aun así me siento más calmado. Si tan solo mi reflejo mostrara lo mismo.

Al salir del baño, inmediatamente veo a mi madre al otro lado de la sala. Se ve más frágil de lo que jamás la he visto, diminuta y fantasmal. Sus ojos una vez vibrantes ahora están apagados por la tristeza, y su rostro está pálido y demacrado. Sus mejillas hundidas

casi me dejan sin aliento. Se seca las mejillas húmedas con un pañuelo mientras mira melancólicamente por la ventana saledizа.

Como si sintiera que la estoy observando, gira para mirarme. Sus ojos son de piedra. Me hace señas para que me acerque y obedezco. Extiende la mano para tomar la mía y la aprieta ligeramente. Su piel se siente como papel arrugado. Resisto el impulso de alejarme.

—Fue un discurso encantador —dice, su voz apenas por encima de un susurro.

Me encojo de hombros ante el cumplido. —Solo dije unas palabras.

Una sonrisa parpadea en su rostro mientras examina la habitación. —Bueno, parece haber funcionado.

Sigo su mirada, notando cómo el ambiente se ha aligerado efectivamente. Las chaquetas se han quitado, ahora colgadas en los respaldos de las sillas, y los rostros antes sombríos muestran expresiones de nostalgia mientras la gente comparte historias de mi padre y se pone al día con amigos de hace mucho tiempo.

Suelto su mano. —No puedo hacer esto, mamá.

Respira profundamente como si quisiera decir algo, pero las palabras se desvanecen antes de materializarse. Solo me niega con la cabeza. —Bueno, tienes que dejar todo de lado, Zack. Puedes aguantar un par de horas más. Hazlo por mí, cariño. Ha sido un día difícil para mí también.

No puedo imaginar por lo que está pasando. Perder a tu esposo de más de cuarenta años debe sentirse como perder una parte de ti misma. Y para colmo, siente que le han partido el alma en dos. Pero es fuerte como un roble. Estará bien. Tiene que estarlo, porque no puedo sostenerla ahora mismo.

Me estoy dando cuenta de que nunca realmente conocí a mi mamá. Siempre ha habido una distancia colosal entre nosotros. Siempre asumí que el amor de papá se había metido entre nosotros, creando un abismo que simplemente no podíamos coser. No me malinterpretes, amo a mi madre y sé que ella me ama. Solo que no estoy seguro de cómo puedo realmente fomentar un vínculo.

—Esto me está matando —confieso, pero los ojos de mamá recorren la habitación, distrayéndome.

—¿Dónde está ella ahora? —pregunta.

—¿Quién? —pregunto estúpidamente. Sé exactamente a quién se refiere. Es un intento pobre de alejar la pregunta.

—Tu esposa.

Frunzo el ceño. Odio esa palabra. Lo odio todo de esa mujer. —Se fue.

Mamá solo asiente. —Probablemente sea lo mejor.

Doy un paso hacia atrás, inseguro de qué decir después. ¿Tiene razón mamá? ¿Es mejor si mi esposa y yo simplemente cortamos lazos? ¿No debería luchar más? ¿Cómo se supone que descubra la respuesta cuando obviamente no la hay?

Un hombre alto con sombrero de copa viene y saluda a mamá con un abrazo fuerte, así que aprovecho mi oportunidad para escapar. Me defiendo de la gente que se me acerca con condolencias y preguntas sobre el paradero de mi esposa. Puedo sentir mi respiración espesándose en mis pulmones y un impulso insano de gritar para expulsarla de mi interior.

—¿Todo bien? —Me giro para ver a mi hermano menor, Aaron, sus ojos azules se estrechan mientras me examina.

Las ojeras bajo sus ojos son más prominentes que las mías, lo cual es decir mucho. Compartimos el mismo color de cabello castaño oscuro, pero el de Aaron necesita desesperadamente un corte y las canas salpican su nacimiento de pelo. Su dolor es mucho más intenso que el mío y está escrito por toda su cara.

Está rascándose una costra en su barbilla donde se equivocó al afeitarse, y noto que sus uñas necesitan cortarse. De hecho, mirándolo más cuidadosamente, parece que solo necesita un buen baño. Me da pena. Él también ha pasado por mucho, solo que, en vez del shock repentino que yo he experimentado últimamente, Aaron ha estado sufriendo toda su vida.

Por más que quiera a mi hermano, simplemente no sé cómo. El dolor es demasiado profundo.

—Estoy bien —digo entre dientes.

Pero la expresión de Aaron es indescifrable. —No te creo. —Su tono es sincero, pero me lo quito de encima—. ¿Dónde está Sarah? —pregunta. Su nombre me molesta y lucho contra el impulso de

estremecerme. La amistad de Aaron con mi esposa siempre me ha puesto nervioso y ahora me pregunto cuánto sabe de mi situación.

Aprieto la mandíbula. —No pudo estar.

—¿En serio? Pero estuvo en el funeral. Y ella y papá eran muy cercanos.

—Sí, bueno, a veces las cosas no son solo sobre papá.

Aaron me mira de arriba abajo con cejas fruncidas. Puede ser el hermano menor, pero me supera en altura y probablemente tiene el doble de corpulencia, nunca habiendo perdido la que le dio su vida anterior como soldado.

Aprieto la mandíbula y cambio de tema. —Me sorprende verte aquí. —Algo desagradable me roe el estómago. ¿Dolor, culpa, ira? Todo lo anterior.

Encuentra mi mirada, sus ojos hundidos perforando los míos. —No podía perdérmelo. No me parecía correcto. Y mataría a mamá no tenernos a ambos aquí. Se merece algo mejor que eso.

Recuerdos de la última vez que vi a Aaron me persiguen. Una oscuridad me rodea y desvío la mirada. —No puedo hacer esto —digo, a nadie en particular.

Aaron se ve tan harto de todo esto como yo. Sus hombros se hunden, su mandíbula se contrae, y sus ojos parpadean entre mí y la puerta como si quisiera huir. Hacemos pequeña charla sobre tonterías, no llegando a ningún lado. Seguimos sufriendo, seguimos incómodos y seguimos odiando a nuestro padre.

Después de lo que parece una eternidad, Aaron se da la vuelta y se aleja hacia la cocina, sus hombros rígidos por el dolor apenas contenido. Fuerzo la respiración que he estado conteniendo y con esfuerzo hercúleo, pego otra sonrisa en mi cara. No puedo dejar que las grietas se noten. No puedo revelar el dolor que me desgarra. Si me resbalo por siquiera un segundo, podría partirme en dos. No, mi máscara tiene que mantenerse en su lugar, sin importar cuánto duela.

Sé que tengo trabajo que hacer con Aaron. Necesitamos reconstruir nuestra relación desde cero y ruego que podamos hacer eso. Solo que no sé qué tan profundas corren las mentiras de papá. Es algo en lo que tengo que concentrarme cuando mi cabeza esté

más clara. Todo se siente amortiguado ahora mismo, como si estuviera usando auriculares enormes para bloquear el ruido de mi angustia.

Echo un vistazo alrededor de la habitación, evitando el contacto visual con la multitud. La cara alegre de papá llama mi atención y camino hacia la foto que está en la estantería. La levanto y miro al hombre que me crió. Está mirando directamente a la cámara con una sonrisa enorme en su cara —una imagen de buena salud. Un brazo está sobre los hombros de mamá, la otra mano puesta en el hombro de mi esposa mientras yo estoy del otro lado de Sarah, sonriendo en ignorancia dichosa. Aaron no se ve por ningún lado. No fue invitado ese día.

—Espero que te pudras en el infierno, papá —murmuro.

Capítulo 1

Antes

Apenas cruzo la puerta, mi ánimo se desploma. La ligereza que sentía tras un día productivo en el trabajo desaparece. Ahora solo siento temor.

Nunca sé qué me espera detrás de la puerta. ¿Es la versión tolerable de la mujer con la que me casé? ¿O tengo una pelea por delante? Espero que sea lo primero. Siempre espero que sea lo primero. No hay manera de ganar una pelea con Sarah. Es imposible. Nunca la he oído admitir un error y me agota estar siempre "equivocado".

Entro al vestíbulo y me desato los cordones antes de apilar mis zapatos en el estante y poner mi bolsa en el armario. La casa está en silencio. No se oye el murmullo de los dibujos animados en la sala, ni música a todo volumen que baja por las escaleras. El silencio nunca es buena señal.

Me dirijo a la sala. Una botella de vino vacía descansa en la mesa de centro, la recojo y la llevo al cubo de reciclaje en la cocina. Migas cubren la superficie de trabajo, y han dejado un cuchillo de mantequilla, mostaza untada sobre el mármol. Chasqueo la lengua, agarro un trapo y trato de quitar la mancha. No sale.

Puedo sentirla detrás de mí antes de oírla, pero la ignoro, prefiero no involucrarme antes de lo necesario. No es hasta que tose que me doy vuelta para reconocerla.

—Sarah —murmuro. Apenas un saludo.

—Zack —me devuelve, con una sonrisa en los labios. Está fingiendo amabilidad, pero ambos sabemos que le gusta jugar conmigo, y por más que lo intento, no puedo evitar que me moleste. Llevo años jugando su juego.

Se queda ahí parada viéndome limpiar su desorden, agarrando una copa de vino medio vacía. Lleva el borde de la copa a sus labios mientras mantiene contacto visual conmigo, pero no toma un sorbo. Me está provocando. Sabe que odio cuánto bebe.

Sarah dice que solo bebe cuando Georgia está dormida o fuera, pero ahora está claro que no es así.

—¿Dónde está Georgia? —pregunto con tono mordaz. La mancha de mostaza que he estado frotando finalmente se desvanece hasta desaparecer. Tiro el trapo al fregadero y barro las migas de pan con la mano y las tiro a la basura.

Después de un largo día de trabajo, siempre anhelo abrazar a mi hija para que se sienta segura. Sus brazos y piernas delgados se sienten tan frágiles abrazados por los míos, y sus grandes ojos marrones están llenos de inocencia. Necesita mi protección a toda costa.

—En casa de una amiga. Vuelve pronto.

Se me escapa un suspiro antes de poder evitarlo.

—¿Qué? —pregunta, entornando los ojos.

—Nada, Sarah. —Puedo ver que está de humor para pelear y tengo que tener cuidado aquí. Si Georgia va a regresar pronto, no puedo permitir que llegue y nos encuentre discutiendo. Otra vez.

—No, ¿por qué suspiraste? —me grita.

Cierro los ojos con fuerza. —No suspiré —le digo, mientras suspiro.

—No, vamos, dime qué estás pensando. Sé que estás pensando algo malo de mí, como siempre. Y ya que eres un hombre tan decente, lo decente sería que me dijeras la verdad. —Su voz está llena de sarcasmo. Es como uñas en una pizarra.

A la mierda. Estoy cansado de contenerme todo el tiempo. A veces, Sarah necesita la cruda verdad. Tal vez es la única manera de lograr que cambie. Le digo: —Solo que no me sorprende que Georgia esté en casa de una amiga. Siempre la dejas con otras personas.

Sus mejillas se tiñen de rojo, y se termina el resto de su bebida. —¡Eso es una tontería! ¡Sabes que adoro a esa niña! Si Georgia quiere pasar el rato con una amiga, entonces estoy más que feliz de complacerla. Es bueno para ella desarrollar amistades. —Se acerca hacia mí, y retrocedo para evitar la saliva que sale volando de su boca—. Y pensé que la psicología se suponía que era lo tuyo.

Oh, mierda. Desperté a la bruja.

Trato de retractarme. —Lo sé, Sarah. No debería dudar de ti. Solo estoy cansado.

—¿Dudar de mí? ¡No haces más que dudar de mí! ¡Haces todo lo posible para que yo parezca una mala madre! —Ahora está gritando y estoy acorralado contra la esquina del mueble, sin dejarme ningún lugar para escapar de su dedo índice acusador.

No sé cuándo se desintegró nuestro matrimonio. No empezamos exactamente como la pareja feliz y enamorada que a las películas les gusta hacer ver que es la norma. Pero, aun así siempre asumí que nuestros sentimientos se profundizarían y nuestro amor crecería.

Pero eso nunca pasó. He pensado en irme tantas veces, pero sé que ningún juez me otorgaría la custodia de nuestra pequeña, y no puedo soportar que Georgia viva sola con Sarah. Me mataría perder a mi hija.

Así que, aquí estamos. Atrapados en un matrimonio infeliz y con una hija infeliz. Me rompe el corazón.

Sarah sigue despotricando cuando vuelvo a enfocar mi atención en el presente. —¡Los dos sabemos lo que piensas de mí, pero estás equivocado, Zack! ¡Equivocado! ¡Soy una buena madre!

—¿Mami? —la dulce voz de Georgia interrumpe el berrinche de Sarah, y su ira se desvanece de inmediato. Tiene la decencia de verse avergonzada mientras se da vuelta para abrazar a Georgia.

Para una niña de seis años, Georgia es increíblemente perceptiva. Supongo que eso es lo que pasa cuando te crían padres que se

odian. Está parada en el umbral ahora, viéndose tan pequeña y vulnerable. Le sonrío a Georgia mientras acepta el abrazo de Sarah sin reciprocidad. Está agarrando a Hugsy, su oso de peluche, contra su vestido de peto. Ha estado cargando a Hugsy desde que aprendió a sostener cosas con sus manitas. Sé que ya debería haber dejado esa muleta, pero él es su mayor consuelo en esta guerra. Me siento tan culpable de verla acercarlo a su pecho mientras nos mira a Sarah y a mí con miedo.

—Hola, hermosa. ¿Buen día en la escuela? —le pregunto, metiendo la mano en la despensa por una bolsa de patatas fritas. Camino hacia ella y le doy las Quavers, plantando un beso en su frente.

Mientras me acerco más a las dos, mi cercanía hace que mi esposa se aleje de mí. Va a poner su copa ahora vacía en el lavavajillas, pero ambos sabemos que se servirá otra copa dentro de una hora.

Hay una pausa breve mientras Georgia nos mira y trata de encontrar el valor para hablar. —¡Me fue bien en la escuela! La señora Mitchell dice que estoy lista para pasar al grupo rojo para lectura y escritura. —Me sonríe y mi corazón se hincha de orgullo—. Ya me aprendí todas las palabras azules.

—¿Sí? ¡Esas son excelentes noticias! El grupo rojo es el más difícil, ¿verdad? Debes ser súper inteligente. Igual que tu papá.

Se ríe, un sonido agudo que me hace suspirar de amor. —No, papi. Morado es el grupo más alto. Rojo viene antes de ese.

Sarah bufa detrás de mí, complacida con mi error.

—Ah, sí —le digo a Georgia, revolviendo su cabello—. Eso sabía.

Georgia sale corriendo a la sala y momentos después, el sonido irritante de la voz aguda de Bluey se filtra hacia la cocina. El ambiente vuelve a estar cargado de tensión.

—Es una buena niña —le digo a Sarah, buscando una tregua desesperada. Georgia es lo único en lo que podemos estar de acuerdo.

—Sí —asiente Sarah, abriendo la nevera y sacando una nueva botella de Pinot Grigio—. Es una buena niña. A pesar de todo.

Capítulo 2

Mientras me dirijo al trabajo al día siguiente, todavía estoy aturdido.

Después de que Sarah se bebiera la segunda botella de vino anoche, lloró. No un llanto delicado y dulce de una mujer en apuros. Fue el lamento profundo de una borracha. Por suerte, Georgia durmió durante toda la escena, pero el sonido del llanto de Sarah hizo que todos y cada uno de mis músculos se tensaran y mi ira hirviera, así que no pegué ojo. Por supuesto, Sarah roncando como un tren a las cuatro de la mañana en su dormitorio al lado del mío no hizo nada para mejorar mi humor. Finalmente, tener que levantarme una hora antes para terminar mi trabajo del día anterior hizo que mi humor pasara de malo a tormentoso.

Me preocupa que mi mal humor se contagie a mis clientes si no me lo quito de encima, así que cuando entro en la oficina me esfuerzo en sonreír para ahuyentar mi molestia. Mi recepcionista, Chelsea, me mira con preocupación. Sus largas uñas dejan de teclear en el teclado, proporcionando un alivio bienvenido del tip-tap del acrílico sobre el plástico.

—¿Se encuentra bien, Dr. Briens? —pregunta, ladeando la cabeza.

Le sonrío con toda la calidez que puedo reunir. Chelsea no se merece mi equipaje emocional. Estoy aquí para escuchar problemas,

no para repartirlos. —Estoy bien, solo un poco cansado. ¡Traje algunas golosinas! —Dejo la caja de donas glaseadas rosas en su escritorio y sus ojos se iluminan.

—¡Sí que sabe cómo animar el bajón de mitad de semana, Dr. Briens!

Me río. —¿Bajón? ¿No estás contenta trabajando aquí, Chelsea? —bromeo. Sé que está contenta aquí. Chelsea ha estado trabajando para mí durante más de un año y es excepcionalmente competente y generosamente recompensada por ello. No sé dónde estaría sin ella.

—¡Oh, no, no lo dije en ese sentido! —jadea.

—Ya sé, ya sé. Relájate. Todos tenemos el bajón de mitad de semana a veces. Incluso aquellos que son increíbles en su trabajo.

Parpadea con sus pestañas ridículamente largas. —Gracias, Dr. Briens. —Un toque de sonrojo aparece bajo su maquillaje, y se levanta para llevar las donas a la pequeña cocina detrás de su escritorio. —Pondré a hervir el agua —grita mientras la puerta se cierra detrás de ella.

Camino hacia mi oficina y siento el orgullo habitual mientras echo un vistazo al espacio. Mi mal humor se desvanece mientras respiro el aroma de la madera de mi escritorio ostentoso que se encuentra en el centro de la habitación. No necesitaba conseguir un escritorio tan grande, pero cuando abrí la consulta hace cinco años, comprar una pieza extravagante desde la cual trabajar se sintió como la celebración definitiva.

Dejo los archivos que llevo bajo el brazo sobre mi silla de cuero giratoria, y me dirijo hacia la ventana para ver pasar el mundo hasta que Chelsea me traiga mi café matutino. Tengo la costumbre de observar a la gente. Me encanta imaginar hacia dónde se dirige la gente y de dónde vienen corriendo. Me gusta imaginar sus hogares, sus familias y sus profesiones. Es divertido. Mi oficina está situada encima del banco más concurrido de la ciudad, así que siempre hay una plétora de personas en la calle en una gran variedad de formas, tamaños y trasfondos. Es el paraíso de un hombre entrometido. Tiro de la cortina para enderezarla.

Hay un golpecito suave en mi puerta y Chelsea aparece, sosteniendo mi taza favorita, con el café negro dejando un rastro de

vapor a su paso. Coloca la taza cuidadosamente en el centro del posavasos en mi escritorio.

—Gracias, Chelsea. En cuanto llegue mi primera paciente, por favor hazle saber que la puedo recibir.

Chelsea me da una pequeña sonrisa y asiente, antes de dirigirse de vuelta a su escritorio para contestar el teléfono que suena, cerrando mi puerta detrás de ella.

Diez minutos después, mi puerta se abre lentamente, y la Srta. Reeves asoma la cabeza por el marco de la puerta. Parece asustada. Me pongo de pie para darle la bienvenida, cuidando de no acercarme demasiado rápido o demasiado cerca, en caso de que la asuste.

—Pase, Srta. Reeves. —Señalo el sofá en la esquina. Traté de hacer la esquina lo más acogedora posible, pero fue el toque femenino de Chelsea lo que convirtió el espacio de acogedor en íntimo. Sus adiciones de una manta en el sofá y plantas en las mesas laterales fueron los toques finales perfectos.

La Srta. Reeves toma asiento en el extremo del sofá mientras yo me siento en el sillón de enfrente, dándole amplio espacio personal. —Por favor, llámeme Fiona —murmura, con los ojos en todas partes menos en los míos. Ve la fila de libros de ficción anidados en los estantes entre los volúmenes educativos. —¿Te gusta Harry Potter? —pregunta con sorpresa.

Golpeteo mi bolígrafo sobre la libreta que descansa sobre mi rodilla. —Culpable —me río—. Todos necesitamos un poco de magia en la vida.

Sus hombros se relajan visiblemente, y me acomodo más profundamente en mi silla.

—¿Es la primera vez que vienes a terapia, Fiona?

Asiente. —Mi médico de cabecera me convenció de venir. Dijo que así los medicamentos para la ansiedad funcionarían mejor.

Hago clic con mi bolígrafo y tomo una nota. —Sí y no —admito—. La terapia no afectará la medicación que tomas, pero ayudará a llegar a la raíz de los problemas. A veces, los medicamentos son necesarios para que tengas la fuerza suficiente para arrancar las

malas hierbas. Y las malas hierbas necesitan ser arrancadas antes de que podamos plantar un nuevo jardín. Ahí es donde entro yo.

Sonríe con una sonrisa que ilumina toda su cara.

Hace seis meses, Chelsea sugirió que tuviera una charla previa con cada cliente para conocerlos mejor como personas, y debo decir que su plan ha desbloqueado un nuevo nivel de terapia. Las notas de Chelsea decían que Fiona era fanática de Harry Potter y una ávida jardinera. Al hacer pequeños ajustes al ambiente y perfeccionar mi enfoque de la conversación, se abre un nuevo nivel de confianza. Ya puedo sentir que Fiona se está acostumbrando a mí y su tensión se evapora.

—Solo unas reglas básicas antes de empezar. Creo que es mejor dejar la parte administrativa fuera del camino para que podamos concentrarnos en ti sin interrupciones. —Coloco mi bolígrafo en mi libreta—. Puedes agendar tantas citas como quieras: estoy aquí para ti. Si necesitas una cita urgente, hazle saber a Chelsea. Tengo horas reservadas todos los días para quienes las necesiten con poca anticipación.

Fiona asiente, inclinándose hacia adelante para no perderse ni una sola de mis palabras. Me imagino que no ha sentido que alguien quiera ayudarla así en mucho tiempo.

—Como puedes imaginar, no puedo atender llamadas fuera del horario laboral. Tampoco puedo reunirme fuera de la oficina. Es para tu protección. Esta oficina es tu espacio seguro. Lo que sea que digas aquí, se queda aquí. No avisaré a las autoridades sin tu consentimiento. —Le entrego un folleto informativo que doy a cada cliente—. Si necesitas ayuda, ya sea alguien con quien hablar, o algún lugar donde quedarte, toda la información ahí ha sido comprobada y es confiable. Hay ayuda disponible para ti, Fiona. Y esperemos que el trabajo que hagamos aquí te dé el valor para pedirla. —Fiona asiente y abraza la información contra su pecho como si estuviera sosteniendo una biblia—. Puedo enviarte la misma información por correo electrónico si no puedes tener copias físicas en casa.

Sus ojos lo dicen todo. Hay un miedo ahí que me duele profundamente cada vez que lo veo en sus ojos. Fiona está agotada

y rota, pero si miro lo suficientemente cerca, puedo ver a la mujer que solía ser. A la mujer vivaz y confiada que merece ser ahora.

La recuperaremos. Juntos. Por eso amo lo que hago.

—¿Mencionaste por teléfono que te está costando dejar ir a tu pareja? —le pregunto.

—Así es —tartamudea—. Phil murió. Ya no está. Pero lo extraño. ¿Sabes?

—¿Y cómo te sientes por extrañarlo?

Mueve la cabeza hacia mí, con los labios apretados. —Es solo... estúpido.

—Entonces, ¿sientes que no deberías extrañarlo, es correcto? ¿Sientes que hay un conflicto de emociones?

Sus ojos se abren. —¡Exactamente! Todos siguen preguntándome cómo puedo extrañar a alguien que me trató así. No sé qué demonios me pasa.

Aprieto mis labios y dejo mi bolígrafo otra vez. —No hay nada malo contigo, Fiona. Creo que necesitamos dar un paso atrás antes de poder avanzar. Regresemos. Cuéntame sobre tu relación con Phil.

Una hora después, Fiona se pone de pie para estrechar mi mano. Las lágrimas han dejado surcos en sus mejillas, pero sus ojos parecen menos cargados por el dolor de su pasado.

Sostiene mi mano un poco más de lo que me gustaría y por un momento temo que vaya a abrazarme. Dejo caer mi mano. Demasiado contacto físico es un límite peligroso de cruzar con alguien tan vulnerable, especialmente siendo yo quien ocupa un papel de autoridad. Conozco los peligros de mi profesión.

—¿Misma hora la próxima semana? —le pregunto.

—Oh, sí, definitivamente. —Sale apresuradamente con un saludo alegre a Chelsea, quien le grita un adiós amistoso. Fiona se va siendo una mujer diferente a la que entró, y disfruto la sensación familiar de orgullo que viene con mi trabajo.

Después de pedirle a Chelsea que ponga a hervir el agua, me dejo caer en la silla detrás de mi escritorio para escribir mis notas sobre el caso de Fiona. Odio esta parte. Tengo buen ojo para los detalles y soy muy meticuloso, así que esto siempre me toma más tiempo de lo que quisiera. Sin embargo, también es un buen momento para

reflexionar. No me gusta decidir un plan de tratamiento mientras converso con un cliente, por si se me escapa algún matiz o detalle clave que aclare su situación.

Dejar mi trabajo anterior en el hospital fue una jugada arriesgada. Mis colegas se burlaron de mí y dijeron que estaría de vuelta en seis meses porque nadie quiere pagar por terapia. Pero aquí estoy, demostrando que todos estaban equivocados.

Elegir especializarme en ayudar a víctimas de violencia doméstica no fue una hazaña fácil. Las mujeres maltratadas (y a veces hombres) no son las más abiertas sobre sus problemas. Tristemente, la mayoría ni siquiera ve su circunstancia como un problema que necesita ayuda profesional. Sienten que son ellos los que están mal; como si merecieran el trato abominable que les da la persona que supuestamente los ama.

Dirijo mi mente de vuelta a la Srta. Reeves —Fiona. El abuso que sufrió a manos del hombre que supuestamente la amaba nunca fue físico. Pero cuando has perdido todo sentido de identidad, toda autoconfianza, y a todos los que están cerca de ti, el control es una prisión. ¿Y la negligencia? Es tortura.

No es de extrañar que Fiona no pudiera mirarme a los ojos.

Pero confío en que puedo ayudarla. Puedo ayudarla a salir de esa pesadilla.

Chelsea me trae mi café mientras estoy perdido en mis pensamientos, pensando en cómo puedo ayudar a esta mujer a redescubrir su identidad. Chelsea tiene una sonrisa pícara en el rostro. Está tramando algo. —¿Todo bien? —pregunto con fingida sospecha.

Sus ojos se iluminan. —Aún no te has dado cuenta, ¿verdad?

Frunzo el ceño y echo un vistazo alrededor de la habitación. ¿Qué decoración ha colado ahora? Se ríe, atrayendo mi atención hacia ella, y presiona su mano contra su barbilla. —Hmm, me pregunto qué podría ser —dice, golpeteando un dedo contra su labio inferior. Un dedo adornado con la roca más grande que he visto en mi vida.

—¡Chelsea! ¡Felicidades!

Chilla de una manera que me hace fruncir el ceño. No me gustan los ruidos fuertes. —¡Me lo pidió anoche! En el Parque Whitestone.

Alzo las cejas. El Parque Whitestone es bien conocido por su increíble parque infantil y como refugio nocturno para drogadictos sin hogar. Difícilmente un lugar para un gesto romántico.

Como si leyera mi mente, Chelsea se sonroja. —Es donde me llevó para nuestra primera cita. Tuvimos un picnic junto al lago. ¡Fue romántico! —prácticamente suplica, batiendo sus pestañas postizas.

Levanto las manos. —No tienes que explicármelo. Suena encantador. —Intento sonar sincero, pero estar casado con Sarah me ha quitado todo sentido del romanticismo. No reconocería un gesto romántico aunque me golpeara en la cara.

Chelsea chilla otra vez, sosteniendo su dedo brillante contra su pecho. —Simplemente no puedo esperar a comenzar nuestras vidas juntos. Es como si hubiera estado esperando esto toda mi vida, ¿sabes? Alguien a quien devotarme. Alguien a quien declarar mi amor por el resto de mi vida. —Mira hacia arriba con nostalgia y tengo que resistir el impulso de poner los ojos en blanco hacia atrás de mi cabeza. No quiero parecer insensible.

Afortunadamente, el teléfono de Chelsea suena antes de que tenga que fingir más deleite, y va a contestarlo. —Pondré la fecha de la boda en tu calendario una vez que decidamos una. —Me guiña mientras me mira por encima del hombro.

Ahora mismo no se me ocurre nada peor.

Capítulo 3

El fin de semana llega lentamente y la perspectiva de pasar tiempo con mi familia siempre me llena de esa sensación de alegría que solo la familiaridad puede proporcionar.

La casa de mis padres se alza justo en el corazón de la vasta campiña que la rodea. Es un monumento palaciego de ladrillo a las exitosas inversiones de papá en la bolsa de valores. De niño, nunca entendí realmente los métodos de papá para hacer dinero. Y de adulto, aún no los entiendo. Las inversiones financieras nunca han sido lo mío. Prefiero invertir en mí mismo.

Mamá abre la puerta con encantador entusiasmo y nos conduce a Georgia y a mí hacia la cocina, donde agradezco el calor de la AGA. El olor del pan horneado me hace la boca agua y aún hay harina esparcida sobre la superficie de trabajo mientras mamá amasa otro lote de masa.

—Tu papá está afuera, cariño. Junto al estanque —mamá me empuja hacia afuera, al jardín trasero—. ¿Puedes ir a buscarlo? Tendrá frío. —Coloca la bola de masa en un tazón y se enjuaga las manos antes de volverse hacia Georgia y abrazarla—. ¿Te apetece algo de beber, cielo? —le pregunta.

Me dirijo a través de los terrenos hacia el lago que a mamá le gusta llamar «estanque». En mi opinión, si necesitas un bote para cruzarlo, es, sin duda, un lago. Una mansión en el campo siempre me ha parecido repulsiva. Los campos circundantes huelen a mierda de vaca y la factura semanal del servicio doméstico es más de lo que pago en impuestos. Demasiado ostentoso. Totalmente innecesario. Prefiero mucho más mi sensata casa en la ciudad; grande, pero práctica. Moderna y elegante.

Pero, para gustos, colores.

Paso por encima de un charco de barro, pero el lodo marrón se derrama sobre mi zapato de todos modos, y aprieto los dientes con frustración. Añado "limpiar los zapatos" a mi lista mental de cosas por hacer.

Papá está sentado en su lugar habitual en el banco, contemplando las carpas que se mueven entre los juncos. Su camisa a cuadros está tensa sobre su estómago, los botones luchando por no salirse, como si su barriga fuera a estallar de un momento a otro. Está encorvado como si llevara el peso del mundo sobre los hombros, y me entristece verlo llevarse un cigarrillo a los labios. Después de años de prometer dejar de fumar, hemos tenido que asumir que nunca dejará de hacerlo.

—¡Papá! —le grito mientras me acerco, haciéndolo sobresaltarse.

—Jesucristo, Zack. Me diste un susto de muerte. —Apaga el cigarrillo en el banco, levanta un brazo para un abrazo, y lo abrazo —. No esperaba verte hoy. ¿Todo bien?

—Necesitábamos salir de casa y Georgia quería ver a su abuela y a su abuelo.

Su sonrisa radiante resalta sus arrugas. —¿Georgia está aquí? ¿Por qué no lo dijiste? —Se levanta del banco y camina pesadamente de vuelta hacia la casa.

Trato de no quejarme. Si ese despistado tuviera el móvil a mano, me habría ahorrado la caminata hasta aquí y no habría ensuciado mis zapatos. Lo sigo, viéndolo avanzar lentamente delante de mí.

—¿Cómo van las cosas? —me pregunta, su respiración ya es laboriosa por el paseo. Supongo que no ha estado trabajando en el plan de caminatas que le envié.

—Oh, ya sabes, trabajando duro como siempre.

Me sonríe, pero es más bien una mueca, como si le doliera. Papá siempre ha estado orgulloso de mi ética de trabajo. Siento que soy el único hijo que le da motivos para ello. —¿Y cómo está esa esposa hermosa tuya?

Aprieto los labios fuertemente, cuidándome de que papá no me vea. Papá siempre ha tenido debilidad por Sarah. No sé por qué. La ve como una madre hermosa y bien compuesta, negándose a creer que es el desastre que realmente es. —Sí, está bien —miento.

Papá se ríe. —No eres buen mentiroso, Zack. ¿Qué está pasando?

Me cuesta contarle a papá qué está mal de una manera que no me haga parecer que estoy hablando mal de mi esposa. —Está bien, papá. Sarah estaba de mal humor esta mañana, así que pensamos en darle algo de espacio.

—¿Qué hiciste para cabrearla? —El brillo en sus ojos me dice que está bromeando, pero la pregunta aún me duele profundamente.

—¡Nada! —respondo bruscamente—. Aún no puedo entender cómo la molesté esta mañana. Tal vez respiré en la dirección equivocada.

Papá deja de caminar para mirarme. Sus mejillas están coloradas, y sus ojos se ven húmedos por el esfuerzo de caminar por la suave pendiente hacia su casa. —Oh, Zacharia, no estés tan desanimado. Todos tienen derecho a un poco de tiempo para sí mismos a veces. Y tu mamá y yo siempre nos alegramos de verte, de todas formas.

Mi maldito padre siempre ve el lado bueno de Sarah. Simplemente no entiende.

Veo a Georgia saltando dentro de la cocina, y decido que no quiero meterme en esto ahora. —No quiero hablar de eso, papá. ¿Podemos dejarlo? —Mi matrimonio es una fuente constante de preocupación para mí; no es justo pasarle esa preocupación a mi padre.

Se detiene y se vuelve para enfrentarme. Se ve severo, haciéndome sentir como un niño de catorce años otra vez. —No, no podemos. Si hay problemas en tu matrimonio, necesitas solucionarlos inmediatamente. Nunca dejes que las cosas se pudran.

Solo inyectará más problemas en tu hogar más rápido de lo que puedas decir divorcio, y no quieres eso.

Me estremezco. No me atrevo a decirle que un divorcio es lo que quiero más que nada, pero tengo demasiado miedo de perderlo todo. Mi hija, mi casa, mi negocio. Sarah se llevará todo. —Papá, por favor. No puedo hacer esto ahora...

—No, hijo, escúchame. ¿Crees que tu mamá y yo la hemos tenido fácil? Por supuesto que no. Apuesto a que no hay una sola pareja en el planeta que no haya tenido problemas, pero tienes que superarlos si quieres que tu matrimonio sobreviva. Has estado aquí antes y saliste adelante. También lo harás esta vez.

Mientras habla, puedo escuchar cómo aumenta su frustración. Mi padre se siente muy apasionado sobre la santidad del matrimonio, y estoy harto de escuchar esta lección cada vez que nos vemos. No sabe nada sobre lo que estoy pasando.

—¿Me escuchas? —me suplica.

Asiento y continúo caminando de vuelta a la casa. Caminamos los últimos pasos en silencio, solo el sonido de la respiración entrecortada de papá y el canto de los pájaros rompen la quietud. Ciertamente es pacífico aquí.

Mientras pisamos el patio, me agacho y limpio la parte superior de mis zapatos con un pañuelo que encontré en el bolsillo.

Papá se ríe, negando con la cabeza. —Nunca cambias, ¿verdad, hijo? Siempre ignorando tus problemas distrayéndote con tonterías.

Me encojo de hombros, tratando de no mostrar mi molestia. —¿Qué tiene de malo ser limpio? Un poco de orden no le hace daño a nadie.

—Ah, pero algo de suciedad te viene bien, muchacho. Forja el carácter y fortalece tu sistema inmunológico, o eso dicen.

—¡Abuelo! —Georgia sale disparada por las puertas dobles y salta a sus brazos. Papá la levanta por encima de su cabeza y la hace girar con sorprendente facilidad. Me recuerda a mi infancia, cuando papá me levantaba por encima de su cabeza y me lanzaba como si fuera Superman. Siento una calidez interior.

Baja a Georgia y deja que ella lo conduzca hacia la cocina, agarrando su mano mientras parlotea sobre un juego que le gusta

en el iPad. Papá asiente como si entendiera, pero sus cejas levantadas delatan su confusión. Me río en silencio para mis adentros. Mamá ya tiene una prensa francesa esperándonos y, agradecido, me sirvo una taza de café antes de pasarle la jarra a papá, que hace lo mismo.

—Entonces, niña querida. ¿Cómo estás? —papá le pregunta a Georgia, subiéndola a su rodilla.

Mamá coloca un plato de galletas en el centro de la mesa y Georgia se lanza por él. Suavemente alejo el plato de su alcance. —Espera un minuto, jovencita. ¿Cuántas de esas ya te has comido?

—Oh, vamos, Zack. Una más no le hará daño —me dice mamá con un brillo en los ojos.

Cedo y empujo el plato de vuelta hacia Georgia. Toma tres galletas antes de que tenga la oportunidad de cambiar de opinión. Mis padres se ríen de su descaro, y no puedo evitar reírme con ellos.

Estar aquí me hace darme cuenta de lo difícil que es existir en mi propia casa. Hay una tensión en mi casa que se me pega incluso cuando la dejo, pero cruzar la puerta de la casa de mis padres se lleva todo eso.

Hablamos sobre la escuela de Georgia, sobre cómo su maestra le dio una pegatina por lo bien que se le dan las matemáticas, y sobre su amigo Henry que fue regañado por llamar a una niña mayor "cabeza de trasero".

—¿Y cómo está tu mamá? —papá le pregunta ahora a Georgia. Si no fuera tan grande —y mi padre— probablemente lo habría confrontado. Sé exactamente lo que está tratando de hacer, y conseguir que Georgia revele secretos sobre mi matrimonio es un golpe bajo.

—Está bien —dice Georgia alegremente, pero es una mentirosa terrible. Sus mejillas se ponen rojas como tomates y sus ojos se mueven en todas direcciones mientras trata de encontrar una salida de la situación.

—¿Sí? ¿Dónde está hoy, entonces? Sería agradable verla.

—Papá —le advierto.

Los ojos de mamá van de uno al otro. Puede sentir la animosidad en el aire.

—Está en la cama. Tiene resaca —admite Georgia—. Otra vez. —Toma otro bocado de su merienda, inconsciente de la bomba que acaba de soltar.

Papá se vuelve hacia mí. —¿Ves? Tienes que solucionar esto. Los niños se dan cuenta de más de lo que piensas.

Papá no necesita decírmelo. Sé perfectamente lo que Georgia percibe. Lo discutimos en el coche de camino aquí, y me rompe el corazón. Quiero envolver a Georgia en papel de burbujas y llevarla lejos, pero eso la pondría en aún más peligro. Los padres siempre se llevan la peor parte cuando se trata de batallas de custodia y no hay manera en el infierno de que le dé a esa mujer acceso exclusivo a mi hija. Georgia no vivirá bajo un techo con Sarah sin mi supervisión.

Necesito que todos vean a Sarah por quien realmente es antes de emprender la batalla. Es una situación terrible, pero no hay otra opción. El sueño de papá de que arregle las cosas con Sarah es absurdo. Habla de imposibles. Así que, aquí estamos.

El timbre suena, rompiendo la tensión del ambiente, y mamá salta para responder.

Papá se inclina hacia mí. —Estás haciendo un gran trabajo con Georgia, ¿sabes? Tiene suerte de tener un padre tan dedicado. Solo quiero que seas feliz, eso es todo.

Trago con dificultad, sintiendo de repente una oleada de emoción. —Gracias, papá.

Pasos pesados suenan por el pasillo. —Es tan amable de tu parte visitarnos. No te hemos visto en mucho tiempo —dice mamá entusiasmada. Escucho a mi hermano gruñir en respuesta.

—¡Tío Aaron! —Georgia le grita mientras él entra despacio en la cocina. Aaron ha perdido peso. Sus vaqueros negros le quedan grandes y la camiseta de Guns N' Roses que tanto le gusta tiene un pequeño agujero en el pecho. Parece un desastre. No entiendo por qué se empeña en parecer un vagabundo.

—Hola, pequeña —le dice a Georgia, estirándose por encima de mí para tomar la última galleta—. No esperaba verte aquí —me dice, su tono oscureciéndose.

—¿Por qué no? Siempre estoy de visita. A diferencia de algunos.

—Sí, bueno, algunos de nosotros trabajamos en dos empleos. No tengo tiempo para andar por ahí.

—Ahora, ahora, chicos. Nada de pelear —dice mamá, sacando una lata de Coca-Cola del refrigerador y entregándosela a mi hermano—. Estamos tan contentos de verte, mi amor. —Lo besa en la mejilla—. ¿A qué debemos este placer?

Aaron evita la mirada mientras abre la lata y toma un trago. —En realidad, es un asunto personal —dice, lanzándome una mirada. Saca una silla junto a la mía y se sienta pesadamente.

—Todos somos familia aquí, Aaron. Puedes decir lo que necesites decir —dice papá. Es lo primero que le dice. Ni siquiera se molestó en saludarlo.

Aaron me mira de nuevo y niega con la cabeza. —No, no importa.

Papá se inclina hacia adelante. —¿Qué es, muchacho? ¿Necesitas más dinero?

Miro hacia otro lado, incapaz de soportar la atmósfera. Mamá toma a Georgia de la mano y la lleva a la sala de estar.

—No —se encoge de hombros Aaron.

—Por supuesto que sí. Esa es la única razón por la que vienes aquí.

—Papá. Para —digo. Por mucho que esté de acuerdo con la ira de papá, no quiero que Georgia sea testigo de más conflicto. Aaron podría trabajar en dos empleos, pero nunca tiene suficiente dinero para financiar su vida. No sé cuándo las cosas empezaron a ir tan mal para mi hermano menor.

Cuando Aaron se unió al ejército, todos estábamos tan orgullosos. Una foto de nosotros parados alrededor de Aaron vestido de camuflaje, con sonrisas radiantes en todos nuestros rostros, aún está en la repisa de la chimenea en la sala de estar. Incluso papá dejó a un lado su hostilidad hacia Aaron ese día. Parecía orgulloso de su hijo menor por primera vez en su vida.

Entonces, un año después de su carrera, todo se desplomó. Aaron se volvió irreconocible. Estaba retraído, odiando su trabajo, odiándonos a nosotros, odiando su vida. Cuando su oficial al mando encontró marihuana en su habitación, se acabó todo. No creo que

Aaron hubiera probado hierba nunca y hasta el día de hoy aún no tiene sentido para mí.

Ahora, trabaja como guardia de seguridad en un club nocturno en la ciudad y a veces ayuda a un paisajista a limpiar basura de jardines. Mi hermano una vez orgulloso e impresionante se ha convertido en un hombre que ya no reconozco.

—No, no voy a parar —me dice papá—. No hasta que se enderece. —Mira fijamente a Aaron.

—Olvídalo —dice Aaron, empujando su silla hacia atrás con un chirrido y poniéndose de pie—. Me iré solo.

—Aaron, espera. ¿Cuánto necesitas? —le pregunto, yendo a encontrarlo junto a la puerta.

Vacila por un momento, pensando en mi oferta antes de negar suavemente con la cabeza. —No necesito dinero —dice—. Tienes una esposa y una hija que cuidar. No tienes que preocuparte por mí también.

—No es así. Tú también eres mi familia.

—¿Lo soy? —pregunta. Sin esperar una respuesta, me empuja y abre la puerta. Antes de salir de la casa se vuelve hacia mí y dice—: Porque, según papá, dejé de pertenecer a esta familia hace años.

Capítulo 4

La mañana después de mi confrontación con Aaron, llego a mi consulta con un nudo de tensión aún alojado en el estómago. La oficina está silenciosa, los primeros rayos de sol apenas comenzando a filtrarse a través de las persianas mientras paso por los movimientos de preparar el día que tengo por delante. Alineo mis notas paralelas al borde de mi escritorio; me aseguro de que mi grapadora esté llena de grapas; ahueco los cojines de los sofás.

Habíamos salido de la casa de mis padres poco después de que Aaron salió dando un portazo. La confrontación había hecho que Georgia se sintiera visiblemente incómoda, y mamá se esforzaba demasiado por levantar la mala atmósfera que se había instalado sobre nosotros. Su tono chillón y su insistencia en ofrecernos bocadillos empezaron a ponerme nervioso, así que puse una excusa y nos fuimos.

Aaron necesita ayuda. Su depresión está tan avanzada que cualquiera podría detectarla. Y, como terapeuta, soy muy consciente de lo mucho que he decepcionado a mi hermano. El dinero no va a solucionar sus problemas. Necesita hablar con alguien. Un profesional. Simplemente no puedo llegar a él. Y todo lo que hace papá es hacerle sentir una mierda por ello.

El sonido del ascensor me saca de mis pensamientos. Chelsea entra, y sus tacones de aguja repiquetean rítmicamente sobre la madera pulida. —Buenos días, Dr. Briens —dice, su voz aún ronca por el sueño.

La saludo con el mismo vigor y cierro la puerta de mi oficina.

Me siento y reviso mis notas durante diez minutos antes de que Chelsea haga pasar a mi primer cliente.

Emily entra arrastrando los pies en mi oficina. Sus ojos atormentados y hombros encorvados me dicen que está experimentando dolor. Veo un pequeño moretón en su cuello, que ha intentado cubrir con maquillaje. Siento una atracción, un anhelo de aliviar su dolor.

Cuando conozco por primera vez a mis clientes, siempre me invade un profundo deseo de ayudar, pero hay algo sobre Emily que especialmente me atrae hacia ella. No sé si son sus rasgos angelicales o las profundidades de angustia en sus ojos. Mi anhelo de ayudarla es intenso y hace que mi estómago hormiguee de curiosidad.

Le ofrezco un saludo amable y una sonrisa, pero ella no me corresponde. Señalo el sofá mientras recojo mi libreta. Se sienta en silencio y mira por la ventana. Se muerde el interior de la mejilla mientras entra en una reflexión profunda.

Me tomo mi tiempo para acercarme a ella y poder percibir su presencia. Hay una carga en el aire que no puedo explicar. Es como si fuera una chispa silenciosa a punto de encenderse. Respira profundamente, su pecho sube y baja en movimientos suaves y ocasionalmente mueve la cabeza hacia un lado para apartar el cabello de su cara.

Tomo el sillón frente al sofá, pero ella no me mira. Me aclaro la garganta para llamar su atención y digo: —Bienvenida, Emily. Es un placer conocerte.

Asiente, su mirada revoloteando por la habitación como la de un animal atrapado buscando una ruta de escape. Me recuesto en mi silla, dejándole espacio, y de inmediato me arrepiento. Anhelo su cercanía y alejarme duele. Me siento atraído hacia ella como un

imán, pero me obligo a resistir su atracción en un intento de mantener límites profesionales.

—¿Es la primera vez que ves a un terapeuta? —pregunto, manteniendo mi tono cuidadosamente neutral.

Asiente de nuevo, retorciendo sus manos en su regazo. Desearía que hablara: quiero escuchar su voz.

—Imagino que estás abrumada por todo esto, pero solo quiero que sepas que este es un espacio seguro —le digo, mi voz baja y tranquilizadora—. Tienes el control aquí. Podemos dejar la puerta abierta si eso te hace sentir más cómoda.

—¿Grabas nuestras conversaciones? —me pregunta, asustada.

—Solo con tu permiso.

Piensa cuidadosamente antes de asentir. —Sí, por favor.

Observo cómo parte de la tensión se evapora de sus hombros. Rara vez los clientes me permiten grabar sus sesiones, así que ya considero esto una pequeña victoria. Sonrío internamente. La decisión de Emily me muestra que podría estar lista para hacer un cambio en su vida. Tengo una buena sensación sobre este caso. Me encanta cuando un cliente llega listo para hacer un cambio, incluso si no son conscientes de ello.

—¿Te gustaría contarme sobre ti para que podamos conocernos un poco mejor?

Respira profundamente y baja sus grandes ojos azules al suelo. Sus mejillas están teñidas de rosa como las de una muñeca. Es absolutamente hermosa. Su postura es impecable. Una dama perfecta.

—Empezaré yo —digo suavemente—. Soy el Dr. Zack Briens. Me gradué en Estudios Psicológicos y Conductuales en Cambridge e hice mi maestría en Psicoterapia Clínica en Leeds. Pero eso fue hace tanto tiempo. —Sonrío—. Luego, después de trabajar para el NHS durante quince años, comencé mi propia práctica hace cinco años para poder ayudar específicamente a víctimas de abuso.

Emily no parece ni remotamente impresionada. Su rostro permanece inexpresivo. —Supongo que quieres hablar sobre Dexter. —Su voz es baja y áspera.

—Podemos dejarlo para después si quieres. Hoy, me gustaría mucho saber de ti. Cuéntame sobre ti, Emily.

—Millie —susurra—. Llámame Millie.

Sonrío calurosamente. —Por supuesto, Millie.

Hincha el pecho y pellizca un agujero en la rodilla de sus jeans. Su boca se abre, pero no salen palabras, así que la dejo sentarse en silencio mientras reúne sus pensamientos.

Echo un vistazo a sus notas. Tiene veintinueve años: trece años menor que yo. Una muñeca rota. Sus ojos lentamente se alzan para encontrarse con los míos. Son grandes y confiados, y sus labios están entreabiertos en una súplica silenciosa.

—Tómate tu tiempo —la tranquilizo—. Recuerda, tienes el control aquí.

Millie me parpadea. —Casi no vine hoy —admite—. Cuando reservé la cita, estaba en un lugar realmente malo; pero los últimos días han estado bien, ¿sabes? Así que casi cancelé.

Lo sé. Lo veo todo el tiempo. La naturaleza cíclica del abuso es una batalla mental constante para la víctima: un minuto, están maltratadas y listas para huir; al siguiente, se sienten amadas y seguras, lo que las lleva a dudar si el abuso realmente ocurrió. Y, en esos momentos de paz, creen que nunca volverá a pasar.

Pero siempre lo hace.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? ¿Por qué viniste hoy de todas formas? Si no estabas segura.

Se encoge de hombros. —He pasado por esto demasiadas veces ya. Sé cómo funciona. —Su contacto visual ahora es intenso, y me muevo en mi asiento—. Quiero ser lo suficientemente fuerte para dejarlo. Y necesito tu ayuda.

Aprieto los labios y la observo con atención. —Esa realización es un paso importante hacia adelante, Millie. La mayoría de las víctimas nunca llegan a esa realización y esa es a menudo la razón por la que tantas pierden sus vidas por el abuso.

—Ya lo dejé —suelta, como si quisiera que estuviera orgulloso de ella—. Hace unos meses.

—¿Entonces qué pasó? —pregunto, pero ya sé la respuesta.

—Volví con él.

—¿Por qué crees que lo hiciste?

—Dexter me dijo que cambiaría. Y parecía tan seguro esta vez. Le creí.

—¿Qué crees que pasaría si lo dejaras otra vez, para siempre?

Los ojos de Millie se agrandan. Es una pregunta que nunca se había permitido hacer. Siempre había sabido que volvería con él, sin importar cuántas veces lo dejara; sin importar cuánto tiempo hubiera estado fuera.

Vuelve a mirar por la ventana mientras piensa en mi pregunta. Al final, su enfoque regresa a la habitación y jadea: —¡Sería libre!

La sesión de Millie se alarga y, noventa minutos después, conozco todas sus esperanzas y sueños. He ayudado a abrirle los ojos a lo que le espera afuera, si solo se atreviera a alcanzarlo. Superamos la conversación sobre su novio; quiero que vea que él no tiene relevancia para su futuro. Puede soñar sin él en su visión.

Cuando la sesión llega a su fin, Millie se levanta para irse. Le estrecho la mano, dejando que mis dedos permanezcan en los suyos una fracción de segundo demasiado larga. Saboreo la calidez de su piel suave. Se sonroja de un rosa delicado y se aleja. La observo irse.

Mi corazón late fuerte en mi pecho mientras las puertas del ascensor se cierran detrás de ella. Cruzo la mirada con Chelsea cuando me giro hacia mi oficina, su ceja arqueada en señal de pregunta. Asumo que está cuestionando el apretón de manos prolongado y siento mis mejillas arder de vergüenza. Espero no haber asustado a Millie.

¿Qué me pasa? Sé que no debo invadir el espacio personal de un cliente. Me doy vuelta y cierro la puerta de mi oficina antes de dirigirme de vuelta a mi escritorio para actualizar el expediente de Millie, todo el tiempo reprochándome mentalmente.

Mientras escribo, mi mente se desvía a la forma en que Millie siguió moviendo sus largos rizos rubios sobre su hombro. Me imagino sus suaves labios rosados mostrando unos dientes nacarados y rectos. Sus ojos azules brillando, a pesar de su dolor.

Frunzo el ceño mientras cierro mi laptop. Debería referirla a otro terapeuta. Debería poner algo de distancia entre nosotros antes de

que esto vaya más lejos. Pero la idea de dejarla ir, de verla salir de mi oficina para siempre y volver a los brazos del hombre que la lastimó, me llena de un pavor frío y lacerante.

No, pienso mientras me acomodo de vuelta en mi silla, mis dedos tamborileando contra el cuero suave. Emily me necesita. Debo ayudarla. Necesito verla libre de él. Y necesito mantener una distancia profesional. Soy un profesional. Puedo hacer eso.

Pero la duda me tiene entre sus garras.

Capítulo 5

Las risas emanan de la sala de estar mientras me quito los zapatos. El temor que suelo sentir al ver a Sarah se desvanece cuando oigo a mi hija reír.

—¡Para! —chilla entre risas, su risa desafiando sus súplicas.

Entro y encuentro a Sarah y Georgia rodando por la alfombra del centro de la habitación. Sarah le está haciendo cosquillas en la barriga a Georgia. Ninguna ha notado mi presencia.

—Te está diciendo que pares —digo. A pesar de las risas de Georgia, es importante que le enseñemos sobre el consentimiento. Ninguna me oye y los chillidos de Georgia se hacen más fuertes.

—¡Mami, para!

—¡Te está diciendo que pares! —grito por encima de su ruidoso juego en el suelo.

Ambas se giran para mirarme con los ojos muy abiertos y sudor brillando en sus frentes. Sarah frunce el ceño cuando se da cuenta de que estoy de pie a sólo unos centímetros de distancia.

—Nos estamos divirtiendo —dice, volviéndose hacia Georgia con una sonrisa. Sin embargo, el momento se ha perdido. Todo sentido de juego ha desaparecido de mi hija, que comprende mejor la situación que mi propia esposa adulta.

—Cuando ella dice "para", debes parar. Es importante que aprenda eso.

Sarah pone los ojos en blanco y siento cómo la ira empieza a crecer en mi interior. Respiro profundamente para intentar mantener la calma.

—Ya no estás en la oficina, Zack. Y Georgia sabe que solo estamos jugando, ¿verdad, cariño? —Ambos nos giramos hacia Georgia, que sigue acostada boca arriba, jadeando. Parece que está a punto de llorar. —No hagas un drama de esto.

—Ya es suficiente —digo, negándome a permitir que Sarah arrastre a Georgia en medio de esto—. Escuchaste lo que dije. Solo pido un poco de respeto.

Salgo de la habitación sabiendo que Sarah hará lo que le pedí. Su alegría se ha ido, y no intentará recuperarla ahora que Georgia está molesta. La incapacidad de Sarah para escuchar una simple instrucción es exasperante. Yo debería estar enseñando a Georgia cómo comportarse, no mi esposa ignorante. ¿Cómo se atreve a desafiarme cuando yo sé más? Soy un psicólogo titulado. Todo su conocimiento sobre crianza proviene de grupos de Facebook para mujeres que se quejan todo el tiempo.

Decido darme una ducha para lavarme la ira. Sarah tiene el don de alterarme, pero hoy me siento especialmente irritable. No debería sentir esta furia. Todo mi cuerpo se siente caliente y tenso, y por más tiempo que pase bajo la ducha fría, no consigo calmar mis sentimientos reprimidos.

Hasta que llegué a casa, mi día había sido excelente. Salí de mi oficina sabiendo que había marcado una diferencia para cinco mujeres que lo merecían. A veces, mi trabajo puede dejarme sintiéndome tan golpeado y magullado como las víctimas a las que intento ayudar. Como el año pasado, cuando una paciente no asistió a su sesión. Al investigar, me enteré de que su ex finalmente la había encontrado y acabó con su sufrimiento para siempre, rodeando su garganta con las manos y apretando hasta quitarle la última gota de vida.

Me sentí enfermo la noche que lo vi en las noticias. Historias de horror como esa siempre me impactarán, sin importar cuánto trate

de mantenerme objetivo. Y pasa demasiado a menudo. Traté tanto de sanar a esa pobre mujer, pero fallé. Y aún pienso en ella la mayoría de los días, en las formas en que podría haberla ayudado más.

No sé qué me está molestando ahora. Puedo sentir la incomodidad en la boca del estómago mientras apago la ducha y me envuelvo una toalla alrededor de la cintura.

Es como esa sensación que tienes cuando crees que has olvidado algo, pero no puedes pensar qué podría ser. Una sensación extraña que no desaparece.

Es al mirarme en el espejo cuando me golpea.

Millie.

Cuando Millie salió de mi oficina, sentí un extraño vacío. Ahora que se ha ido, ha dejado un gran hueco. Simplemente no puedo entender de dónde viene ese hueco ni cómo Millie lo ha provocado.

Es ridículo. Millie es una cliente, y yo soy un profesional. Lo atribuyo a la simpatía residual que siento por su situación. Pero entonces, el sufrimiento de Millie no es único. Escucho las mismas historias todos los malditos días. ¿Qué es lo que tiene ella?

Repaso mentalmente nuestra conversación. Millie habló con una calidez abierta, su voz tímida y su actitud quebrada. Sus palabras estaban llenas de dolor, incluso las que no se atrevía a pronunciar en voz alta. Sus ojos brillaban mientras miraban los míos, como si ella estuviera mirando hacia lo más profundo de mi alma. Su vulnerabilidad despertó las mías propias, y ahora me siento a flor de piel. ¿Qué es lo que tiene Millie O'Neale?

Me pongo unos pantalones chinos limpios y una camisa polo antes de bajar. Georgia ahora está sentada en la mesa del comedor, coloreando una imagen de princesas de Disney. Su lengua asoma entre sus labios mientras se concentra. Cuando me ve, su cara se ilumina, olvidando por completo el mal comportamiento de Sarah como madre.

—Papá, ¿te gusta el vestido de mi princesa?

Le echo un vistazo rápido y sonrío.

—Es muy rosa.

Todo el dibujo está coloreado en varios tonos de rosa, desde el mencionado vestido hasta la corona, incluido su cabello, incluso los conejos saltando en la hierba rosa.

—El rosa es mi color favorito —anuncia mientras rebusca en su estuche de lápices otro tono de... rosa—. Papá, ¿cuál es tu color favorito?

—Gris —respondo.

Frunce la nariz.

—Es un color feo.

Hay un estrépito en la cocina, así que voy a ver qué lío está armando Sarah ahora. Lo primero que veo es una botella de vino abierta en la encimera. Sarah está en cuclillas en el suelo, forcejeando con un armario lleno de tupperwares.

—¿Qué vamos a cenar? —pregunto.

Gruñe mientras saca una bandeja para hornear.

—Bacalao —Se levanta y saca el pescado rebozado de la caja—. Y patatas fritas.

Involuntariamente frunzo los labios.

—No me mires así. Sabes que puedes hacer la cena por una vez en tu vida. ¿O eres demasiado bueno para rebajarte a ese nivel de servidumbre?

Me río para mis adentros. Servidumbre.

—Es la cena, Sarah. No te están pidiendo que limpies la chimenea. Además, ¿qué más haces aquí? No trabajas y tenemos una asistenta que viene a limpiar. Cocinar una comida decente es lo menos que podrías hacer por esta familia.

—¡Oh, creo que hago más de lo que me corresponde! —responde furiosa—. ¡Todavía estoy aquí, ¿no?!

—¡Solo porque no tienes dónde más ir!

Recostada contra el lavavajillas, apoyando las manos en la encimera detrás de ella, me mira con odio puro. Puedo sentir el veneno de nuestro matrimonio corriendo por sus venas.

¿Por qué nos estamos haciendo esto a nosotros mismos?

Ella me lo recuerda:

—Ten cuidado con lo que deseas, Zack. Podrías acabar solo algún día.

Cierro los ojos, deseando que Sarah se desvanezca en el aire, llevándose todos sus problemas consigo. Detrás de mis párpados, el rostro de Millie flota hacia mí. Sus labios esbozan una sonrisa que me quita el aliento. Puedo escuchar a Sarah despotricando contra mí, pero apartando sus palabras, dejo que mi fantasía me lleve a un lugar más feliz. No sé qué tiene Millie que me afecta así.

Pero sí sé que estoy en serios problemas.

Capítulo 6

La semana pasa en una nebulosa. Evito a Sarah tanto como puedo y paso tiempo de calidad con Georgia, asegurándome de que sepa cuánto la quiero.

A pesar de todo lo que nuestro matrimonio retorcido la está haciendo pasar, Georgia sigue siendo un rayo de sol, un recordatorio constante de por qué hago todo lo que hago; por qué me aferro a mi matrimonio con las uñas.

Hoy, sin embargo, trae un nuevo nivel de emoción. Por más que he tratado de distraerme con otros casos, mi mente sigue volviendo a Millie. Y hoy, la voy a ver de nuevo.

Consideré cancelar la cita de hoy para evitar dañar mi integridad profesional. Pero simplemente no pude hacerlo. ¿Y si Millie pierde la confianza para buscar más ayuda? ¿Qué le pasará entonces? No podría vivir con eso en la conciencia.

Escucho a Chelsea saludar a Millie en el área de recepción. Salto de mi escritorio para pararme junto a la ventana con las manos detrás de la espalda y pongo una expresión nostálgica en mi rostro. Trato de verme tranquilo y despreocupado, pero por la sonrisa tímida en los labios de Millie cuando entra a mi oficina, puedo darme cuenta de que he fracasado. Mis mejillas se calientan de vergüenza.

—Entra y toma asiento —le digo, pero mi voz sale mucho más fuerte de lo que pretendía. La sorpresa me hace toser.

—¿Está bien, Dr. Briens?

Levanto la mano para restar importancia a su preocupación. —Estoy bien —balbuceo.

Se acerca al sofá con gracia y toma asiento en el lugar más cercano a mi sillón. Me quedo parado junto a la ventana y la observo pasar las palmas por sus muslos para alisar su falda. Cruza una pierna sobre la otra, sus piernas tan largas que no estoy seguro de cómo podría sentarme sin que mis rodillas toquen las suyas. Como si sintiera mi mirada, Millie se mueve unas pulgadas hacia la izquierda, su expresión aún sombría pero sus ojos ahora brillando.

Esto no va a funcionar. No puedo hacer esto. No hay manera de que pueda mantener una distancia profesional de esta mujer. Ella es mágica y su poder sobre mí es irresistible. No puedo hacer esto. La línea entre cliente y terapeuta está demasiado borrosa y es demasiado arriesgado continuar. Mi obsesión es peligrosa. Me siento y me reclino en mi silla, buscando las palabras que terminarán con esta relación tortuosa.

—Dexter se emborrachó anoche —comienza. Se pellizca la uña del pulgar—. Se pone muy agresivo cuando bebe.

Ha entrado directamente en la sesión. Sin rodeos. Sin preámbulos. Su confesión me devuelve a la realidad. Tengo que dejar de hacer esto sobre mí cuando tengo una víctima de abuso horrible que necesita mi ayuda. Sería egoísta terminar esto ahora.

—¿Qué pasó? ¿Te lastimó? —Usualmente nunca pregunto por detalles específicos de su abuso. Si mi cliente quiere revivir su trauma, entonces estaré aquí para escuchar, pero es importante que averigüe si es lo suficientemente fuerte para hablar de ello primero. Me gusta que encuentren la fuerza desde adentro para dar el primer paso, para que puedan hacer crecer esa fuerza y recurrir a ella una y otra vez.

Niega con la cabeza. —No, me escondí en el baño con la puerta cerrada antes de que empezara a tirar puñetazos —susurra. Mi corazón se rompe por esta mujer. Se merece mucho mejor—. Me quedé ahí hasta que se desmayó en el sofá.

—Oh, Millie —suspiro. Los ojos de Millie se agrandan por mi falta de profesionalismo—. Perdón —digo—. No lo dije de esa manera. Repasemos lo que estabas pensando cuando tu novio estaba borracho.

Millie se sienta y me cuenta sobre su miedo, su alivio cuando el temperamento de su novio se desvaneció después de unas cervezas más, de su esperanza de ser lo suficientemente fuerte para dejarlo para siempre algún día.

—¿Qué te detiene? —le pregunto—. Si sabes que necesitas irte, ¿qué te mantiene ahí?

Respira profundamente. —Porque dijo que la próxima vez que me vaya, me va a matar.

#

—¡Solo salgo a almorzar! —grita Chelsea, subiéndose el cierre del abrigo y poniéndose la bolsa al hombro—. ¿Puedo traerte algo?

Me acerco a ella con mi billetera ya en la mano. —¿Puedes traerme un café con leche? —Le doy un billete de veinte libras—. Y tu almuerzo corre por mi cuenta.

—¡El mejor jefe del mundo! —dice arrastrando las palabras, contoneándose hacia el ascensor. Las puertas se abren con un timbre, y retrocede cuando mi hermano la empuja para pasar. Chelsea toma su lugar en el ascensor y me lanza una mirada de preocupación. Le hago un gesto de despedida para tranquilizarla.

Espero a que las puertas se cierren y el ascensor comience su descenso antes de girarme para enfrentar a mi hermano. —¿Qué haces aquí, Aaron?

Camina de un lado a otro por la habitación, pasándose la mano por el cabello grasiento. Lo observo con creciente impaciencia. —Aaron, tengo un cliente que llegará pronto. —Es una mentira. La Sra. Conran canceló su cita esta mañana, pero él no necesita saber eso—. ¿Qué pasa? —Nunca he visto a mi hermano tan agitado. Desde que lo despidieron del ejército, no ha sido exactamente una persona fácil de tratar, pero hoy su irritabilidad ha subido un nivel.

Finalmente, deja de caminar y se gira para mirarme. Sus ojos están vidriosos, y se ve nervioso, como si estuviera de humor para atacar. Mi oficina no es lugar para este hombre.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Necesito hablar. —Espero, pero no habla.

—¿Bueno? Continúa, entonces.

Aaron suspira y mira hacia el suelo. Toda su energía acumulada se evapora. —Yo, eh... necesito dinero. Mi casero me va a echar.

Respiro profundamente. ¿Por qué tengo la sensación de que esto es sobre algo más que dinero? —Bien. ¿Cuánto necesitas?

Se ve sorprendido. Obviamente, no esperaba que me convenciera tan fácilmente. Tener a Aaron en mi oficina no solo es un riesgo para la seguridad y el bienestar mental de mis pacientes, también sirve como un recordatorio doloroso de lo poco que he hecho para ayudar a mi hermano menor, y no tengo ganas de confrontar esta culpa.

No sé cómo las cosas empezaron a ir tan mal para él. Cuando se unió a las fuerzas armadas, estaba tan lleno de entusiasmo y tenía una verdadera sed de vida. Estaba encaminado a hacer cosas increíbles. Constantemente impresionaba a sus superiores y ganaba premios, y estaba rodeado de amigos que lo apoyaban.

Entonces, sin aviso, papá recibió una llamada diciendo que Aaron estaba siendo enviado a casa y que debería considerarse afortunado de que no estuvieran involucrando a la policía.

Aaron cambió de la noche a la mañana. Se fue la vitalidad que amábamos; todo lo que quedó fue un caparazón que no contenía nada más que amargura e ira.

Me destroza verlo ahora. Debería haber hecho más para ayudarlo, pero Aaron siempre ha sido evasivo, y simplemente me siento tan impotente con él. Perdí la esperanza sin siquiera darle una oportunidad.

—¿Cuánto tienes? —pregunta, con vergüenza en la voz.

Abro la billetera que aún tengo en la mano. —Cincuenta. Y unas monedas —digo. Mira hacia el techo y sus hombros caen—. ¿No es suficiente?

—No, no es eso. Es solo que...

Espero con una ceja levantada, pero solo se encoge de hombros. Empezando a sentirme frustrado con la incapacidad de Aaron para decir su verdad, digo: —Vamos. Hay un cajero automático abajo. —Solo quiero que se vaya de aquí.

Bajamos en silencio, el espacio en el ascensor sintiéndose mucho más pequeño de lo que realmente es. Quiero extender mis brazos para evitar que las paredes se cierren.

No es hasta que estoy ingresando mi PIN en el cajero automático que Aaron vuelve a hablar. —Papá se veía mal el otro día —dice conversacionalmente.

Lo miro. Aaron es quien debería hablar. Se ve como si no hubiera dormido en semanas y realmente le vendría bien una afeitada. Sin embargo, no está equivocado sobre papá. —Sí —digo, sacando el dinero de la máquina—. No te preocupes, lo vigilaré.

Gruñe en reconocimiento y toma los billetes de mi mano. —Te pagaré —me dice, antes de asentir en despedida y alejarse por la calle.

Lo veo irse, mientras la tristeza me embarga.

Capítulo 7

Georgia me rodea las piernas con los brazos, y me inclino para devolverle el abrazo. Se aferra a mí con más fuerza, así que la levanto en brazos y le doy un beso en la frente.

—Que tengas un gran día en la escuela, cielo —le digo, volviéndola a bajar para que pueda tomar su mochila y salir apresurada por la puerta, entusiasmada por aprender. Es un ser humano increíble y el orgullo que siento por ella es abrumador.

—¿Vas a estar holgazaneando por casa toda la mañana? —me pregunta Sarah, haciendo sonar las llaves en la mano.

—Sí. No tengo citas esta mañana, así que pensé en ponerme al día con el papeleo en casa.

Sarah resopla, claramente descontenta con mi presencia en la casa que yo pago. —Bueno, tengo que hacer unas compras. Estaré de vuelta a mediodía.

Recibo el mensaje alto y claro: quiere que me vaya antes de que regrese. Hemos llegado al punto en que ya no podemos estar en el mismo edificio al mismo tiempo. Me parece bien. De todas formas, tengo una cita después del almuerzo.

En el momento en que la puerta se cierra tras ellas, suspiro aliviado. Por mucho que me encante estar con mi hija, hay algo

especial en tener la casa para mí solo. Me otorga una libertad que me llena de optimismo.

Me dirijo a la cocina y pongo la tetera cuando suena el timbre, arruinando mi buen humor.

Chasqueando la lengua, vuelvo al recibidor y abro la puerta. —¿Papá?

Papá está en el umbral de mi puerta, con un cigarrillo colgando de los labios. Se quita el cigarrillo encendido de la boca y lo apaga contra los ladrillos. —¿Qué tal, Zack? —Sonriéndome, entra sin más.

—¿Todo bien, papá? —No es raro que me visite, pero siempre llama primero por si no estoy en casa.

—Estaba visitando a un amigo y se me ocurrió pasar a verte, ver cómo estás —dice. Su cuerpo parece particularmente tenso hoy, como si hubiera pasado un asalto con Mike Tyson.

La tetera está borboteando violentamente y hace un ruido para anunciar que ha terminado de hervir. Papá se sienta en el salón, todavía tosiendo, mientras yo limpio el té salpicado. Su postura está encorvada, haciendo que parezca varios centímetros más bajo de lo que es.

Me pongo a prepararle una taza de té. —¿Has hablado con Aaron? —Me pone nervioso preguntarlo por si sabe que le presté el dinero que papá se negó a darle.

—No. Creo que tu madre sí —dice con el ceño fruncido.

—¿Cómo está? ¿Lo sabes? —pregunto, nervioso por escuchar la respuesta. Si Aaron le confesó a papá que le di el dinero, sé que estaré en su lista negra. Odio disgustar a papá cuando siempre está ahí para mí. Al menos uno de sus hijos debería portarse bien con él.

Siempre he tenido una buena relación con papá, basada en el respeto y la honestidad, mientras que la relación de papá con Aaron es todo lo contrario. Es tensa y dolorosa de ver. De niño, a menudo veía a papá mirando a Aaron con una expresión conocedora en los ojos. Era como si pudiera ver algo que nadie más podía, y eso solo se ha acentuado en la edad adulta de Aaron.

—Dios sabe. No pregunté. Pero ya sabes cómo es: problemas.

—¿Qué crees que está tramando?

Papá resopla. —Créeme, no quiero saberlo. Sé cosas sobre ese chico que te pondrían los pelos de punta.

Ojalá supiera qué sabe papá sobre Aaron que lo pone tan tenso, pero sé que si pregunto, simplemente me ignorará y creará un ambiente tenso entre nosotros y no quiero eso. Ya hay suficientes malas vibraciones en esta casa.

Da un sorbo a su bebida y tose en la taza, salpicando líquido marrón por todas partes.

—Joder, papá. Ve a sentarte. —Papá se sienta en el salón, todavía tosiendo, mientras yo limpio el té salpicado.

Cuando entro en la habitación, está haciendo muecas y frotándose el cuello. —Papá, ¿estás bien? —Es una pregunta con doble sentido. Papá odia que lo vean como débil, y la enfermedad está en lo alto de su lista de debilidades.

—Estoy bien, hijo. Solo tengo un pequeño resfriado, eso es todo.

Pero está pálido como la cera y no puedo evitar insistir. —Aun así, creo que deberías ver a un médico.

Me hace un gesto para que me calle. —Oh, cállate. Suenas igual que tu madre. Quejándote todo el maldito tiempo.

Me echo hacia atrás, conmocionado. Papá muy rara vez me reprende, y mucho menos habla mal de mamá. Tal vez papá se siente mucho peor de lo que deja ver. Sé que no lo dice con mala intención. Es una broma recurrente que papá es un viejo testarudo cuando se trata de ver a un médico. Creo que es porque odia parecer débil, pero mamá dice que es solo un vago de mierda. Lo dice con cariño, por supuesto.

Ahora, necesito manejar esto con cuidado. Tratar de convencerlo de que busque ayuda de un médico solo hará que el viejo cabezota se cierre en banda. —Lo siento, papá. Solo nos preocupamos por ti.

Esta vez se ríe, dándose cuenta enseguida de mis intenciones. —Y no me vengas con tu chantaje emocional de mierda, tampoco. Estoy bien.

La línea está trazada. Conversación terminada.

Deja su taza en la mesa de centro, ignorando el posavasos. Me incomoda y lucho contra el impulso de mover la taza para evitar una mancha. —¿Cómo va el trabajo? —pregunta, su chequeo habitual.

Frunzo el ceño, pero sabiendo que no llegaré a ningún lado tratando de insistir en el tema, me rindo y cambio de tema. —Oh, igual que siempre. Difícil, pero gratificante, ya sabes. —Aparto la mirada. Puedo sentir sus ojos taladrándome, intentando descubrir mis secretos. El calor me recorre y me aflojo el cuello de la camisa en un intento de refrescarme.

Y he aquí que me hace la única pregunta que rogué que se guardara para sí mismo. —¿Más clientes problemáticos?

Niego con la cabeza demasiado rápido. —No, todo bien.

No me cree. Puede ver la mentira escrita por toda mi cara. Cojo su taza y la llevo a la cocina para escapar de su mirada, pero me sigue.

Su tono es duro, y me estremezco anticipando sus próximas palabras. —Zack, sabes que tienes que comportarte, ¿verdad? Prometiste poner más esfuerzo en tu matrimonio y dejar el trabajo donde pertenece: en la oficina.

Me encojo otra vez. Sé lo que prometí, pero si conociera a Millie, lo entendería. Le gustaría.

Además, no está pasando nada, trato de convencerme. Nada para ella, de todas formas. Mi lado de la historia puede ser un poco diferente. Soy muy consciente de que las raíces de la obsesión se están hundiendo profundo, pero no es como si fuera a actuar al respecto.

Solo porque guardé su número en mi teléfono personal no significa que vaya a pasar algo. Fue solo una precaución. Una forma de asegurarme de que estuviera bien.

Niego con la cabeza. Mi relación con Millie es puramente profesional. —No tienes nada de qué preocuparte, papá. Puedes confiar en mí, de verdad.

No parece del todo convencido, pero me alivia verlo asintiendo.

Capítulo 8

Llego al trabajo más temprano de lo habitual, impulsado por un curioso deseo de que mi escritorio esté impecable. Es una idea ridícula, en realidad, pensar que Millie siquiera notaría cómo está mi escritorio.

Sin embargo, organizo meticulosamente cada hoja de papel, bolígrafo y dispositivo electrónico, asegurándome de que estén perfectamente alineados. Para cuando ella entra con paso despreocupado, una sonrisa pícara dibujada en sus labios, mi escritorio es una imagen de perfección ordenada.

Es una lástima que mis pensamientos no reflejen el orden de mi escritorio.

Cuando Millie me saluda, noto que su mirada se detiene en mi camisa blanca e impecable, la que suelo usar casi todos los días. Me gusta cómo resalta mi piel bronceada, y también me he remangado para mostrar mis brazos musculosos. Un gesto patético, pero no puedo evitar el impulso de impresionar a esta mujer.

Después de hablar con mi padre sobre Millie, no he podido dejar de pensar en ella. Es más que una clienta: es fruta prohibida, y me mata no poder probarla. Mi falta de profesionalidad me aterra, pero no puedo evitar estos pensamientos. Algo muy dentro de mí sabe

que ella es diferente. Simplemente siento que ella vale la pena. ¿Qué es lo que tiene Millie O'Neale que me cautiva?

Tomamos asiento uno frente al otro y una ola de vértigo me invade, como la emoción de un colegial antes de su primer baile. Mi corazón late con fuerza y me cuesta mantener la compostura en su presencia.

Millie vuelve a sentarse en su silla, con movimientos medidos y cautelosos. Se ve mucho más relajada en mi presencia ahora. Creo que ahora que nuestra primera sesión ha quedado atrás, puede acomodarse a su cita un poco más suavemente.

—¿Cómo estás hoy? —le pregunto con voz suave.

Sus labios se curvan en una sonrisa que revela sus dientes blancos y relucientes. A pesar del brillo de su sonrisa, hay una tristeza persistente en sus rasgos. Un mechón rebelde de cabello se escapa de detrás de su oreja y ella lo deja caer. Resisto el impulso de extender la mano y acariciarlo.

—Estoy bien —responde, pero sus palabras suenan pesadas.

La observo detenidamente, notando su fragilidad. A pesar de sus garantías, está claro que está lejos de estar bien. Hay una tensión en su comportamiento, acentuada por sus manos que se retuercen. —¿Cómo van las cosas en casa?

El silencio cae sobre nosotros mientras la mirada de Millie se pierde por la ventana, observando la bulliciosa escena exterior. A través del cristal, vemos a la gente pasar apresuradamente, todos absortos en sus propias vidas. Sus propios dramas. El bullicio del exterior contrasta con la quietud de la habitación, haciéndome sentir tranquilo a pesar de la intensidad de nuestra conversación.

Millie corta la calma. —Es... —Cierra los ojos—. Me las apaño.

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en el portapapeles. —Salir adelante no es el objetivo, ¿verdad? ¿No crees que mereces ser feliz? ¿Cómo sería la "felicidad" para ti?

Se sonroja, pero no dice nada, volviendo a mirar por la ventana. Sacude la cabeza, el movimiento apenas perceptible.

—Creo que mereces el mundo —digo de repente, las palabras escapándose de mis labios antes de poder detenerlas. En el

momento en que son pronunciadas, siento una oleada de vergüenza, y me quedo callado de repente.

Pero ella solo sonríe: una sonrisa genuina y cálida. Es más que hermosa. —¿Quién soy yo para discutir con un profesional? —Su tono es tímido pero juguetón, y no puedo evitar sonreír.

Es hora de redirigir el curso de nuestra conversación de Millie a su novio, Dexter. —Háblame de él. Dexter. —Ya he visto los moretones que el bastardo le deja, pero como persona, es un completo desconocido, y necesito saber con qué estoy tratando aquí.

—Llevamos juntos toda la vida. Más de cuatro años. —Traga con dificultad. —Hemos estado juntos con idas y venidas. —Mis ojos son atraídos hacia el delicado movimiento de su garganta—. Nos conocimos en una noche de fiesta en Liverpool. Él vivía allí en ese momento y era un verdadero donjuán, un tipo muy lanzado, ¿sabes? Las cosas empezaron muy bien. Era dulce y atento. —Aparta la mirada.

—¿Qué fue lo que cambió?

Se encoge de hombros, agotada. Se ve emocionalmente agotada. —Su hermana murió y todo simplemente... cambió. No podía lidiar con eso, y la única manera en que podía manejar eso era enojándose.

—¿Cuándo murió su hermana?

—Hace más de un año.

Me recuesto en mi silla, con los labios apretados. Esta hermosa mujer ha sido maltratada durante más de doce meses. Siento que mi presión arterial se eleva. Pienso en mi esposa. Sentada en casa, bien cuidada, segura. Me enfurece pensar en lo desagradecida que es Sarah cuando mujeres como Millie no tienen ni una pizca de la bondad que merecen. Fuerzo mi atención de vuelta a Millie.

De repente suelta: —Pero él no me hace daño a menudo. ¿Quizás una vez cada dos semanas?

—Millie... Me parece que la muerte de su hermana fue solo una pobre excusa para empezar a abusar de ti. Pero ¿cuál es su excusa para continuar? —Se me escapa antes de darme cuenta de lo que estoy diciendo. Odio lanzar acusaciones, prefiriendo enfocarme en mi cliente y sus necesidades personales. Pero Dexter suena como un

verdadero imbécil. Y necesito que Millie lo vea. No puedo permitir que ponga excusas por este hombre.

Sus ojos se abren mucho, un destello de comprensión amanece. Este momento marca el primer paso crucial para darle poder, alimentando esa semilla de duda ya plantada en su mente. Ahora que la confianza de Millie en mí ha crecido, quiero darle el valor que necesita para liberarse de este ciclo tóxico en el que está atrapada. Y a veces, la verdad necesita ser presentada fuerte y claramente.

Las lágrimas se derraman por sus mejillas, y me dirijo a mi escritorio para tomar una caja de pañuelos. Toma uno y se seca la cara. Se ve aún más hermosa cuando llora. Sus ojos azules brillan y sus mejillas se sonrojan. Parece una muñeca inocente. —Se esconde detrás de esa fachada de buen hombre. Es realmente confuso.

Cuando sus sollozos se calman, la consuelo. —Sé que esto es difícil, pero no tiene que ser así. Puedes ser feliz, Millie.

Se ve dudosa y vuelve a mirar por la ventana. Un pequeño hipo se le escapa. Puedo ver que está empezando a cerrarse, así que cambio el enfoque de la conversación para que siga hablando. —¿Qué te gusta hacer? ¿Qué te hace feliz?

Esta vez, su sonrisa es genuina, irradiando una calidez que se extiende a través de mí. —Voy al gimnasio casi todas las tardes —dice, con un toque de entusiasmo filtrándose en su voz entre los hipos—. Encuentro que hacer ejercicio es una gran vía de escape. Es tiempo para mí. ¿Sabes?

Le sonrío ampliamente. —Esas son excelentes noticias, Millie. Cuidarte es bueno para tu mente.

Pasamos el resto de la sesión charlando de todo un poco, conociéndonos mejor. Se siente tan natural, y me sorprende cuando Chelsea llama a la puerta. —Perdón por interrumpir. Es solo que tu siguiente paciente lleva esperando diez minutos. Llamé antes, pero me dijiste que esperara.

Millie inmediatamente se levanta de un salto. —¡Oh, Dios! Lamento haberte hecho esperar. —Extiende la mano hacia la mía, y la estrecho ligeramente.

Siento una descarga eléctrica en los dedos. Me mira a los ojos y se muerde el labio inferior. Percibo un cambio en el universo que me

recorre la espalda con un escalofrío. Y una punzada en la entrepierna.

Capítulo 9

Maldiciendo, aparco en la plaza más lejana de la entrada del supermercado. El aparcamiento está lleno. ¿Por qué todo el mundo necesita hacer compras de pánico diez minutos antes de que cierre el supermercado un domingo? Solo necesito una barra de pan y una bolsa de café para la oficina, y ahora tengo que caminar incómodamente bajo la lluvia.

Resoplando, salgo del coche y corro hacia el camino cubierto para evitar la lluvia. Paso por el gimnasio, y me incomoda la música que sale a todo volumen por las puertas abiertas. No me malinterpretes, estoy en buena forma, pero prefiero con mucho la soledad y el aire fresco de salir a correr. La idea de sudar en una habitación llena de gente musculosa me parece algo desagradable.

Pero entonces, diviso a la única persona con quien no me importaría pasar tiempo en un gimnasio empañado por el sudor. Camina hacia mí con la cabeza gacha, ajena a su entorno.

Millie.

Ver a Millie fuera de contexto me toma por sorpresa y no sé cómo reaccionar, así que actúo como un adolescente tonto. Me escondo detrás de una pareja que camina tomada de la mano para que no

me vea. Respiro hondo para calmarme, luego me alejo de la pareja que ahora se ha detenido a besarse apasionadamente bajo la lluvia.

Millie ha pasado directamente a mi lado y se dirige al gimnasio. Lleva una bolsa enorme colgada del hombro y viste los shorts más ajustados y diminutos, revelando muslos increíblemente musculosos y bronceados. Trago la saliva que se me acumula en la boca. No quiero que se note mi reacción.

La observo mientras pasa su tarjeta de membresía en el mostrador de recepción y camina entre la multitud. Y luego desaparece.

La decepción me aplasta. Ni siquiera pude verle bien la cara, y me quedo con un deseo ardiente de mirarla a los ojos y hablar con ella. Quiero comprobar que esté bien.

Continúo mi caminata al supermercado en silencio melancólico. Mis pies se arrastran y mi corazón se siente pesado.

—¿Dr. Briens? —me llama una voz familiar mientras entro por las puertas y me dirijo a la sección de panadería—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Me doy la vuelta y encuentro el rostro arrugado de la Sra. Rogan, una maestra jubilada que fue golpeada tan brutalmente por su hijo drogadicto que tenía demasiado miedo de salir de casa.

—¡Sra. Rogan! ¿Cómo está? —Le sonrío cordialmente, aunque a decir verdad, no estoy de humor para charlar ahora mismo. Una vez que la Sra. Rogan empieza a hablar, es muy difícil de detener.

—No podría estar mejor. Y eso es todo gracias a usted.

Me relajo. La Sra. Rogan fue un caso difícil. Su amor por su hijo era tan fuerte que le resultaba difícil aceptar su comportamiento criminal y el trato asqueroso que le daba. No solo la lastimaba por dinero, sino que además la culpaba por sus delitos.

—Me alegra mucho escuchar que está bien. Hizo un trabajo excelente con su recuperación.

—Dr. Briens, siento que nunca le agradecí adecuadamente. Gracias a usted encontré el valor para volver a ser yo misma y una vez que eso encajó en su lugar, pude ayudar a mi hijo.

—¿Sí? ¡Oh, eso es increíble escucharlo!

—Ahora está en la universidad. Estudiando criminología.

Me alegra mucho cuando las historias terminan bien.

Mientras la Sra. Rogan parlotea sobre lo orgullosa que está del hijo que la puso en el hospital, mi mente se desvía hacia Millie. Ojalá pudiera aplicar el mismo profesionalismo con ella que apliqué con la Sra. Rogan, pero Millie es seductora más allá de toda medida. Me hace cosas que me hacen sentir increíblemente incómodo y sin embargo emocionado en igual medida. Maldigo mi falta de control sobre mis pensamientos y prometo que eso nunca se reflejará en mi comportamiento.

La Sra. Rogan termina su monólogo con un abrazo y se dirige al pasillo de las conservas.

Termino comprando más de lo que tenía intención de comprar, para darme más tiempo para pensar.

Cuando camino de vuelta hacia mi coche, el gimnasio está tan ruidoso y no hay señal de Millie por ninguna parte, pero entro para refugiarme de la lluvia. Y tal vez para echar un vistazo más de cerca.

—¿Puedo ayudarle? —Una chica joven con una sonrisa enorme y facciones brillantes me grita desde el mostrador de recepción.

—Oh, no, gracias. Solo tenía curiosidad.

Frunce el ceño hacia mí, claramente descontenta con un tipo empapado estirando el cuello para ver a través de los estudios de baile. —Este gimnasio es solo para miembros —me dice, cruzando los brazos—. No se permiten visitas.

Mejor me voy. No quiero tener problemas con una mujer de un metro y medio con bíceps enormes. Le hago un gesto seco con la cabeza y me doy vuelta.

—¿Dr. Briens? —Su voz suena dulce y musical.

Mi corazón se salta un latido mientras me doy vuelta para enfrentarla. Sus rizos rubios se escapan de su coleta. Los mechones se le pegan a la cara, adheridos al sudor de su frente. Sin embargo, sonríe sin un rastro de vergüenza por su apariencia desaliñada. Un rasgo de personalidad verdaderamente sexy.

—¡Hola! —le respondo, algo inseguro. Camina hacia mí, secándose la cara con una toalla pequeña. Aleja la toalla y no puedo dejar de notar un moretón bajo su ojo izquierdo. No puedo respirar. Anhelo extender la mano y tocarla; quiero consolarla hasta que desaparezca el dolor. En cambio, solo aprieto los dientes, conteniendo las

palabras que quiero decir. Me obligo a volver a mis modales profesionales con un movimiento de hombros.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, colocándose incómodamente cerca, pero no puedo obligarme a alejarme. Su aroma es embriagador.

—Oh, solo estaba informándome sobre una membresía. —Echo un vistazo a la chica detrás del mostrador, que me observa con diversión. Necesito salir de aquí antes de hacer el ridículo. Estoy empapado y agarrando una bolsa de comestibles. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que estoy mintiendo.

Así que me sorprende cuando Millie me pregunta: —¿Te apetece un café o algo así? —Mira su reloj—. Tengo algo de tiempo antes de tener que volver a casa.

Mi respuesta inicial es decir que no. Siento que estoy cruzando las líneas de límites con pacientes que siempre he mantenido tan cerca de mi corazón. —Claro —digo, maldiciendo mi debilidad.

Me lleva a una cafetería a la vuelta de la esquina, donde los baristas parecen menos que contentos de estar trabajando en una lluviosa tarde de domingo. Tomamos asiento en un reservado en la esquina y nos sentamos en silencio incómodo. Tamborileo los dedos sobre la mesa.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo realmente en el gimnasio? —pregunta, mientras sonríe y sostiene su capuchino.

—Te dije, solo preguntando sobre una membresía.

Se ríe por lo bajo. —Eres un pésimo mentiroso, Dr. Briens.

Por más avergonzado que me sienta, no puedo evitar sonreír ante su picardía tímida. —Bien. Me atrapaste. Te vi entrar y quería comprobar que estabas bien. —Le señalo el moretón bajo su ojo—. Y por favor, llámame Zack.

Se toca la cara como si acabara de recordar el moretón. ¿Es la violencia tan frecuente que ya ni siquiera se da cuenta de que está herida? —No es nada —murmura, colocando su taza cuidadosamente sobre la mesa y envolviendo sus dedos alrededor de la taza.

—No parece poca cosa —insisto.

Me mira frunciendo el ceño. —No me di cuenta de que esta sería otra sesión de terapia... Zack.

Tiene razón, por supuesto. La he emboscado fuera del único lugar que probablemente siente que es suyo. Soy un idiota.

El silencio regresa como una nube de tensión. Nos envuelve y desearía no haber venido aquí. Debería haber dejado mi relación con Millie en la oficina. Esto es demasiado informal, demasiado íntimo, y no sé cómo manejarlo.

Suspira. —Aprecio que te preocupes por mí. Siento que eres la única persona que lo hace.

Y con esas palabras devastadoras, todo mi estrés desaparece. —¿Qué hay de tu familia? ¿Dónde están?

Se encoge de hombros. —Se fueron. Mamá y papá se mudaron a España pocos días después de que cumplí dieciocho, y no hemos hecho el esfuerzo de mantener el contacto. Parece demasiado esfuerzo. Y no tengo hermanos, así que...

Está sola. O, lo estaba. Ya no.

—¿Tienes a alguien más con quien hablar sobre... ya sabes?

Sonríe tristemente. —¿Sobre Dexter? No, solo contigo.

A pesar de mí mismo, siento mi pecho hincharse de orgullo. —Bueno, siempre estaré aquí para ti —admito. Mi simpatía es demasiado profunda para contenerla más—. Quiero ayudarte.

Suelta una risita. —Sí... porque te pagan por eso.

—Estoy aquí ahora mismo, ¿no es así?

Me mira con los ojos entrecerrados, mordiéndose el labio inferior. Me está evaluando y no la culpo. Con lo que está pasando en casa, puedo entender por qué le cuesta confiar en los hombres en su vida.

Como si fuera sacada de un trance, Millie jadea y mira su reloj. —¡Mierda, tengo que irme! —Se levanta y se da vuelta para irse, pero cambia de opinión y se vuelve hacia mí—. Gracias, Zack. —Y entonces, se inclina para plantarme un beso en la mejilla.

La observo irse, tocando la mejilla donde acaba de posar sus dulces labios.

Hay algo especial en Millie O'Neale, y me estoy enamorando de ella.

Me he enamorado por completo.

Mierda.

Capítulo 10

Tratando de disimular mi sensación de urgencia, acuesto a Georgia en la cama, moviéndome rápidamente a través de la rutina. Le leo El Grúfalo, le doy un abrazo de buenas noches y le doy un largo beso en la frente. Luego bajo corriendo las escaleras para ponerme los zapatos.

—¿Adónde vas? —la voz de Sarah corta mis pensamientos mientras emerge de la cocina, copa de vino en mano, llena hasta el borde.

—Salgo —respondo secamente, poniéndome el abrigo con determinación—. No te emborraches tanto como para que no puedas cuidar de Georgia —digo, lanzándole una mirada acusatoria.

Ella resopla en respuesta. —Es una copa, Zack. Al menos yo estoy aquí para ella. No como cierto alguien... —me da la espalda y desaparece en la sala, la puerta cerrándose detrás de ella con un golpe definitivo.

Lo que ella no sabe es que le he pedido a Mamá que pase a verlas en una hora. Por si acaso.

Por un momento, me detengo a contemplar la distancia entre Sarah y yo, la brecha que parece agrandarse cada día. Pero tan pronto como surge el pensamiento, lo dejo de lado. Cualesquiera

que sean los problemas que podamos tener, palidecen en comparación con la atracción magnética que me impulsa esta noche. Tengo mejores cosas que hacer que discutir con mi esposa.

Desde mi encuentro improvisado con Millie en la cafetería, he pasado cada segundo pensando en ella. Mi obsesión está creciendo hasta convertirse en algo insoportable. Es como una picazón que no puedo rascar y me está volviendo loco.

Mientras conduzco al otro lado de la ciudad, reflexiono sobre mis acciones. Sé que estoy cruzando tantos límites profesionales, pero si nadie más lo sabe, entonces no importa. Además, es mi trabajo ayudar a Millie, y cuanta más información tenga, mejor trabajo puedo hacer.

Me detengo junto a la acera y observo detenidamente. Su casa es agradable. Más pequeña que la mía, pero imagino que su novio agente inmobiliario gana una fracción de lo que yo gano. Pero aun así, la casa unifamiliar se ve ordenada y acogedora.

Árboles de hoja perenne rodean la propiedad, protegiéndola de miradas indiscretas, así que salgo del coche y me acerco lentamente. Tengo que meterme entre los arbustos para poder ver bien. La casa del vecino más cercano debe estar a más de cien metros de distancia, pero aún siento el cosquilleo nauseabundo de la posibilidad de ser descubierto.

No hay coches en el camino de entrada de Millie, y las luces están apagadas, así que asumo que la casa está vacía. El magnetismo que siento hacia Millie se hace más fuerte con cada segundo que paso frente a su casa.

Aparecen faros alrededor de la esquina, y me escondo más entre los arbustos. Un Mercedes negro entra en la entrada, y jadeo cuando Millie sale del asiento del conductor, sacando su bolsa del gimnasio con ella.

Camina hacia su casa, sin duda sintiéndose más segura con Dexter fuera de casa. Cuando va a cerrar la puerta, se detiene, mirando directamente hacia mí. Me echo hacia atrás, más profundamente entre las hojas, enterrándome en la oscuridad. Contengo la respiración, aunque sé que no hay manera de que pueda verme desde ahí. Segundos que se sienten como horas pasan antes de que

la luz que emana del pasillo de Millie se desvanezca cuando cierra la puerta principal detrás de ella.

Finalmente me permito respirar de nuevo. Mi corazón está latiendo fuertemente en mi pecho, y me siento mal. Eso estuvo demasiado cerca para mi gusto.

Me quedo quieto y espero a que mis nervios dejen de hormiguear y me río en voz baja. Esto es ridículo. ¿Qué poder tiene Millie sobre mí para hacerme comportar así? Debo estar volviéndome loco.

A pesar de dudar de mi cordura, ver a Millie de nuevo ha alimentado mi fuego. Al diablo con la profesionalidad y los límites. Mi resolución de mantener mi distancia se desvanece y una tensión que oprimía todos mis músculos se libera.

El caso de Millie es especial, y ahora sé que requiere medidas fuera de lo común. Solo necesito averiguar cómo serían esas medidas.

Con una última mirada a la casa, estoy a punto de irme, pero una luz repentina adentro me hace vacilar. La luz viene de arriba, de su dormitorio.

Me muevo a la izquierda para tener una mejor vista. La silueta de Millie aparece junto a la ventana y se acerca más, su pequeño y firme cuerpo se perfila. Me deja sin aliento.

Veo cómo se quita la camiseta, revelando un sostén deportivo negro. Se me abre la boca cuando lleva las manos hacia atrás para desabrochar el cierre. Mi pulso late con fuerza en mi cuello y por más que trato, no puedo apartar los ojos de ella.

Se detiene momentáneamente mientras mira hacia la calle, probablemente esperando la llegada de Dexter. Frunce el ceño, y puedo sentir su nerviosismo desde aquí. Me parte el corazón. ¿Cómo pueden los hombres ser tan crueles? Millie no debería estar viviendo así, con miedo.

Veo cómo desabrocha el sostén y se lo quita con un movimiento de hombros. Contengo un gemido contra mi puño, incapaz de contener mi excitación.

Sus pezones son redondos y rosados, sus senos firmes y tentadores.

Mi corazón está acelerado.

—Oh, Millie. ¿Qué me haces? —gimo.

La presión en mi ropa interior es una agonía. Lentamente me bajo la cremallera y saco mi pene. Mi mano agarra mi erección y empiezo a masturbarme.

No pasa mucho tiempo hasta que estoy a punto de perder el control. Una tensión recorre desde mi abdomen inferior hasta mi cuello. Mi mano libre se agarra al tronco del árbol frente a mí y mis rodillas amenazan con doblarse. Mis ojos se cierran con fuerza mientras un escalofrío recorre todo mi cuerpo y el semen cae al suelo.

Entonces, una voz grita detrás de mí. —¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Capítulo 11

El pavor me martillea la garganta mientras corro de vuelta a mi coche, guardándome apresuradamente en los pantalones. Cierro la puerta de un portazo, pongo el coche en marcha y piso el acelerador a fondo, alejándome rápidamente de la acera.

En el espejo retrovisor, capto un vistazo fugaz de unos ojos llenos de asco, pero me muevo demasiado rápido para distinguir un rostro. Hay un perro sentado junto a los pies del tipo, su cara chata también parece horrorizada. La sangre me sube a las mejillas, que me arden de vergüenza. Nadie debería ver eso cuando sale a pasear a su perro.

—Mierda, mierda, mierda —murmuro entre dientes, las manos sudándome mientras agarro el volante. ¿Cómo pude ser tan jodidamente estúpido? Me dejé llevar. Perdí el control de mis sentidos.

¡Joder! Soy un imbécil.

Lucho contra la vergüenza a medida que la distancia entre yo y mi comportamiento escandaloso crece en mi mente. Quizás quien me vio no me vio bien. Quizás ni siquiera vio lo que estaba haciendo. Después de todo, estaba oscuro y él estaba al otro lado de la calle.

Respiro profundamente, inhalando por la nariz, exhalando por la boca. Sí, eso es. No pudo haberme visto bien. Aplasto mi paranoia y eventualmente mis pensamientos regresan a Millie.

Quiero mostrarle la vida que podría estar viviendo. Una vida conmigo. Me imagino levantándola, echándomela al hombro, y llevándola a la cama. Mi cama. La excitación me recorre la entrepierna una vez más y sacudo la cabeza para apartar la imagen de sus pechos de mi mente.

Despertar junto a ella sería un sueño hecho realidad. Mantenerla segura y feliz. Verla convertirse en madre de Georgia.

Me río de mi tonta fantasía. Eso nunca sucederá.

Entonces los pensamientos de lo que acaba de pasar vuelven como una avalancha. Es como una batalla interna. Cada vez que logro desviar mi atención, el recuerdo se abre paso de vuelta al primer plano de mi mente.

Gimo con la confusión de todo esto.

Las farolas se desdibujan mientras navego por las curvas y vueltas de la carretera, ignorando el límite de velocidad en un intento inútil de escapar de mis propios pensamientos.

Al ser una noche entre semana, la Calle Principal está tranquila. Una pareja joven sale flotando de un restaurante del brazo, riéndose de algún chiste, la mujer acariciando el brazo de su pareja con cariño. Un grupo de adolescentes acecha en la entrada de una tienda de caridad cerrada, parecen estar buscando problemas, con las capuchas bien subidas y las cabezas agachadas.

Mientras paso por el Rose and Crown, un pub famoso por las peleas y los tratos de drogas, veo a Aaron bajando los escalones, con las manos metidas en los bolsillos. Está enfrascado en una conversación con un hombre a su lado.

Me quedo atónito. Siempre pensé que Aaron era un solitario, así que verlo con un amigo se siente discordante. Lo que es más sorprendente es lo bien arreglado que está el amigo de Aaron. Es muy diferente al aspecto habitualmente desaliñado de mi hermano.

Se dirigen por la calle frente a mi coche y reduzco la velocidad a paso de caracol, atraído por la curiosidad. Se están riendo juntos, Aaron completamente relajado en compañía de este hombre. El

amigo mide más que el metro noventa y tres de Aaron. Sin embargo, no tiene los hombros anchos de Aaron; es larguirucho y ágil, de aspecto torpe. Pero es un hombre guapo. Alguien que puedo imaginar que esté con Millie.

Si no estuviera destinada a estar conmigo.

Decido que he perdido suficiente tiempo mirando a mi hermano y me alejo, sin darle más importancia a esa extraña amistad.

#

Mientras las calles familiares de mi barrio aparecen a la vista, me invade una sensación de pavor. Esta casa, mi matrimonio, se siente como una jaula y la detesto profundamente. Necesito liberarme de ella tanto como Millie necesita liberarse de la suya.

Me meto en mi entrada, el motor quedándose en silencio mientras me quedo ahí sentado, agarrando el volante como si fuera un salvavidas. El pensamiento de cruzar esa puerta, de enfrentar la realidad de mi vida y la mujer en ella, me llena de una pesada sensación de desesperanza.

Finalmente me convenzo de entrar a la casa. Mientras cruzo el umbral, el sonido de Georgia llorando me sacude de inmediato. Subo las escaleras de dos en dos, los sollozos de Georgia tirándome del alma. Suena tan triste, tan desesperada. Doblo la esquina para encontrarla sentada en el suelo del baño, en la oscuridad. El olor a vómito es nauseabundo y me hace retroceder. Lucho contra el impulso de cubrirme la nariz.

—¿Bebé? —enciendo la luz. Se me rompe el corazón cuando veo a mi preciosa niñita acurrucada en las baldosas frías del suelo, su cabeza sudorosa apoyada sobre el asiento del inodoro. Vómito verde espumoso está acumulado en el agua del inodoro en grumos espesos.

—¿Papá? —su voz es débil. Trata de levantar la cabeza para mirarme, pero se le resbala de vuelta, sus ojos parpadeando.

En un instante, estoy a su lado. Paso un brazo alrededor de su pequeño cuerpo, y con mi mano libre le aparto el cabello de la cara empapada de sudor. —¿Qué pasó, cariño?

—Vomité —dice, declarando lo obvio—. Me siento mal, papá.

—¿Dónde está tu madre? —intento que no se note la furia en mi voz. ¿Cómo puede una madre dejar a su hija en este estado? ¿Se da cuenta siquiera de lo que está pasando? Me imagino a Sarah desmayada en un estupor borracho abajo y aprieto los dientes.

Georgia se encoge de hombros débilmente. Me estiro y jalo la cadena del inodoro para que la cena de Georgia se vaya girando por el sifón. El hedor aún persiste.

—¿Estás lista para meterte en la cama?

Georgia asiente. —Creo que sí, papá. —intenta sonreír. Se ve tan vulnerable, tan dulce. Ojalá pudiera abrazarla durante el próximo... bueno, para siempre, y protegerla de todo lo malo del mundo.

Con manos gentiles, la levanto y la acuno contra mi pecho. La llevo a su dormitorio y la acuesto cuidadosamente en la cama, alisándole las cobijas encima. Tan pronto como su cabeza toca la almohada, Georgia se acurruca y sus ojos se cierran. Me quedo ahí por un momento, viendo su pecho subir y bajar con cada respiración pesada.

Con un suspiro profundo, me alejo y regreso al baño para agarrar una toallita limpia y ponerla bajo el agua fría. Regreso al dormitorio de mi bebita y le pongo la toallita en la frente para bajarle la fiebre. No se despierta.

Me siento en el sillón cubierto de peluches y la observo por unos minutos. Pensamientos horribles de Georgia ahogándose con su vómito me invaden, y decido dormir aquí esta noche, por si acaso.

Con la mente decidida, voy a buscar el recipiente para vómito de debajo del fregadero de la cocina. Mientras bajo las escaleras, escucho a Sarah haciendo ruido en la cocina. Empujo la puerta con tanta ferocidad que se estrella contra el armario de la cocina, marcando la madera.

Sarah está acomodando vasos en el lavavajillas como si no tuviera ni una preocupación en el mundo.

—¿Dónde coño has estado? —mi tono es áspero, las palabras brotando de mi boca.

Su boca se abre, pero no quiero escuchar sus pendejadas, así que continúo el ataque. —¡Georgia está ahí arriba echando las tripas, asustada, y desesperada por que un padre la cuide! ¿Y qué estás

haciendo tú? Sentada en tu gordo trasero bebiéndote hasta la estupidez. ¡Eres un desperdicio de jodido espacio! —la saliva sale volando de mi boca—. ¡No sé por qué me casé contigo!

Me mira con odio absoluto. Nuestro matrimonio está goteando veneno. —Para tu información —muerde—, yo he estado cuidando a Georgia mientras tú andabas por ahí haciendo Dios-sabe-qué.

Me estremezco mientras mi mente regresa a dónde estuve esta noche; a lo que estaba haciendo.

Apunta un tenedor en mi dirección y continúa. —Si piensas por un jodido segundo que no estoy ahí cuando nuestra niña me necesita, eres más estúpido de lo que pareces.

Me erizo. Mi conciencia me dice que tiene razón; tal vez debería haber estado aquí, pero eso no excusa las pendejadas de Sarah. —Eso no es cierto. Estaba completamente sola en la oscuridad, Sarah.

—¡Por unos cinco segundos! Le cambié las sábanas, Zack. No podía dormir en ese desastre. Bajé corriendo a poner la lavadora, y mientras estaba haciendo eso te escuché llegar a casa y subir con ella, así que pensé que podía apurarme con algunas tareas antes de subir el recipiente para vómito. —gesticula hacia el recipiente rosado que tenemos reservado para cuando se pone mala del estómago.

La miro con el ceño fruncido, mi ira negándose a disiparse. No me gusta la sensación de culpa que me carcome el estómago. Me está cabreando.

—¿Sabes qué me parece gracioso? —murmura mientras se acerca. Puedo oler el vino en su aliento—. Me estás culpando a mí, pero Zack, la única persona que no estuvo aquí para ella, fuiste tú. Eres un jodido hipócrita. Ahora, si no te importa, voy a subir de vuelta a estar con nuestra hija. —se da la vuelta, pero se detiene antes de salir de mi vista y se vuelve hacia mí. Se ve agotada—. Zack, ambos sabemos que eres un buen papá. Pero por favor deja de pintarme como la mala de la película. Ambos sabemos que eso no es cierto.

La acusación de Sarah queda flotando en el aire. Con los puños apretados, veo cómo se da la vuelta y se va furiosa, su espalda rígida de ira y cada paso resonando con condena.

Tiene razón por una vez: soy un buen papá. Georgia es el centro de mi mundo. Esta noche fue una falla momentánea. Un pequeño

desliz.

Me hago una promesa de que seré un mejor padre para Georgia, y sé cómo cumplir esa promesa. Necesito que Sarah se vaya de esta casa. Ella es la que me está alejando.

¿Es Sarah una buena mamá?

Agarro el brandy del armario y me sirvo una copa para calmar los nervios. Sí, Sarah es una buena mamá, no puedo negarlo. Pero eso es lo que me asusta. Una buena mamá ganará cualquier batalla en un tribunal de divorcio.

Mis pensamientos comienzan a espiralar y me trago mi trago. No, esto es demasiado. Necesito mantenerme enfocado en lo que importa. Y lo que importa ahora es Georgia, y por extensión, Millie: ella es la respuesta a mis plegarias. Puede completar mi familia y llenar el vacío en mi vida. Me ayudará a convencer a un juez de que Georgia estaría mejor conmigo.

Ya puedo verlo. La verdadera felicidad. Yo, Georgia y Millie a mi lado.

Una familia completa.

Capítulo 12

Con Georgia en una fiesta de cumpleaños y Sarah en su clase intensiva de ejercicios de los sábados por la mañana, disfruto de este raro momento de soledad. Me pierdo en el golpeteo rítmico de mis pies sobre la cinta de correr en el garaje, mientras los sonidos monótonos del presentador de noticias en la televisión sirven de fondo para mis pensamientos.

Después de sudar un poco, disfruto del chorro caliente de la ducha, lavando el sudor y las tensiones persistentes. Mi entrenamiento me ha dejado con hambre, así que voy a la cocina a preparar el desayuno. Enciendo la radio y bailo un poco al ritmo de los Beatles mientras preparo mi comida.

Mientras me acomodo ante un plato de huevos fritos con tostadas, el timbre de la puerta destroza mi paz. La irritación hierve bajo mi piel mientras me dirijo a la puerta, dejando que mi comida se enfríe.

—¡Aaron! —saludo a mi hermano con sarcasmo. Quiero a mi hermano, pero solo viene por aquí cuando quiere algo.

—¿Estás bien, hermano? —dice, mientras me rodea y entra directamente a mi casa, el olor de la loción para después del afeitado flotando tras él. Se ha peinado el cabello hacia atrás y lleva

jeans azul oscuro con una chaqueta de cuero que no había visto antes. ¡Se ve bien!

El alivio me invade. Tal vez Aaron se está enderezando. Tal vez está aquí para hacer las paces. —¡Pasa! —murmuro, mi voz empapada de sarcasmo mientras cierro la puerta tras él—. En realidad estoy en medio de algo... —Pero Aaron ya se ha ido, desaparecido dentro de mi casa. Lo encuentro en el comedor, atacando mi maldito desayuno—. ¿Pero qué carajo, Aaron?

Me mira, una imagen de despreocupación. —Perdón. No he comido. Pero puedes cocinar más, ¿verdad?

Mi resentimiento hacia mi hermano sale a la superficie. La ira amenaza con apoderarse de mí mientras me muerdo la lengua para no decir lo que realmente pienso. Papá tiene razón sobre él: es un idiota. Me hundo en la silla del otro lado de la mesa, cruzando las piernas. —¿Qué quieres, Aaron?

Se toma su tiempo, saboreando cada bocado de mi comida antes de dignarse a responder. —Pensé que simplemente vendría a verte.

Me burlo. —Nunca vienes solo a visitar. Quieres algo.

El ruido de los cubiertos contra el plato puntúa su encogimiento de hombros. —¿Qué puedo decir? Te equivocas. Pensé que deberíamos hablar.

—¿De qué?

Pasa mi tostada por el plato, absorbiendo hasta la última gota de yema de huevo. Está sumido en sus pensamientos, como si estuviera sopesando sus próximas palabras, pero mi paciencia se está agotando. Suspira profundamente y veo tristeza cruzar por su rostro, pero no me importa lo suficiente como para reconocerla. —No importa —dice—. Esta fue una idea estúpida. ¿Podemos simplemente olvidar que esto pasó?

—Mira, ya estás aquí. ¿De qué quieres hablar?

—He cambiado de opinión.

Estoy a punto de lograr que Aaron se abra. Puedo ver que está al borde de una gran revelación. —No, no te cierres conmigo, Aaron. ¿Qué está pasando?

Solo gime y me maldigo por mi falta de habilidad. Presionar a alguien es la forma más rápida de evitar que dé el paso. Pero, he

aquí que Aaron echa los hombros hacia atrás y se yergue más alto. —No, está bien. Se equivocó él. —Una desesperación yace tras sus ojos que me hace desear que las cosas fueran diferentes entre nosotros.

—¿Quién se equivocó?

Me mira a los ojos como si me implorara leer más allá de ellos. Quiere que sepa algo que no tiene el valor de decir en voz alta. Le frunzo el ceño, tratando de decidir si quiero hacer el esfuerzo de indagar más. No, será una pérdida de tiempo. Sé por experiencia que si trato de lograr que Aaron se abra conmigo, pondrá una gran muralla entre nosotros, lo que solo añadirá a la tensión que mantiene precariamente unida nuestra relación.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? Cuando estés listo —digo, aunque levanto mi plato vacío para poner fin a esta conversación. Me encantaría ayudar a mi hermano, pero simplemente no sé cómo. Es un enigma que mis habilidades terapéuticas no pueden descifrar.

—¿Cómo está Sarah? —pregunta.

—¿Por qué?

Ladea la cabeza. —Es mi cuñada. ¿No puedo preguntar cómo está? —Me sonríe, y sé que solo está preguntando para molestarme. Sabe que odio a mi esposa y sabe lo incómodo que me siento con su amistad. Es como si se estuvieran confabulando contra mí. Y ahora solo está siendo un imbécil.

Aprieto los dientes. —Solo vete, Aaron. Si solo viniste aquí a molestarme...

—No. Para nada. Solo...

—¿Por qué visitaste? Podrías haber simplemente llamado, o mejor aún, ¿enviado un mensaje?

La tristeza fugaz regresa, un vistazo del hombre roto bajo la tontería. Por una fracción de segundo, puedo ver los fantasmas del pasado misterioso de Aaron arrastrándose bajo su piel. Pero el momento pasa y se lo quita de encima, forzando una sonrisa de vuelta a su rostro. —Supongo que solo quería venir a comerme tu comida. —Se ríe, pero el sonido es hueco y forzado.

Lo veo irse, dejando mi puerta completamente abierta a su paso. Se aleja por mi entrada, los hombros encorvados contra el peso de sus demonios.

Somos de mundos distintos, mi hermano y yo. Destinados para siempre a malentendernos.

#

Sarah me envía un mensaje para hacerme saber que recogió a Georgia de la fiesta y ahora van a comprar zapatos nuevos para la escuela. Una punzada de molestia se enciende dentro de mí al pensar en perderme de pasar tiempo con mi hija, pero rápidamente es eclipsada por el alivio de evitar la compañía de mi esposa.

Estoy aburrido e inquieto. Ya recogí mi ropa de la tintorería y revisé minuciosamente mis notas para las próximas citas, y ahora estoy tamborileando con los dedos.

Es inútil. No puedo resistir.

Me detengo en la calle cerca de la casa de Millie. Su entrada está vacía y no hay señales de vida dentro de la casa. Tamborleo mis dedos contra el volante, estudiando la fachada de la casa. Se ve tan ordinaria, tan modesta: un contraste marcado con la realidad brutal que yace adentro.

Los recuerdos de nuestras conversaciones previas inundan mi mente: las confesiones susurradas de Millie; el dolor en sus ojos mientras describía el control insidioso de su novio; la forma en que él monitorea cada uno de sus movimientos, dicta su apariencia, rechaza sus súplicas de ver a sus amigos. Y los castigos, las consecuencias de su desobediencia. El pensamiento hace que mi sangre hierva y mis puños se aprieten con el deseo de salvarla de este bastardo enfermo.

Antes de que pueda pensarlo mejor, estoy fuera del carro. Toco la puerta principal, por si acaso. Si Dexter responde, puedo simplemente decir que me equivoqué de dirección. Pero cuando nadie responde, estoy seguro de que la casa está vacía. Echo un vistazo alrededor para verificar si hay vecinos entrometidos antes de deslizarme por el lado de la casa y entrar a su jardín. El césped está impecable y la terraza que rodea el lado de la casa está inmaculada, ni una sola mala hierba a la vista.

Hay una puerta doble en la parte trasera de la casa y presiono mi cara contra el vidrio, ahuecando mis manos alrededor de mis ojos para poder ver adentro. La sala está pintada de crema y adornada con alfombras crema y acentos dorados. Es hermosa, pero carece de cualquier indicio de personalidad o calidez. Es casi clínica en apariencia.

Un empujón suave revela que la cerradura de la puerta es endeble, una invitación demasiado tentadora para resistir. La empujo y la puerta se abre deslizándose. Me deslizo adentro, la sangre martilleando en mis oídos. La casa está silenciosa, pero me esfuerzo por escuchar cualquier señal de vida. Nada.

Arrastrándome por la sala, me dirijo hacia la cocina. El tiempo es esencial; necesito ser rápido antes de que alguien llegue a casa. Mi miedo me insta a irme, a huir de esta locura, pero mi curiosidad gana, y mis pies siguen avanzando, más profundo en la casa de Millie.

Entro a la cocina. Siempre he pensado que la cocina es el alma de una casa, así que es un gran lugar para aprender sobre las personas que viven aquí. En esta habitación, capto un vistazo del control sofocante que Millie tiene que soportar. Superficies de trabajo desnudas e impecables: ni un solo artículo o migaja se asienta en las superficies de trabajo. Las superficies mismas brillan y puedo imaginar a Millie fregando para asegurar que cumplan con los altos estándares de Dexter. Son un testimonio de su necesidad de dominación.

El resto de la planta baja está igualmente sin vida, una fachada de perfección enmascarando la fealdad de su relación. Con una mirada final a la entrada vacía, subo las escaleras, atraído al dormitorio principal.

El dormitorio principal está dominado por una cama king inmaculadamente tendida. Pero es la cómoda lo que llama mi atención. Un tesoro que anhela ser explorado.

Voces repentinas afuera me hacen congelarme en mis pasos. Contengo la respiración, acercándome hacia la ventana. Espío a dos mujeres paseando, usando lycra y empujando cochecitos. Están sumidas en conversación y gesticulando salvajemente con sus

manos libres. Mi corazón se acelera, la adrenalina corriendo por mis venas. Necesito apurarme.

Me obligo a respirar de nuevo. Con manos temblorosas, deslizo abierto el cajón superior de la cómoda. Premio mayor. Lencería encajada, meticulosamente arreglada en pequeños cuadrados. Tangas y sujetadores. Medias y ligueros. Un vistazo fascinante al mundo oculto de Millie.

Tomo una delicada tanga negra del cajón, llevándola a mis labios. Inhalando profundamente, busco su aroma, anhelando esa conexión íntima. Solo la fragancia empalagosa del detergente para ropa llena mis fosas nasales. Me la guardo en el bolsillo.

Voy a irme, pero algo más llama mi atención mientras paso el baño. Entro para ver más de cerca. Una salpicadura de rojo, que resalta sobre la porcelana blanca del lavabo, y gotas esparcidas en el espejo. Una obra de arte macabra. Mi sangre se hiela, mi mente tambaleándose. Esto no puede estar pasando.

No tengo tiempo de entrar en pánico cuando el sonido de la puerta principal al cerrarse de golpe corta el silencio.

Capítulo 13

Paralizado por el pánico, permanezco inmóvil. Mi respiración es superficial y entrecortada. Escucho pasos que resuenan por la casa mientras la persona de abajo se dirige a la cocina. Una tos profunda reverbera escaleras arriba, el sonido grave y áspero me raspa los nervios. Es él: Dexter. Miro de nuevo el lavabo del baño; la mancha de sangre carmesí es prueba de lo que este hombre es capaz de hacer. Un escalofrío glacial me recorre. Necesito salir de aquí. Ahora.

Dexter se mueve ruidosamente por la cocina, cerrando las puertas de los armarios con tanta fuerza que la mampara de la ducha vibra a mi lado. Me acerco con cautela hasta la parte superior de las escaleras y me asomo por encima de la barandilla. Me esfuerzo por echar un vistazo a la cocina, con el corazón latiéndome en la garganta. No puedo ver lo suficiente, así que bajo unos cuantos escalones con cautela. Vuelve a toser, luego gruñe como si sintiera dolor. Suena como un ogro.

Con cada paso cuidadoso, me acerco más a la planta baja. Finalmente puedo asomarme por la esquina, y suspiro aliviado cuando veo que la puerta de la cocina está cerrada. Gracias a Dios. Aprovechando la oportunidad, me lanzo hacia la puerta principal, mis dedos buscando desesperadamente el pestillo. Abro la puerta de un

tirón y salgo al aire libre, mis piernas impulsándome hacia adelante con una descarga de adrenalina.

Pegado a la fachada de la casa, me mantengo agachado para evitar que Dexter me vea desde la ventana de la cocina. Avanzo poco a poco por el frente de la casa hasta llegar al borde. Todo el tiempo tengo el corazón en la boca. Me engancho en el seto perfectamente cuidado, cuyas ramas arañan mi camisa y mi piel como si intentaran retenerme. Me libero de las garras del seto y salgo a la acera, mis pies golpeando con fuerza contra el pavimento.

Mi coche está a solo metros de distancia, brillando bajo la luz del sol, y corro desesperadamente hacia él. La manija de la puerta se siente fría y sólida bajo mi palma mojada de sudor. Me lanzo adentro y cierro la puerta de un golpe. Con manos temblorosas, busco desesperadamente la llave del encendido. Finalmente, el motor ruge y me alejo del bordillo.

Miro por el retrovisor y veo la casa de Millie alejarse en la distancia. Puedo respirar otra vez. Me acomodo en el asiento, el bulto en mi bolsillo trasero me recuerda el trofeo. Saco el pequeño trozo de encaje negro y lo cuelgo del volante. Valió la pena el riesgo.

Pero sé que lo que acabo de presenciar me perseguirá para siempre. La imagen del lavabo salpicado de sangre —prueba de la brutalidad de Dexter— está grabada en mi mente. Estoy aterrorizado por Millie.

Toco la pantalla en el tablero, buscando el número de Millie que tengo guardado en mi teléfono. Mientras me alejo del abusador de Millie, las calles bordeadas de casas gradualmente dan paso a enormes robles. Su altura imponente se inclina sobre mi coche, bloqueando mi vista del paisaje que me rodea. No sé a dónde voy, solo sé que necesito seguir conduciendo.

La voz de Millie, suave y dulce, se filtra a través de los altavoces del coche. —¿Hola?

—Hola, Millie. Soy Zack —me aclaro la garganta—. Doctor Briens.

Se queda en silencio. Hay un murmullo de voces detrás de ella. Finalmente, suelta: —¡Oh! Hola, Zack. ¿Está todo bien?

Me encuentro sin palabras. A pesar de la aparente normalidad en el tono de Millie, persiste una preocupación latente. Preguntarle

directamente parece inútil; difícilmente admitirá por teléfono lo que le haya hecho su novio. Especialmente si está en público.

Aclarándome la garganta, sigo adelante. —Sí, todo está bien. Es solo que tuve una cancelación esta tarde, y me preguntaba si te gustaría venir a una sesión. Sin cargo por avisar con tan poca antelación —no menciono que usualmente cierro los sábados.

Se hace un breve silencio antes de que Millie responda. —Oh, no sé. Estoy de compras y si no voy directo a casa, entonces... —su voz se desvanece, dejando las consecuencias en el aire.

Mi agarre en el volante se tensa, haciendo que me duelan los nudillos. Intentando encontrar una solución, sugiero: —¿No puedes decirle a Dexter que hay una nueva clase que quieres probar en el gimnasio? —cuando fuimos por un café, Millie confesó que Dexter tiene expectativas muy altas respecto a su físico. El gimnasio parece una buena excusa para escapar de él por la tarde. No entró en detalles, pero sé por clientes anteriores lo que puede pasarle a una víctima que se atreva a ganar un kilo o dos.

Odio pedirle que mienta así. Sé que me estoy pasando de la raya aquí, pero ¿qué opción tengo? ¿Cómo puedo estar seguro de que Millie no está gravemente herida sin verla cara a cara?

El silencio en la llamada es agonizante, pero el alivio me inunda cuando Millie acepta. —Sí, está bien —dice—. Estaré allí lo antes posible.

Capítulo 14

Mi teléfono suena cuando voy camino a mi oficina. El sonido estridente me hace saltar y maldigo en voz baja mientras contesto la llamada.

La voz cabreada de Sarah suena a través de los altavoces del coche, haciendo que se me caiga el alma a los pies. —¿Puedes venir a buscar a Georgia? Está aburrida.

¿Aburrida? Ya ha ido a una fiesta de cumpleaños y de compras de zapatos hoy. Dudo mucho que esté aburrida. Sarah probablemente ya está harta de cuidarla y quiere tomarse una copa.

—No puedo ahora mismo. Tengo una emergencia en el trabajo.

Sarah chasquea la lengua como si mi profesión fuera un inconveniente. —¿Puede Georgia sentarse en la sala de espera? Le daré unos bolígrafes y papel para que se entretenga.

Me detengo, furioso. ¿Cómo puedo decirle que se joda sin provocar una pelea enorme para la que no tengo energía? Por supuesto que quiero ver a Georgia, pero tenerla sentada sola en mi sala de espera no es precisamente tiempo de calidad juntos.

Sarah sigue insistiendo. —¡Vamos, Zack! Te echa de menos. Ya nunca estás por casa.

Golpeo el salpicadero con el puño, frustrado por haber permitido que Sarah me saque de quicio, y molesto por enfadarme ante la idea de pasar tiempo con Georgia. Maldita Sarah. Y maldito yo por dejar que me afecte. —Vale. Pasaré en cinco minutos. Tenla lista para irse cuando llegue.

Después de recoger a una Georgia malhumorada y cansada, me apresuro a la oficina, como un hombre decidido. Con una ráfaga de actividad, enciendo todas las luces y subo la calefacción, esperando poder convencer a Millie de que esto es un día normal de trabajo y no una forma de comprobar que está bien después de irrumpir en su casa y presenciar evidencia de una paliza brutal.

Georgia se arrodilla en el suelo frente a la mesa de café y se acomoda, apretando sus crayones contra el pecho, y se pone inmediatamente a trabajar dibujando. La miro con cariño. Es una niña tan buena.

—Papá necesita trabajar ahora, ¿vale? Asegúrate de esperar aquí. No tardaré mucho.

Asiente, manteniendo los ojos en los remolinos que está dibujando.

Los siguientes doce minutos se sienten como una eternidad. Mi ansiedad aumenta con cada tic del reloj. Para cuando Millie sale del ascensor, estoy tenso como un resorte. Verla me inunda de una sensación abrumadora de alivio y la tensión se drena de mi cuerpo. Está bien.

—Hola, doc —me saluda, arrugando la nariz ante mi intensidad. Pero incluso mientras le sonrío, mis ojos la están escaneando, buscando cualquier señal de daño—. Qué niña tan linda —me dice, asintiendo hacia mi hija.

Me tranquiliza ver que su cara está libre de cortes o moretones, pero no hay forma de saber qué se esconde debajo de su vestido holgado. Por lo que he visto desde que conocí a Millie, no creía que Dexter se preocupara particularmente por ocultar la evidencia de su violencia. Pero tal vez ahora ha entrado en razón. Podría llorar por ella.

—¡Entra! Ponte cómoda —le digo.

Entramos en mi oficina, y Millie escanea la habitación con el ceño fruncido. —Se siente raro aquí. ¿No hay recepcionista hoy? —Su pregunta queda suspendida en el aire, con un matiz de curiosidad teñido de algo más. Incertidumbre, tal vez, o un destello de inquietud.

Fuerzo una sonrisa y apunto a un tono tranquilizador. —Es su día libre. Así que hoy tienes el placer de mi atención completa.

—Oh, qué pena. Me cae bien.

Me río. Todo el mundo ama a Chelsea, y no puedo criticar su eficiencia y competencia. Debería agradecérselo más.

Millie se dirige al sofá y se sienta lentamente en su lugar habitual. La observo con atención. Hace una mueca al sentarse en los cojines. —Entonces, ¿por qué querías verme hoy? Sonabas bastante urgente por teléfono.

Cierro la puerta y me siento frente a ella, sin sacar mi libreta ni bolígrafo. —Quería saber cómo estás. Asegurarme de que estás bien. Hice una promesa de velar por ti, y tengo la intención de cumplirla. —Las palabras fluyen de mis labios, una declaración de preocupación y apoyo. Pero bajo la superficie, acecha una verdad más profunda y no expresada: una promesa que me he hecho a mí mismo de protegerla.

La mirada de Millie se dirige al suelo. —Estoy bien —murmura, las palabras apenas audibles.

Pero puedo ver las grietas en su armadura. Ignorando mi voz interna que me grita que mantenga la profesionalidad, continúo con suavidad pero con firmeza. —No, Millie. Sabes que puedes ser honesta conmigo. Este es un lugar seguro.

Las lágrimas se deslizan por sus mejillas. Yendo contra mi mejor juicio, me acerco hasta que nuestras rodillas se rozan. Su vulnerabilidad despierta mi empatía. Se acerca aún más a mí, solo ligeramente, tal vez una pulgada. Me anima a tomar su mano. Para mi deleite, no se aparta. Es como si estuviera disfrutando de un toque humano cálido después de un año de nada más que violencia.

La dejo llorar, le ofrezco pañuelos. Finalmente habla. —Estoy tan cansada, Zack.

—¿Cansada?

—Estoy agotada, constantemente caminando sobre cáscaras de huevo, cuestionando cada uno de mis movimientos. No importa cuánto me esfuerce, nunca es suficiente. —Hace una pausa, su mirada distante como si estuviera perdida en un recuerdo agridulce —. Extraño al Dexter de antes. Era tan atento, tan cariñoso. Nos reíamos hasta que nos dolían los costados. Simplemente… conectábamos… ¿sabes?

Oh, lo sé. Lo sé muy bien. La conexión entre Millie y yo es palpable. Se dará cuenta pronto y sabrá que nunca ha habido nada entre ella y Dexter.

—La muerte de su hermana lo destrozó. Está enfermo. Y las personas enfermas pueden sanar, ¿no?

—No, no hagas eso, Millie. No lo justifiques. Sabe distinguir el bien del mal y lo que está haciendo es inexcusable.

Con mano temblorosa, se seca las lágrimas. Asiente débilmente, un gesto frágil de acuerdo. Sus ojos cuentan una historia diferente. No me cree, y aprieto su mano más fuerte, deseando que mi seguridad le haga creer en mis palabras.

Las imágenes de su baño salpicado de sangre se niegan a dejarme en paz. Tengo que saber qué pasó. Tengo que salvarla. —Dime, Millie. ¿Te ha lastimado últimamente? ¿Físicamente?

Niega con la cabeza. Demasiado rápido como para creerle.

—Millie, por favor. Puedes hablar conmigo.

—No puedo hacer esto. Necesito irme.

Millie se levanta para irse y me pongo de pie con ella. Extiendo la mano, mis dedos envolviendo su muñeca en un agarre suave pero firme. Con un ligero tirón, la giro para que me mire, nuestros ojos se encuentran. Para mi horror, hace una mueca y se aparta, dejando mi mano colgando en el aire.

—Millie, por favor. Nunca te lastimaré. ¿No puedes ver lo que te está haciendo? —Mi voz es baja, urgente, un susurro feroz que corta el silencio. Un gemido escapa de sus labios ante la cruda realidad de su situación—. Millie, puedes confiar en mí.

Para mi sorpresa, da un paso adelante y presiona su pecho contra mi torso. Tiemblo ante la intimidad.

—¿Cómo llegaste a ser tan amable? —pregunta, trazando un dedo a lo largo de mi mejilla. Puedo sentir que ella también tiembla. Cierro los ojos, saboreando su toque—. Zack, nunca he conocido a un hombre como tú. Nunca he sentido una bondad así antes. Me confunde. —Toma mis mejillas—. Da miedo. —Su aliento es cálido contra mi cuello. Solo puedo responder respirando profundamente—. El mundo necesita más hombres como tú. Hay tanta… oscuridad ahí fuera.

Me río suavemente. Esa es una declaración bastante audaz. Su mano acariciando mi mejilla se desliza hacia la parte posterior de mi cabeza, y me acerca más. Sus labios rozan los míos, el toque, ligero como una pluma, enviando un escalofrío por mi columna vertebral.

Sonríe contra mi boca, y siento sus dientes rozar mi labio inferior. —Creo que he descubierto tu punto débil, Dr. Briens. —Se ríe, aunque su risa es vacilante.

Sé que debería apartarme. Debería poner fin a esto. Millie es vulnerable y yo estoy en una posición de poder. Sus emociones están por todas partes y hay una alta probabilidad de que se arrepienta de esto después, poniéndola en peligro de confesarle a Dexter. Pero su calidez me atrae y a pesar de mi mejor juicio, me pierdo en esa risa tintineante y la atraigo hacia mí. Para mi deleite, salta y envuelve sus piernas alrededor de mi cintura.

—Sé que estuviste fuera de mi casa la semana pasada —susurra en mi oído—. Y sé lo que hiciste.

Mis ojos se abren con horror. La miro fijamente, sin saber qué decir.

Se ríe de nuevo, más segura esta vez, y aprieta sus piernas más fuerte. Pasa su mano por mi cabello. —No te preocupes, Dr. Briens. Me excitó bastante. —Muerde el lóbulo de mi oreja, gimiendo suavemente—. Ha pasado un tiempo desde que alguien me ha deseado por mí, y no solo porque soy parte de su juego retorcido. Creo que eres… sexy.

Pierdo todo sentido de control. La empujo sobre mi escritorio. Bolígrafos y papeles salen volando por el suelo. Su vestido se sube, exponiendo muslos de diosa. Atrayéndola más cerca de mí, presiono

mi cuerpo contra el suyo mientras nuestras bocas chocan en un frenesí de besos.

Tengo hambre de ella. Me muero de hambre. Enfoco todos mis sentidos en esta mujer perfecta que me agarra como si me necesitara tanto como yo la necesito a ella. Ya no hay un exterior. Solo estamos yo y Millie y nuestra pequeña burbuja.

Sus manos recorren mis hombros y bajan por mi espalda. Se deslizan sobre mi trasero y bajan hasta mi entrepierna, aferrándose a mi pene erecto como si fuera un salvavidas. Gimo en su boca y subo su falda para revelar un pequeño tanga rojo. Su aroma femenino enciende mi deseo y gruño. Presiono mi cara entre sus pechos y gimo en su gloria.

El repentino clic de la puerta de mi oficina al abrirse rompe el momento, y una vocecita exclama: —¿Papá?

Capítulo 15

Georgia está parada en el umbral de la puerta y Chelsea está detrás de ella, con la boca abierta. —Ven, cariño. ¿Por qué no vamos a ver algunos videos en mi teléfono? —Chelsea persuade suavemente a mi hija para que se aleje y me lanza una mirada furiosa mientras la puerta se cierra detrás de ella.

Me aliso la ropa, mascullando maldiciones entre dientes. Millie está sentada en el borde de mi escritorio, con las piernas cruzadas, su falda todavía arremangada alrededor de la cintura. Tiene el rostro enrojecido pero no hace ningún movimiento para arreglarse la ropa.

—Vaya, qué mala suerte —dice, como si mi relación con Georgia no acabara de hacerse añicos. —Tu recepcionista estaba furiosa. —Está claramente en shock. Todavía puedo ver un triángulo de su ropa interior entre sus piernas y, por dentro, le suplico que se la acomode antes de volver a excitarme.

—Millie, tienes que irte. —Me entristece decirlo después del éxtasis que acabamos de experimentar, pero necesito arreglar las cosas con mi hija.

Millie me dedica una sonrisa suave y salta de mi escritorio, alisándose la ropa. —Lo sé. Buena suerte con tu hija, Zack. Lo siento

mucho. Tengo la tendencia de joder todo. —Presiona una mano contra mi pecho. —Creo que me dejé llevar. Esto no volverá a pasar.

—No has jodido esto —susurro. Y es la verdad. Esta puede no haber sido la mejor manera de que Georgia se enterara de nosotros, pero al menos da inicio al inevitable final de mi matrimonio y el paso a pastos más verdes. —Pero si realmente no quieres que esto vuelva a pasar, lo apoyo completamente. —Ambos sabemos que siento diferente. Mi respiración aún está agitada por el deseo.

Ahora, más que nunca, estoy motivado a encontrar una solución a mi problema de custodia. He estado inmóvil por demasiado tiempo. Puedo ver lo que quiero y ahora solo tengo que encontrar una manera de conseguirlo.

Sigo con la mirada el balanceo de sus caderas mientras se va. No hay señal de Chelsea o Georgia en el área de recepción, pero el zumbido del microondas delata su paradero. Espero hasta que el ascensor que lleva a Millie desaparece hacia los pisos de abajo antes de voltear a enfrentar las consecuencias de mis acciones. Respiro profundo.

Chelsea me mira cuando entro a la cocinita. Está preparando un chocolate caliente para mi niña preciosa, que ni siquiera voltea a verme. Las mejillas de Georgia se enrojecen bajo mi mirada, y prácticamente puedo sentir el calor que emana de ellas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Chelsea.

—Dejé mis notas de planificación de boda en mi escritorio. Y regresé a buscarlas. ¡Nunca pensé que vería eso! —Levanta las cejas maquilladas con sorpresa.

Aparto la mirada con vergüenza. —¿Puedo tener un momento con Georgia, por favor?

Me mira con desconfianza, dudando si dejarnos solos. Siento cómo la ira crece en mi interior. Sin importar lo que hice en mi oficina, sin importar lo que Georgia vio, soy el padre de Georgia y Chelsea no tiene derecho a decidir si puedo estar solo con ella o no.

Finalmente asiente, dejando la bebida en el mostrador. —Cuidado cariño, está caliente —le advierte a Georgia, pasándole una mano por el cabello. Es un gesto conmovedor.

Chelsea me roza con el hombro al salir del cuarto. La mirada que me lanza está llena de odio.

Me entristece que esto pueda significar que tengo que despedirme de la mejor jodida recepcionista que he tenido. Pero no es nada comparado con el miedo que siento de que Chelsea me reporte por violar el código de ética. Maldigo mi falta de control. Debería haber cerrado con llave la maldita puerta.

—¿Georgia? —Me arrodillo a su lado, pero se niega a hacer contacto visual y gira la cabeza. —Lo que viste ahí adentro...

—Está bien, papi. Ya sé qué es el sexo.

Reprimo mi shock. ¿Qué asquerosas lecciones de educación sexual le ha estado dando Sarah a nuestra niña inocente? Hago una nota mental de hablar con mi esposa.

—Bueeeno —alargo la palabra mientras trato de entender lo que acaba de decir.

Lo paso por alto por ahora. Necesito enfocarme en lo que importa en este momento. —Pero eso no era sexo, cariño. Eso era... —me cuesta encontrar las palabras para explicarle a mi hija de seis años lo que pasó.

—¿Besos? —pregunta, finalmente encontrando mi mirada. Sus ojos están llenos de lágrimas.

—Sí. Y sé que eso está mal. No debería estar besando a nadie más que a tu mami. Lo sé. Fui un tonto.

—Pero tú y mami ya no se aman. —Habla con tanta convicción que me deja helado.

¿Qué tipo de daño le estamos haciendo a esta pobre niña? Quiero abrazarla y decirle que todo estará bien, pero no puedo mentirle. Su cara es la personificación de la inocencia. Se merece la verdad.

—Tienes razón, cariño. —Le aprieto el hombro. —He estado tratando de hacer que funcione con mami, de verdad, pero a veces las cosas pueden estar demasiado rotas para arreglarse.

—¿Entonces besas a otras señoras?

Suspiro. —No. Solo a esa señora, esa única vez. —No quiero decirle a Georgia que fue un error. No solo sería una mentira, también mancharía la perfección de Millie.

—¿La besarás otra vez, papi?

Me encojo de hombros. Honestamente no lo sé. ¿Quiero besar a Millie otra vez? Sin duda. Pero no tengo idea de cómo se siente Millie sobre todo esto. Debe estar tan confundida ahora mismo.

—Todo lo que sé ahora, Georgie, es que no podemos decirle a mami sobre esto. Necesito resolver las cosas. —Necesito no echar leña al fuego de la venganza de mi esposa. ¿Quién sabe de qué es realmente capaz?

—¿Porque la pondrá triste?

Asiento. —Exacto. Y no queremos ponerla triste, ¿verdad? Arreglaré las cosas con mami, te lo prometo. De una manera que no la ponga triste. Solo necesito pensarlo bien primero.

Se muerde el labio mientras reflexiona sobre el dilema. Hemos pasado años enseñándole que mentir está mal. Ahora eso parece una noción ridícula. Georgia es una buena niña; ¿puede romper las reglas por mí?

—No quiero ponerla triste, no. —Niega con la cabeza con determinación. —Pero papi, deberías decirle la verdad. Es importante ser honesto.

Todo es tan blanco y negro para Georgia. Di la verdad y todo estará bien. Tal vez tiene razón. Si le digo a Sarah, finalmente puedo liberar la cadena que tiene alrededor de mi cuello. Solo necesito poner algunas cosas en su lugar primero.

—Lo haré. Te lo prometo —digo, apartando un mechón de cabello de su dulce cara. —Haré esto bien. Pero necesito tiempo para descubrir la mejor manera. ¿Me haces ese favor?

Respira profundo y sus ojos se dirigen al chocolate caliente que se enfría. Lo levanto y se lo ofrezco. —¿Me haces ese favor? —repito.

Asiente, aceptando la bebida. —Sí, papi.

—Eres mi niña. Te amo. —Le doy un beso en la cabeza.

Capítulo 16

Nos dirigimos a casa sin hablar. Pongo esa horrible canción de Taylor Swift que tanto le gusta a Georgia, para que se le olvide lo que pasó esta tarde. Parece funcionar: está moviendo los labios siguiendo la letra, fingiendo que está en un video musical como si nada le preocupara en el mundo. Tan pronto como entramos a la casa, va directo a su habitación mientras yo lucho con la culpa por lo que le pedí a Georgia que hiciera, evitando a Sarah.

Espero con el aliento contenido mientras escucho a Sarah subir las escaleras para saludar a Georgia. Las oigo charlando animadamente, pero no es hasta que Sarah baja y continúa ignorándome que respiro aliviado. Georgia cumplió su promesa. Si hubiera contado lo que pasó, Sarah se pondría furiosa.

Me recreo en el recuerdo del beso de Millie en mis labios y paso los dedos por mi labio inferior, aún sensible donde me mordisqueó. A pesar del estrés de que Georgia nos sorprendiera, quizá sea uno de los mejores recuerdos de mi vida. Y uno que pretendo experimentar una y otra vez.

La desesperación por ver a Millie de nuevo supera cualquier sentimiento de vergüenza, y le mando un mensaje.

Al día siguiente, se acerca a mí despacio. El sol de la tarde brilla intensamente y me cubro los ojos con la mano para protegerme del resplandor. —¿Zack? —Millie ahora está parada afuera de mi auto, apoyándose en la puerta del conductor, asomándose por la ventana abierta.

Horrorizado por lo que veo, extiendo la mano para tocarla. Hay un moretón oscuro y moteado rodeando su ojo izquierdo y extendiéndose hasta la línea del cabello. La furia me recorre las venas. Quisiera poder absorber su dolor y me cuesta todo el autocontrol que tengo no ir ahora mismo a su casa y acabar con la miserable vida de Dexter.

—¿Él hizo esto ayer? ¿Después de que viniste a verme? —Las palabras salen de mis labios mientras la culpa me invade. Esto es mi culpa. Si no la hubiera sacado de su rutina ayer, Dexter no se habría enojado con ella.

Millie asiente y una triste sonrisa se dibuja en su rostro. —No te culpes —lee mi mente—. Solo yo sé de lo que él es capaz en realidad. Elegí ir a ti ayer; fue mi culpa.

Golpeo mis manos contra el volante. Toda compostura se ha desvanecido. —¡Maldito sea Dexter! No puede hacerte esto.

Tengo que admitir que Millie no retrocede ante mi ira y me alegra saber que no me tiene miedo. Asiente. —Lo sé, Zack. Pero no es tan fácil.

Quisiera acercarla a mí. Y no soltarla nunca. En cambio, digo: —¿Dónde piensa él que estás ahora? ¿Quieres tomar un café?

Me sorprende con una sonrisa, un destello malicioso en sus ojos. —Está de viaje de trabajo. —Sus labios se presionan juntos—. ¿Prefieres un cóctel?

Un cóctel se convierte en dos, y para las once de la noche hemos tomado casi diez. Me siento mareado y eufórico de estar con Millie. Es un soplo de aire fresco, riéndose con alegría, tirando de mí para bailar, comprando tragos de tequila. Me siento joven otra vez. Libre.

Nos besamos en rincones ocultos del bar, nuestras manos explorándose mutuamente. Estoy en las nubes. Estoy completamente enamorado de esta mujer.

Abrumado por la emoción y mareado por unas cuantas copas de más, necesito aire fresco. La llevo a una mesa libre cerca de la puerta abierta. Sus mejillas están sonrojadas y en la luz tenue, los moretones ya no son visibles. Se ve tan joven y radiante que hace que mi corazón cante.

—Necesitamos hablar —digo de repente, mis palabras cargadas de urgencia. Intento mostrarme genuinamente preocupado, desesperado porque ella capte la gravedad de lo que voy a decir, pero fallo miserablemente y ella se ríe de mi cara.

—¿Qué está pasando, Zack? —Sus palabras no están arrastrándose tan mal como las mías.

Me trago el eructo que amenaza con arruinar el momento. Tomo su mano entre las dos mías. —No puedes seguir así.

Aprieta los labios mientras me mira a los ojos. —Zack, somos amigos ahora mismo. ¿No podemos dejar la terapia para la oficina?

Busco las palabras para decir la verdad sin asustarla. —Millie, no eres una cliente usual para mí. Estoy... —La verdad, quiero decirle que la amo, pero me detengo. Estoy demasiado borracho para eso. Nunca me creería en este estado y maldigo mi incapacidad para manejar el alcohol. —Me preocupas.

Aleja su mano de las mías y la apoya suavemente en su regazo. —Seguramente estás preocupado por todos tus clientes, ¿no? Es parte de tu trabajo. ¿Por qué estás aquí, conmigo? ¿Qué pasa, Zack?

Ella sabe exactamente por qué estoy aquí. No, su situación no es inusual ni impactante; por desgracia, es muy común para mí. Lo que hace especial este caso es, evidentemente, ella.

Suspiro y me giro para mirar por las enormes ventanas que abarcan el frente del bar. Afuera, una mujer está llorando mientras busca algo dentro de su bolso. Está sola, muy probablemente abandonada por su pareja. Las mujeres merecen mucho mejor.

Puedo sentir que me estoy balanceando, así que me enderezo, solo para inclinarme demasiado hacia el otro lado y casi caerme del asiento.

Millie se ríe. —Vamos. ¿Por qué tan serio de repente? ¿No nos estábamos divirtiendo?

—Oh, lo estamos. Solo hay algo que necesitas saber. —Hago una pausa.

Ella espera la gran revelación, expectante.

—Tienes que terminar con Dexter.

Suspira con exasperación y pone los ojos en blanco.

—No, Millie, tienes que escucharme. Mira, el año pasado tuve una cliente: Katie. Traté desesperadamente de que dejara su matrimonio, pero se negó rotundamente. Se quedó con él. ¿Y sabes qué le pasó?

Niega con la cabeza lentamente, lágrimas acumulándose en sus ojos. —No —susurra apenas.

—Murió, Millie. Su esposo la apuñaló nueve veces en el estómago. Ni siquiera se defendió.

Millie se cubre el rostro con las manos y niega con la cabeza, conmovida por mi historia. Un sollozo escapa de sus labios perfectos.

Le aparto suavemente las manos para poder mirarla a los ojos. —Lo siento, Millie. Pero no puedo permitir que eso pase otra vez. No puedo permitir que eso te pase a ti. Este mundo te necesita en él. Yo te necesito.

Nos miramos a los ojos, intentando entender lo que estamos viviendo ambos. Sé que ella quiere fingir que todo está bien. Pero sé cómo él la trata. Sé cuánto la lastima. No hay salida de esto y sé que si no le pongo fin, ella seguirá regresando a él. Hasta que sea demasiado tarde.

No voy a permitir que eso suceda. Si para evitar que Millie muera tengo que hacer algo, sé lo que debo hacer.

—¿Qué harías en mi situación? —me pregunta. Sus manos están temblando mientras se aparta el cabello de los ojos. Me mira con ojos de cierva, los labios apretados—. ¿Qué hago, Zack?

—Eso es lo que intento decirte. No tienes que hacer nada.

—¿Qué quieres decir?

—Solo di la palabra y yo me encargo de todo.

Se ríe, golpeando la mesa con las palmas de las manos, riendo de forma histérica. —¡Oh, vamos, Zack! Estás siendo dramático. Estás actuando como si fueras a matarlo.

La miro fijamente, mis ojos implorantes.

Tartamudea: —Estabas siendo dramático...

—Solo di la palabra, Millie. Y Dexter nunca te lastimará otra vez.

Sus ojos se agrandan y respira profundo. Lo ha dejado antes y la han arrastrado de vuelta enseguida. Sabe que solo hay una salida definitiva. Y sé que tengo los medios para lograrlo.

Nos quedamos mirándonos. Ella jadea y yo contengo la respiración.

—Está bien —asiente—. Es hora de poner fin a esto.

Capítulo 17

El dolor que me martillea la cabeza es implacable, una punzada constante que se intensifica con cada segundo. Intento abrir los ojos, pero la luz solar abrasadora que se filtra por las grietas de mis párpados me perfora el cráneo. Vuelvo a cerrar los ojos con fuerza, pero el dolor de cabeza permanece.

Como adolescente estúpido que fui, tuve mi buena dosis de resacas, pero esto está en otro nivel completamente. Un gemido escapa de mis labios mientras trato de cambiar de posición, el trasero gritando en protesta con cada movimiento. ¿Por qué tuve que dormirme sentado?

Mientras estoy aquí sentado, tratando desesperadamente de recuperar la compostura, una oleada de náuseas me golpea, amenazando con hacerme vomitar todo el alcohol acumulado en mi estómago. El sabor en mi boca es asqueroso, una mezcla repugnante de alcohol rancio y comida rápida. Mi garganta reseca está demasiado seca para tragarlo y mi estómago se tensa en una arcada seca.

Extiendo la mano frente a mí, buscando algo contra lo cual estabilizarme contra la sensación de mareo, y mi mano choca con una superficie fría y dura. Instintivamente, me agarro a ella, la

sacudida repentina forzando mis ojos a abrirse. La confusión inunda mi mente cuando me encuentro sentado en el asiento del conductor de mi propio coche.

Parpadeando rápidamente, trato de entender dónde estoy. Estoy rodeado de hormigón gris y unos cuantos coches dispersos, y una rampa a mi derecha desciende al nivel inferior. Estoy en un aparcamiento de varios pisos. El sol está alto sobre el horizonte, sus rayos proyectando un resplandor inquietante sobre el espacio de hormigón.

¿Cómo llegué aquí? No estaba aparcado aquí antes de encontrarme con Millie anoche. Un recuerdo fugaz cruza por mi mente. Buscando mis llaves a tientas, dejándolas caer múltiples veces antes de finalmente presionar el botón con frustración para desbloquear las puertas.

¿En serio conduje tan borracho? Es un milagro que siga vivo. El pavor se hunde hasta el fondo de mi estómago. ¿Hice algo estúpido anoche?

—¿Millie? —murmuro mientras mis recuerdos de anoche empiezan a aparecer. Cierro los ojos y me concentro en los vacíos de mi memoria, tratando desesperadamente de juntar los fragmentos de imágenes que me llegan de la noche anterior.

El rostro de Millie se materializa en mi mente. Está sonriendo pícaramente sobre un trago de tequila, sus ojos brillando con el resplandor de las luces del club nocturno. —¡Por el futuro! —brindó, antes de que rápidamente bebiéramos de un trago el líquido tóxico, dejando que quemara un sendero por nuestras gargantas. Pero incluso a través de su fachada alegre, recuerdo el destello de miedo en sus ojos, su aprensión sobre la decisión que habíamos tomado.

En ese momento, buscamos consuelo en los efectos adormecedores del alcohol, tratando desesperadamente de comprender la gravedad de la decisión que habíamos tomado.

—Urrgghh —gimo ahora. La única vez que bebo ahora es un jerez con papá en Navidad, así que no es de extrañar que la cantidad de alcohol que consumí anoche me haya dejado hecho polvo. Mi cuerpo me odia ahora mismo. Yo también me odio a mí mismo.

Tengo un vago recuerdo de bailar, el alcohol habiendo lavado la culpa de lo que había acordado hacer por Millie. Apagó su teléfono, ya no le importaba la ira de Dexter. Estaba comprometida con el plan.

¿Realmente le dije que iba a matar a Dexter? Debe haber sabido que estaba mintiendo. Nunca lastimaría a un alma. Era el alcohol hablando. Deberías saberlo. Todo era solo un juego tonto. Una fantasía. Una idea de cómo sería la vida de Millie si Dexter ya no estuviera en ella. Me siento avergonzado por mis palabras. Por mis intenciones bajo los efectos del alcohol.

A través de mi neblina, aún puedo sentir el cuerpo de Millie presionado contra el mío mientras bailábamos y no puedo suprimir la sonrisa que tira de las comisuras de mi boca. Estando con Millie anoche, experimenté una sensación de euforia que no había sentido en mucho tiempo. Su presencia tiene una manera de sacar un lado de mí que pensé que se había perdido. Con ella, la risa viene sin esfuerzo —esa risa profunda y dolorosa del vientre que duele. Es éxtasis y soy adicto.

Eso es lo que quiero para el resto de mi vida. Tal vez la muerte de Dexter sea la mejor opción. Solo que no por mi mano. Me estremezco ante la idea de arrebatarle la vida a alguien.

¿Dónde está Millie ahora?

Motivado a la acción, busco frenéticamente mi teléfono por todo el coche. Después de unos momentos de rebuscar, lo encuentro tirado boca abajo en la alfombrilla trasera del coche.

Mientras levanto el teléfono y toco la pantalla para que cobre vida, me recibe una avalancha de notificaciones —nueve llamadas perdidas y un solo mensaje de texto. Con una mezcla de curiosidad y aprensión, abro primero el texto, solo para encontrar que es de Sarah. Adjunta hay una autofoto de Georgia, mi hija pequeña, con una sonrisa radiante que muestra un diente recién caído. La alegría pura y el orgullo que irradian de su rostro son contagiosos, y a pesar de mi estado lamentable actual, no puedo evitar sonreír junto con ella.

Noto que entre las llamadas perdidas, hay una de mamá. Ha dejado un mensaje: —Hola, cariño. Solo quería saber cómo estás.

Para que sepas, no llegué a tu casa anoche. Tu papá estaba enfermo. De todos modos, llamé a Sarah y dijo que todo estaba bien.

Molesto con mamá por no hacer lo que le pedí, preocupado por papá y su salud deteriorada, y enfadado con Sarah por ser... bueno, Sarah... vuelvo a mi teléfono para alejar los pensamientos negativos con los que estoy demasiado afectado por la resaca para lidiar ahora mismo.

Tengo tres mensajes de Chelsea: el primero preguntando si estoy bien y preguntándose cuándo llegaré a la oficina, el segundo obviamente molestándose, y el tercero diciéndome que ha reprogramado todas las citas de hoy y preguntándome desesperadamente que la llame de vuelta para que sepa que estoy bien. Le envío un mensaje rápido para hacerle saber que estoy enfermo y para agradecerle por reprogramar.

Luego dirijo mi atención a las llamadas perdidas restantes, todas de Millie. Mi corazón da un vuelco cuando me doy cuenta de que todas las llamadas perdidas fueron en la última hora. ¿Dexter se enteró de anoche? ¿Está bien Millie?

Me siento enfermo de preocupación mientras toco mi teléfono para escuchar los mensajes de voz que me ha dejado. Una sensación de inquietud se apodera de mí. Cada mensaje sigue un patrón similar, su voz volviéndose más y más frenética con cada llamada.

—Zack. Soy yo. ¿Dónde carajo fuiste anoche?? Necesitamos hablar.

En su último mensaje, me informa que se dirige a mi oficina para buscarme, su voz destrozada por la desesperación.

Meto mi llave en el encendido y pongo el coche en reversa. Los neumáticos chirrían mientras maniobro para salir del estacionamiento.

#

Mientras irrumpo en el área de recepción, todavía con la ropa de ayer y apestando a alcohol rancio, la ceja de Chelsea se alza con sorpresa. —¡Ahí estás! ¿Todo bien, doctor Briens?

—Estoy bien. Perdón por llegar tarde —digo, mi tono más áspero de lo que pretendía mientras camino decidido hacia mi oficina,

ansioso por evitar más preguntas.

Chelsea se inclina hacia adelante en su asiento, su mirada fija en mí mientras continúa. —Es solo que antes de reprogramar a tus otros clientes, tuve que enviar a casa a Hazel Dyer. Llegaste cuarenta minutos tarde a su cita. —Se ve furiosa conmigo.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Nunca llego tarde a las citas, y el hecho de que haya decepcionado a una paciente debido a mis propios problemas personales me llena de vergüenza y auto-reproche. Sin mencionar la posición difícil en la que puse a Chelsea. Prometo silenciosamente evaluar su salario una vez que haya descubierto qué le pasa a Millie. Tal vez es hora de que Chelsea reciba un aumento.

Mientras me giro para enfrentar completamente a Chelsea, mi apariencia desaliñada parece tomarla por sorpresa. —¿Realmente estás enfermo? —pregunta con las cejas alzadas. Presiona su lengua contra el interior de su mejilla y hay una chispa de duda en su mirada. —Encuentro que la pizza ayuda cuando estoy resacosa —continúa—. ¿Podría pedirte una pizza a domicilio?

Su oferta, aunque bien intencionada, solo sirve para revolver mi estómago. La idea de pizza grasosa está lejos de ser apetecible, y no puedo evitar hacer una mueca. —No, gracias, estaré bien. ¿Has visto a...?

—¿Emily O'Neale? Sí, lleva cinco minutos en tu oficina. Traté de hacerla esperar aquí afuera, pero fue muy insistente. Tal vez esté esperando repetir la sesión... —Regresa a la pantalla de su computadora, dejando la acusación colgando en el aire.

La falta de tacto de Chelsea me irrita. Entiendo que la he puesto en una posición difícil esta mañana, pero su falta de tacto es enormemente decepcionante. Esperaba mejor de ella. Contemplo declarar mi inocencia, pero a decir verdad, mis actividades extramaritales no tienen nada que ver con Chelsea.

Cuando entro a mi oficina, Millie inmediatamente se gira para enfrentarme con el ceño fruncido. —¿A dónde fuiste anoche? —Su tono me toma desprevenido. Está furiosa y no sé por qué. ¿Qué he hecho mal?

—Anoche estuve contigo. ¿Qué pasa? —No le digo que no tengo idea de lo que pasó después de salir del club, ni de cómo terminé en mi coche al otro lado de la ciudad.

—No, Zack. Fui al baño y cuando regresé, te habías ido. Dime dónde fuiste.

Tartamudeo antes de lanzar mis manos al aire. —No tengo idea —admito—. No puedo recordar.

Millie da un paso más cerca de mí, la ferocidad irradiando de ella. Sus ojos se clavan en los míos mientras me acusa: —Fuiste a mi casa, ¿verdad?

La pregunta cuelga en el aire, cargada de implicaciones. El cambio repentino en su comportamiento y la intensidad de su mirada me deja aturdido, mi mente luchando por darle sentido a todo. Trato de buscar en mi memoria nebulosa cualquier recuerdo de haber ido a la casa de Millie. Pero la verdad es que no tengo idea de dónde fui anoche. No puedo recordar ningún detalle de lo que hice. Es solo un negro horrible.

Seguramente recordaría haber ido a la casa de Millie. ¿Y por qué simplemente la dejaría sola en el club? Nada tiene sentido y me marea. —No, no fui a tu casa —digo, pero mi voz tiembla de duda—. Millie, ¿qué está pasando?

Suspira y me da la espalda. Me doy cuenta de que también lleva la misma ropa de anoche, solo que se ha puesto un jersey negro y grueso encima. —Mira, sé lo que acordamos anoche, pero no pensaste que realmente hablaba en serio, ¿verdad? —Se gira de vuelta y me empuja el pecho—. ¿No pensaste honestamente que quería que Dexter estuviera muerto?

La habitación está girando rápido ahora. Quiero huir de este espectáculo de horror, pero al mismo tiempo necesito desesperadamente acercar a Millie para asegurarle que todo va a estar bien.

Por supuesto que no lo decía en serio. Millie debe saber eso. Solo estábamos jugando con la idea. Un poco de humor negro.

—Millie, no tengo intención de lastimar a Dexter. Deberías saberlo.

Mi pánico se intensifica mientras ella permanece en silencio y las lágrimas comienzan a rodar por sus mejillas. Niega con la cabeza

hacia mí. —Lo hiciste, ¿verdad? ¡Zack, no se suponía que lo hicieras de verdad!

Me alejo de sus brazos que se agitan. —¡No hice nada! —protesto. Viene hacia mí, y agarro sus hombros en un intento de calmarla, pero me golpea el pecho, forzando mis manos a alejarse.

—¡Mentira! —grita, tan fuerte que me hace estremecerme—. ¡Hay sangre por todas partes, Zack. Por todas partes!

Me aparto, impactado. —Millie, honestamente no sé de qué estás hablando... Pensé que Dexter estaba de viaje. ¿Qué sangre?

Millie simplemente retrocede hacia la puerta, un gemido escapando de su garganta. —Lo amo, Zack. Puede que no sea perfecto, pero lo amo. —Abre la puerta para encontrar a Chelsea parada detrás de ella, su mano alzada como si estuviera a punto de tocar—. Y tú me has quitado todo eso.

Millie sale corriendo de mi oficina, tomando las escaleras en lugar de esperar el elevador.

Parpadeo para alejar el horror de lo que acaba de pasar, tratando de aclarar la situación. Puede que haya planeado matar a Dexter, pero no lo hice. ¿Verdad? Mierda. Ojalá pudiera recordar qué pasó anoche.

—¿Todo bien, doctor Briens? —pregunta Chelsea. Se ve pálida. Me pregunto cuánto escuchó a través de la gruesa puerta de madera.

—Todo está bien —miento, mirando hacia abajo para evitar su mirada inquisitiva.

Pero nada está bien. Mi corazón está latiendo tan fuerte que se siente como si fuera a salirse de mi pecho.

Capítulo 18

Conduzco a toda velocidad tras el coche de Millie. Pasamos a toda velocidad junto a una escuela, y los niños del patio señalan a los dos imprudentes que van demasiado rápido. Las curvas cerradas me quitan el aliento mientras me niego a pisar el freno. Necesito respuestas. Ahora.

Nos detenemos frente a su casa, mi coche detrás del suyo en el camino de entrada. Mientras se acerca a la puerta principal, me lanza una mirada furiosa por encima del hombro. Venir aquí fue una idea estúpida. Lo achaco a la morbosa curiosidad: necesito ver de qué hablaba Millie.

¿Qué ha pasado para que esté tan alterada?

Millie llega primero a la casa y deja que la puerta se cierre en mis narices. Agarro el picaporte y respiro hondo antes de empujar la puerta. Estar aquí legítimamente enciende mi culpa por haber entrado por la fuerza hace todas esas semanas.

Me quedo inmóvil. No puedo hacer esto. Mi trabajo es dar valor a quienes han perdido todo sentido de identidad, pero nunca me he sentido tan perdido. No sé qué está pasando ni cuál es mi papel en todo esto. Lo que haya al otro lado de esta puerta parece demasiado grande. Me he involucrado demasiado. Mi relación con Millie ha

cruzado límites que nunca debería haber cruzado, y este es mi castigo.

Pero, Millie... necesito estar ahí para ella. Se lo debo.

Entro y encuentro a Millie de pie en el pasillo, de frente a mí con los brazos cruzados. Su expresión es furiosa. Nos miramos fijamente por unos momentos antes de que se dé la vuelta y camine más adentro de la casa. El pasillo inmaculado no muestra señales de ninguna lucha y no hay sangre. Empiezo a dudar de la gravedad de la situación, tal y como Millie la describió en mi consulta. Tal vez esto no sea tan malo como pensó al principio. ¿Tal vez exageró? Rezo por estar en lo cierto, pero sé reconocer un autoengaño cuando lo veo.

Dejo todos esos pensamientos de lado cuando entro en la sala de estar. Sus antes inmaculadas alfombras color crema están manchadas con marcas turbias color óxido. Un cubo con agua teñida de rosa y trapos desgarrados yacen cerca, prueba de los infructuosos intentos de Millie por limpiar la pesadilla.

—Millie —digo con cautela—, ¿intentaste limpiarlo?

—¡Entré en pánico! No sabía qué hacer y limpiar el desastre me pareció la única opción sensata. Pero cuanto más limpiaba, más rabia sentía —dice, mirando fijamente las manchas—. ¿Tú lo mataste, Zack? ¿Mataste a Dexter?

Puedo sentir mi frustración aumentando y le frunzo el ceño. ¿Por qué no me crees? —¡Te dije que no le puse ni un dedo encima!

—¡No te atrevas a enojarte conmigo! ¿Es ese el mismo temperamento que te hizo atacarlo a él?

Ruedo los ojos hacia atrás y suspiro. —Nunca lo toqué. Después de nuestra conversación anoche, esto se ve sospechoso, lo entiendo, pero tienes que creerme. Estuve contigo anoche.

—¡Hasta que no estuviste! —sisea venenosamente—. ¿Adónde fuiste después del bar?

Me encojo de hombros con impotencia. —Solo sé que no vine aquí. De eso estoy seguro.

Millie se derrumba, sus sollozos angustiados sacudiendo su pequeño cuerpo. —No quería esto. Sí, teníamos nuestros problemas, pero nunca quise realmente esto. —Se arrodilla en la alfombra empapada, manchando sus rodillas, y señala el desastre rojo frente

a nosotros—. Lo que hablamos era solo una fantasía tonta. Fui una tonta. ¡Lo amo, Zack! ¡No se suponía que fueras a seguir adelante con eso!

El asco me revuelve el estómago. ¿Cómo pueden estos hombres enfermos ejercer tanto control sobre sus víctimas? ¿Cuánto más tiene que soportar antes de darse cuenta? No sé qué pasó aquí, o si Dexter estuvo involucrado. Pero si lo estuvo, puedo decir categóricamente que se lo merecía. Las cosas malas deberían pasarles a las personas malas. Y yo no soy una mala persona.

Extiendo la mano para consolarla, pero ella se aparta bruscamente. —¡No! No te atrevas a tocarme —advierte, con la voz temblorosa.

—Por favor, Millie. Tienes que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —ladra—. ¿Cómo? ¿Cómo podría confiar en ti?

Se mueve para recoger el trapo empapado de sangre, pero la intercepto. —Espera. No toques nada más. Necesitamos llamar a la policía.

Su rostro palidece. —¿Qué? ¡No, por favor!

Me agacho para quedar a su altura y le sujeto los brazos, ayudándola a ponerse de pie. Necesito hacerla entrar en razón. En medio de su pánico, no está pensando con claridad.

—Millie, si no me crees, entonces la policía tendrá que probar mi inocencia —digo, aunque la duda me carcome por dentro. Aunque estoy casi seguro de que no hice esto, no puedo decir categóricamente que no vine aquí anoche. Sigo mis instintos en esto y rezo para tener razón. Necesitamos involucrar a la policía.

Asiente con rapidez, con la mirada de nuevo fija en la mancha. Saco mi teléfono del bolsillo. Cuando marco el segundo nueve, me detiene en seco. —Sabes que vas a acabar en la cárcel por esto, ¿verdad?

El calor se drena de mi cuerpo. —No, no voy a ir. No puedo. No hice nada malo.

—¿En serio? Bueno, espero que tengas una coartada condenadamente buena. —Sus labios se curvan en disgusto.

Toco el botón para cancelar mi llamada. —Millie, tienes que creerme. No hice nada. Ayudo a la gente, no le hago daño. —Miro

alrededor de la habitación en un intento patético de encontrar algo que pruebe mi inocencia—. Eso es mucha sangre, ¿verdad? —Doy un paso hacia ella pero se aleja rápidamente—. Pensarías que, si yo hubiera estado involucrado en esto, también tendría sangre encima.

Me examina de arriba abajo, desde mi camisa blanca hasta mis pantalones chinos color camel y, finalmente, mis mocasines. Finalmente, hace contacto visual. Veo un destello de duda cruzar su rostro y el alivio me invade.

—¿Qué demonios está pasando? —susurra.

Quiero extender la mano hacia ella, pero me contengo, para no empeorar las cosas. —Y Millie, si hice esto, ¿realmente crees que estaría sugiriendo que le digas a la policía?

Se desmorona, una lágrima rodando por su mejilla. —Estoy tan confundida —susurra, hecha pedazos. Se tambalea en sus pies. La atrapo antes de que caiga y su cuerpo se deja caer contra mi pecho.

En ese momento, es como si finalmente pudiera respirar. Todo se siente absolutamente correcto, como si estuviera destinado a hacer esto. Tener a esta mujer increíble en mis brazos. Atesorarla. Adorarla. Mientras llora, acaricio con cuidado su cabello salvaje, enmarañado por haber limpiado frenéticamente las alfombras.

—Millie. Sé que esto es difícil, pero, asumiendo que este era Dexter, tal vez esta sea tu oportunidad de liberarte de él. Tal vez ahora puedas construir la vida que te mereces. —Conmigo.

—Debe haber sido él. ¿Quién más estaría en la casa? Pero, no entiendes —gimotea, con el rostro enterrado en mi pecho—. Era mío. No se suponía que me abandonara.

Inhalando su aroma embriagador, murmuro en su cabello: —Tal vez es hora de exigir algo mejor. —Asiente contra mi pecho, donde mi corazón late con fuerza. Necesita ver la verdad.

—Te hablé de Katie, ¿verdad?

Me mira con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas. —¿La mujer a la que mataron? —Hay un destello en su mirada, asustada. Mi historia resulta demasiado cruda en el contexto de la masacre ocurrida aquí. La pobre chica está aterrorizada.

—Sí. Era especial, como tú. Y la muerte de Katie casi me destruyó. —Un sollozo se abre camino por mi garganta—. Me siento tan

aliviado de que tal vez Dexter se haya ido. Ya no podrá lastimarte.

Sus labios se aplanan en una línea sombría. —Eres un buen hombre, ¿no es cierto, Zack?

La estrecho contra mí una vez más. Solo podemos esperar que Dexter se haya ido para siempre. Rezo para que realmente esté muerto.

Y que no haya sido yo quien lo mató.

Capítulo 19

—¿Cómo van las cosas? —La pregunta de papá me incomoda. Mi matrimonio está al borde del colapso, Georgia se está alejando cada vez más, y el trabajo es terrible. Desde el incidente con Millie, no he podido concentrarme en mis pacientes y sentí que era justo posponer todas las citas hasta que mi cabeza estuviera en mejor estado. También me pareció prudente darle unos días libres a Chelsea. Necesito congraciarme con ella ahora que he dañado la imagen que tiene de mí. Necesito a alguien de mi lado.

Dejar a Millie en esa casa manchada de sangre me mató. Se veía tan perdida, tan sola; pero estaba decidida a que me fuera, y obviamente insegura sobre cómo sentirse conmigo. No la culpo. Tampoco sé cómo sentirme sobre mí mismo.

Me obligo a volver al presente y miro a papá. Se ve terrible. Es como si se estuviera deteriorando ante nuestros ojos. Su presencia dominante se desvanece.

—¿Ya has ido a ver a un médico? —le pregunto.

—No trates de cambiar de tema —me espeta, intentando desviar la atención de él.

—No, no ha ido —interrumpe mamá, colocando una bandeja frente a nosotros que contiene una tetera y un paquete de Jaffa

Cakes. Sigo diciéndole. Pero no escucha.

—Theresa, no hables de mí como si no estuviera aquí, por favor.

Mamá chasquea la lengua y sale de la habitación. También se ve cansada. Puedo ver la preocupación escrita en las arrugas de su frente.

—Ahora, cuéntame sobre el trabajo. —Papá impulsa su cuerpo hacia adelante para prepararse una taza de té, pero inmediatamente comienza a jadear y me hago cargo. Se acomoda de nuevo en su silla.

—No hay mucho que decir —miento. La verdad es que siento como si todo por lo que he trabajado tan duro se estuviera desintegrando. Estoy ignorando a mis otros pacientes porque estoy cien por ciento enfocado en Millie y me preocupa no poder recuperar nuestra relación.

Necesito un plan para recuperarme antes de que mis clientes busquen ayuda en otro lado. O peor, se rindan con su tratamiento. Me invade la decepción, tratando desesperadamente de alejar el sentimiento de vergüenza.

Papá me mira con esa mirada de quien lo sabe todo. —Siempre has sido un mentiroso de mierda, Zack —dice—. ¿Cómo se llama esta vez?

Aprieto los ojos para no poder ver su mirada acusadora. —No te preocupes, papá.

—¡No digas tonterías! —grita, finalmente perdiendo la paciencia conmigo—. ¡Dime la maldita verdad, Zack! No tengo tiempo para esta mierda. —Su tono brusco me toma desprevenido. Papá usualmente es tan gentil y esta versión es francamente aterradora. Solo se enoja así cuando realmente la hemos cagado.

Quiero enterrarme en los cojines del sofá y nunca salir. Odio cuando papá me hace sentir como si nunca hubiera pasado la pubertad. Me siento como un niño travieso que fue atrapado mirando debajo de las faldas de las chicas en el laboratorio de ciencias. —Se llama Millie —murmuro. Abro los ojos para enfrentar la mirada de disgusto de papá—. Pero no está pasando nada. Lo juro.

Y esa es la verdad. No he visto ni sabido de Millie desde que encontró las salpicaduras de sangre en el suelo. He pasado cada

tarde sentado fuera de su casa por si Dexter aparece y Millie necesita mi ayuda. Pero cuanto más espero, más convencido estoy de que Dexter está muerto.

Papá suspira y estoy atónito. Esperaba completamente que explotara con mi confesión, pero es como si estuviera demasiado cansado. O se ha rendido conmigo. —Oh, Zack —murmura, apartándose de mí—. ¿Cuántas veces más vas a hacer esto?

—Ninguna —admito. Millie es la única para mí. Si no puedo tenerla, no me interesa nadie más. Estoy atrapado en mi vida miserable para siempre.

—Ya has dicho eso antes. ¿Por qué debería creerte esta vez?

—Es la verdad, papá —le suplico—. No hay nada de qué preocuparse.

Toma un sorbo de su té, mirándome fijamente por encima de la taza. —No voy a estar aquí para siempre, Zack. No puedo seguir viéndote cometer los mismos errores una y otra vez.

Su tono derrotado levanta mis cejas. Está débil, toda la energía drenada de él, y solo puedo culpar a mis indiscreciones. Papá se está transformando en un extraño y es aterrador.

Mi mente se desplaza a extremos alarmantes. Pienso en mamá y lo que pasaría si papá muriera. La destruiría. Papá es todo lo que conoce y si realmente está enfermo, debe estar aterrorizada.

Alejo el pensamiento. No, papá no se está muriendo. Es muy joven. El estrés bajo el que estoy me está volviendo paranoico y emocional y necesito tener cuidado de no alimentarlo con lo mismo.

—Solo tengo una cosa que decirte, chico. —Hace una pausa—. No olvides lo que pasó con Katie. Lo que le hiciste a esa pobre mujer. Y no olvides lo que eso te hizo a ti.

Las lágrimas brotan en mis ojos. Katie era tan dulce y amable. Se casó con un hombre que jugó con su inocencia y el día después de que Katie y yo nos acostáramos por primera vez, la encontraron tirada en su cama, muerta.

Cuando la policía vino a preguntar sobre mi relación con Katie, apenas logré mantener la compostura. Mi dolor era demasiado grande. Mientras me recuperaba tuve que cerrar la consulta por tres semanas y perdí a mi recepcionista anterior porque no podía

permitirme pagarle. El estrés fue casi demasiado para soportar, así que puedo apreciar las reservas de papá. Pero esta vez es diferente. Millie vale todo eso.

Pobre Katie. Se merecía mucho mejor. Era increíblemente inocente y profundamente honesta. Solo puedo asumir que su honestidad la forzó a confesar su infidelidad, y ese bastardo de su marido la castigó apuñalándola nueve veces en el abdomen.

Su muerte está en mis manos, y eso me atormenta hasta el día de hoy.

Capítulo 20

Desde que Dexter desapareció, he estado viviendo con los nervios de punta.

Entro en mi entrada, preparándome para ver a la policía golpeando mi puerta principal. Si Millie realmente cree que le puse una mano encima a Dexter, no tengo dudas de que me denunciará a la policía.

Cuando dejé a Millie ese día, estaba tan seguro de que creía que no lo hice, pero mientras el tiempo pasa y mis mensajes a Millie siguen siendo ignorados, la duda se está filtrando. O sabe en el fondo que no toqué al tipo y solo necesita espacio, o piensa que lastimé gravemente a Dexter. Mi lado esperanzado reza para que Millie solo necesite espacio para pensar las cosas y con el espacio vendrá la claridad. Se dará cuenta de que está mejor sin Dexter. Sabrá con certeza que yo soy el hombre para ella.

Al entrar en mi casa, una quietud espeluznante me recibe, siendo el único sonido el zumbido bajo y constante del refrigerador. Dirigiéndome a la cocina, tomo un vaso y lo lleno hasta arriba de agua. Las palabras de papá resuenan en mi mente, me producen un dolor de cabeza tan fuerte que parece que mis tímpanos van a estallar.

Después de meses de autorreflexión llegué a darme cuenta de que la muerte de Katie, a pesar de romper mi corazón, no fue mi culpa. Traté de ayudarla; quería alejarla de su marido. ¿Cómo iba a saber que él se volvería loco y la mataría?

Un sollozo sale de mí y con manos temblorosas bebo el vaso de agua en un intento de lavar la inmensa culpa que me atormentará para siempre.

La culpa que siento por Katie nunca me ha dejado y tengo miedo de que esa culpa hiciera que mi yo borracho actuara mal. Me esfuerzo por recordar, tratando de recomponer los fragmentos de la noche que salí a beber con Millie. Estaba volando alto esa noche, de eso puedo estar seguro. Millie y yo nos estábamos divirtiendo muchísimo. ¿Estaba tan atrapado en un estado de felicidad que decidí actuar sobre nuestro juramento de acabar con la vida de Dexter? Era solo un juego retorcido, no es algo que realmente haya hecho. ¿Verdad?

—¡Joder! —grito, golpeando el vaso contra la mesa.

El sonido estridente del timbre rompe mi hilo de pensamientos. Gruño más palabrotas mientras me dirijo a la puerta principal. Abro la puerta de un tirón, listo para decirle a mi visitante lo que pienso.

—¿Aaron? —Su nombre sale de mis labios, con el desprecio que se merece. No estoy en condiciones de lidiar con su mierda ahora mismo—. ¿Qué quieres?

—Zack, un placer como siempre —dice con sarcasmo, pasando junto a mí sin invitación y caminando hacia la sala como si fuera el dueño del lugar.

—Mira, Aaron, realmente no estoy de humor para tu basura hoy —anuncio mientras lo sigo, listo para gritarle. Pero las palabras mueren en mi lengua cuando lo veo desplomado en mi sofá, encorvado con la cabeza entre las manos. La vista me detiene en seco—. ¿Qué te pasa ahora?

—Está bien, Zack. No necesitas sonar tan jodidamente crítico.

—¿Crítico? Solo pregunté cómo estás.

Lleva las manos a descansar en la parte superior de su cabeza. —No sonó así. Siempre me estás jodidamente juzgando.

—En serio, ¿viniste hasta aquí solo para pelear? Ya tengo suficiente mierda en mi plato, Aaron. —Cruzo los brazos, mi mandíbula apretada mientras lo miro fijamente, esperando una explicación. La tensión en la habitación es como un peso de plomo colgando sobre nosotros, y puedo sentir cómo mi paciencia se agota con cada segundo.

—¿Alguna vez te detuviste a considerar que tal vez, solo tal vez, necesito a mi hermano mayor ahora mismo? —Levanta la cabeza, sus ojos perforando los míos con una intensidad que me toma desprevenido—. Para un tipo con tantas letras elegantes después de su nombre, eres bastante jodidamente despistado cuando se trata de leer a las personas.

Me quedo ahí parado, con la mandíbula colgando ante el insulto de mi hermano. Esto es demasiado. No puedo lidiar con esto, no ahora. No hace falta ser un genio para ver que Aaron necesita ayuda, pero la verdad es que estoy completamente abrumado. Sus problemas son demasiado graves, y la idea de abrir esa caja de Pandora me aterroriza. Ahora mismo, no estoy en condiciones de enfrentar cualquier oscuridad con la que esté lidiando.

Sé que he sido una excusa lamentable de hermano. Pero, él también. Siempre he sentido que ser un hermano de mierda estaba justificado cuando la otra parte se niega vehementemente a recibir ayuda. Y ahora, mientras se sienta ahí prácticamente rogando por mi ayuda, no puedo importarme una mierda. Hay demasiado rencor entre nosotros, demasiados años de resentimiento y rabia reprimidos. Tendrá que encontrar a alguien más para que lo ayude.

Sacude la cabeza, frustrado por mi silencio, y se levanta, alzándose sobre mí. —Las cosas han estado saliendo de control. Créeme, si tuviera otro lugar a donde ir, no estaría aquí. No es como si pudiera ir con papá.

—Puedo oler el alcohol en ti —digo, apartando la cabeza del aroma abrumador de whisky en su aliento.

Deja escapar una risa áspera. —Ahí está ese cabrón crítico otra vez.

Nos quedamos ahí, encerrados en una mirada silenciosa, ambos tratando de descifrar nuestro próximo movimiento. En el fondo sé

que, a su manera jodida, Aaron está aquí para extender una rama de olivo. Y por un momento fugaz, considero acercarme, aceptar su ofrecimiento de paz con cautela, pero no puedo. No ahora, no con todo explotando sobre mí.

—Mira, no sé por lo que estás pasando, pero no puedo hacer esto. No ahora. —Le niego con la cabeza—. Lo siento.

Mi disculpa hace que sus ojos se agranden. Las partes blancas de sus ojos están manchadas de rojo. Exhala pesadamente, sus hombros cayendo como si llevaran el peso del mundo. —Está bien —murmura.

Se gira para irse pero se congela cuando el timbre suena una vez más. Un escalofrío recorre mi columna. Esto es todo: Millie ha llamado a la policía. Están aquí para reconstruir los detalles de mis andanzas borrachas, ponerme esposas en las muñecas y llevarme.

—¿No vas a abrir? —pregunta Aaron, pero estoy clavado en el lugar.

Con un chasquido de molestia, camina hacia la puerta. Me doy la vuelta, preparándome para lo inevitable mientras la abre. —¿Sí? —ladra a los visitantes, su tono áspero y confrontacional. Me encojo, deseando que no antagonice a la policía cuando están a punto de arrestarme.

Para mi sorpresa, una voz tímida responde. —Hola, señor. ¿Cómo está hoy?

Me doy la vuelta para ver a una mujer pequeña parada en mi puerta, sosteniendo una pila de folletos. Hay que reconocerle que, a pesar de verse empequeñecida por la presencia intimidante de mi hermano, parece imperturbable por su tono brusco. —¿Alguna vez has considerado la vida después de la muerte? —comienza, pero antes de que pueda continuar, Aaron le cierra la puerta en la cara. A través del vidrio esmerilado, vemos su figura que se retira desvanecerse en la distancia.

—Vida después de la muerte, mis pelotas. Aparentemente estoy destinado al infierno. —Aaron ríe, con un borde amargo en su voz—. El diablo no sabrá ni qué lo golpeó.

Me siento horrible. ¿Cómo se atreve Aaron a tratar a una mujer inocente así? ¿En qué momento se volvió tan grosero?

Más importante, sin embargo, Millie no ha ido a la policía. ¿Tal vez sí me creyó? El alivio me inunda, mi corazón latiendo en mi pecho. Mi vaivén de preocupación y determinación de que soy inocente es absolutamente devastador y no creo que pueda hacer esto más.

Al diablo con su silencio. Necesito hablar con Millie. Necesito llegar a ella ahora. Mi repentina urgencia de verla se intensifica de manera vertiginosa.

Me vuelvo hacia mi hermano. —Ahora puedes largarte —le gruño a Aaron, mi paciencia agotada. ¿Por qué sigue aquí, merodeando torpemente, frotándose las manos? ¿No sabe que tengo cosas mejores que hacer?

—¿Qué? —Me mira, confundido por mi repentino cambio de tono.

Su mirada de tonto hace que algo dentro de mí explote. —¡Lárgate! —rujo, lanzándome contra él con una fuerza súbita y explosiva. El impacto lo agarra desprevenido, y ambos nos estrellamos contra el suelo al pie de las escaleras, un enredo de extremidades.

Toda mi angustia reciente se desborda y la violencia libera cada emoción negativa que tengo. Me lanzo contra Aaron otra vez. Se ha convertido en Dexter; es cada gota de miedo que he sentido por cada cliente que he visto desde abrir mi práctica. Es mi chivo expiatorio para cada sentimiento desagradable que he absorbido de cada uno de mis clientes.

Aaron trata de empujarme pero le clavo el hombro otra vez. Suelta un grito de dolor cuando su costado se estrella contra el escalón inferior, el sonido resonando por la casa. Por un momento, estoy aturdido por mis propias acciones y la violencia que parece haber aparecido de la nada.

—Joder, Zack. ¿Qué te ha pasado?

Sin molestarme en responder, retrocedo y le clavo el puño en la cara con toda la fuerza que puedo reunir. Para mi sorpresa, apenas se inmuta, absorbiendo el golpe como si fuera nada. Agarra mi cabeza en represalia, y la golpea contra la pared con un ruido siniestro.

El mundo se vuelve momentáneamente negro.

En un instante, estamos forcejeando en el suelo, intercambiando golpes como cuando éramos niños, golpeándonos con una furia nacida de años de resentimiento y rabia acumulada.

Estamos tan atrapados en nuestra pelea que no escuchamos la puerta principal abrirse.

—¡Zack! —grita Sarah. Miro hacia arriba pero solo veo a Georgia asomándose desde detrás de los muslos gruesos de Sarah. Está abrazando su oso querido, Hugsy.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —grita Sarah, su voz llena de incredulidad y rabia. Rápidamente aleja a Georgia, protegiendo a mi niña con su cuerpo.

Me alejo de Aaron, y ambos nos desplomamos contra la pared, sentados en el suelo como un par de colegiales traviesos atrapados con las manos en la masa por el director.

—Lo siento mucho, cariño —digo, mi voz suave y llena de culpa. Trato de acercarme a Georgia, desesperado por tranquilizarla, pero Sarah aparta mi mano, con la mirada encendida.

—Georgia, ¿por qué no subes y te cambias el uniforme escolar? —sugiere Sarah. Georgia duda, mirándome con incertidumbre antes de subir las escaleras, esquivando el charco de sangre en la alfombra.

Tan pronto como escuchamos la puerta de su habitación cerrarse, Sarah se vuelve contra mí. —¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Aaron baja la cabeza avergonzado, pero no me podría importar menos la opinión de Sarah sobre mí ahora mismo. —¿Por qué Georgia llegó temprano de la escuela? —le pregunto.

Resopla. —Eso no es de lo que estamos hablando ahora.

—No puedes dictarme de qué puedo y no puedo hablar. ¿Qué le pasa a mi hija? —exijo, mi voz firme.

Sarah me mira fijamente, su furia volviendo rojas sus mejillas.

—Será mejor que me vaya —murmura Aaron, poniéndose en pie.

Pero antes de que pueda llegar a la puerta, Sarah lo agarra del codo, deteniéndolo bruscamente. —Te llamaré más tarde —le dice. Él tiene la gracia de lanzarme una mirada antes de asentir a mi esposa y salir de mi casa.

Sarah se vuelve contra mí, su voz llena de exasperación. —No sé qué diablos te pasa —comienza, pero cuando me levanto,

alzándome sobre ella, sus palabras vacilan bajo la intensidad de mi mirada furiosa. Chilla—: Estás actuando más raro que nunca, y Georgia realmente te necesita ahora.

—No puedes decirme qué hacer —escupo, mi voz venenosa—. ¿Ni siquiera se te ha cruzado por tu cráneo grueso que estoy así por ti? Todo esto es culpa tuya, Sarah. Tú y esta excusa patética de matrimonio.

—Zack, tienes que dejar de culparme por cualquier lío en el que te hayas metido. Si no eres feliz, entonces simplemente vete. ¡Por favor, solo vete!

Mantengo mi posición, mi mandíbula fija en desafío obstinado. —No voy a ninguna parte. Esta es mi casa. Y esa niña ahí arriba es mi hija.

Un destello parpadea en su cara que me hace sentir enfermo, pero lo descarta enseguida. —¿Quieres que me vaya? Bien. Puedo conseguir algo de dinero —dice Sarah, un toque de determinación filtrándose en su voz.

La esperanza surge en mi mente. La perspectiva de finalmente estar libre de Sarah se me presenta ante los ojos y se siente divina. Pero sé lo que pasará si se va. Sé que puedo despedirme de mi hija. La idea de que Sarah se vaya es ridícula. Me burlo de ella, y ella retrocede. —Buena suerte con eso. Has estado chupándome la sangre durante años, y con el acuerdo prenupcial...

—Entonces ayúdame. No quiero estar aquí tanto como tú quieres que me vaya. Solo necesito un pequeño empujón.

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué no? Si me ayudas, puedo irme, y ambos podemos ser felices.

—Porque te la llevarás lejos de mí. —Me avergüenza lo suplicante que sueno, pero el infierno se congelará antes de que pague para que Sarah se lleve a Georgia lejos de mí.

—No lo haré, Zack. Lo prometo.

Está mintiendo. Y no me va a robar a mi hija. No van a irse a ninguna parte.

Capítulo 21

Llego a la oficina a tiempo, pero en cuanto pongo un pie en el umbral, Chelsea me echa un vistazo y niega con la cabeza.

—¿No irás a ver a los clientes con esa pinta, verdad?

Automáticamente llevo los dedos al labio superior. La herida en la piel me duele al contacto. Sé que tengo un aspecto terrible. Además del labio partido, mi ojo izquierdo inyectado en sangre está rodeado de un moretón moteado, tengo un corte en los nudillos de la mano derecha, y parezco completamente agotado después de no haber dormido esta última semana.

No sé qué decirle a Chelsea. Todo es un desastre, y no tengo palabras para explicar cómo me siento y por lo que estoy pasando.

Chelsea suspira y se levanta. —Esto se acabó. No puedo seguir con esto.

Una alarma me atraviesa. —¿Qué estás haciendo?

—No puedo trabajar aquí, Zack. Acepté este trabajo porque pensé que eras un hombre íntegro y profesional. Pensé que vivías para ayudar a las víctimas de monstruos, pero cuando te veo ahora... —Su pausa me quita el aliento—. Ya no sé quién eres, Zack. Y para serte honesta, no quiero estar aquí cuando todo se vaya al carajo. No me pagas lo suficiente para eso.

Su insulto me cala hondo. Solía sentir tanto orgullo por todo lo que he construido. Dar de alta a clientes que habían logrado reconstruir sus vidas exitosamente le daba propósito a mi vida. Y todavía quiero eso, pero mi vida me ha lanzado tantas pelotas curvas últimamente que ya no siento esa sensación de alegría que obtengo al ayudar a la gente.

—Chelsea, por favor no te vayas. —Mi quejido hace que levante la cabeza bruscamente, alejando la mirada del cajón del escritorio que estaba vaciando en su bolso. El peso de su mirada me hace desplomarme en una silla. Con vergüenza, me doy cuenta de que las lágrimas se deslizan por mis mejillas y entierro el rostro entre las manos.

El asiento se mueve junto a mí cuando Chelsea se sienta. Su voz es suave, pero firme a la vez. —Zack, no sé qué te está pasando, pero necesitas arreglar tus problemas. Estás alejando tanto a mí como a tus clientes.

Mis sollozos se intensifican. Cuando me siento y pienso en mi vida, no puedo entender cómo o cuándo todo se arruinó tanto. Mi matrimonio está hecho pedazos, mi esposa disfruta haciéndome pasar por el infierno. La luz que Millie trajo a mi vida se ha ido. Papá está enfermo y me culpa por la espiral descendente de mi matrimonio. Mi hermano está más jodido que nunca y me culpa.

¿Por qué siempre todo es mi culpa? He tratado de ser un buen hombre. Siempre he tenido las mejores intenciones. ¿Qué he hecho para merecer todo esto? Parece que ninguna buena acción queda sin su castigo.

Chelsea espera a que mis sollozos se calmen y me da un momento para recomponerme.

—No quiero perderte —le digo. Si pierdo a Chelsea, perderé el negocio. Ella es lo único que mantiene todo unido ahora mismo y nadie puede manejar el negocio como Chelsea.

La furia en su mirada se suaviza. —Yo tampoco quiero que me pierdas. Pero Zack, si sigues como vas, no te quedarán clientes y el negocio se hundirá. Hay un puesto administrativo en la constructora de mi padre. Tengo que protegerme. Tengo una boda que pagar.

—Voy a arreglar esto. Son cosas de familia. Puedo solucionarlo.

—¿Familiares? —pregunta alzando las cejas—. ¿No será por Emily O'Neale?

Mantengo el contacto visual y rezo para que crea mi mentira. —Eso fue un error. Nunca volverá a pasar.

—Oh, por favor. Mi madre siempre decía: "El que engaña una vez, engaña siempre". No puedes esperar que crea que nunca volverás a acostarte con ella. Para empezar, es preciosa.

—¡Nunca me he acostado con ella!

—Oh, por favor... Hay algo turbio entre ustedes dos...

—No, en serio, Chelsea. Nunca me he acostado con Millie. Fue un beso, solo un beso. No hay nada más entre nosotros.

Se detiene a mirarme con su mirada calculadora. —Bien —dice finalmente—. Lo que hiciste sigue estando muy mal, sin embargo. Emily es vulnerable, Zack. Debes darte cuenta de eso.

—Lo sé —susurro—. Fue un error.

Se detiene, tamborileando con las yemas de los dedos en su falda. Suspira. —Mira, al final del día, tus asuntos personales no son asunto mío. Pero ayudé a hacer crecer este negocio y significa mucho para mí. No puedo simplemente sentarme aquí y verte destruirlo todo.

Dejo que la esperanza inunde mis sentidos. Chelsea no me dejará. No puede. Somos un equipo y siempre ha dicho que odiaría trabajar en la empresa de su padre. Estar rodeada de constructores era la idea de una pesadilla para Chelsea.

Continúa con una sacudida triste de cabeza. —Pero Zack, odio absolutamente a los infieles. Considera esto mi renuncia formal. Hoy no vengo; voy a ver a mi padre.

—No, no puedes hacer eso. —Le agarro la mano, pero la retira—. ¿Qué te parece si te doy un bono extra para ayudarte con la boda?

Se ríe. —¿Estás tratando de comprarme?

—Es más bien una muestra de confianza. Voy a recomponerme y sacar adelante el despacho de nuevo. Volveremos a la normalidad. Solo necesito algo de tiempo para aclarar mi cabeza, y tal vez una suma global para la boda aliviará tus niveles de estrés mientras esperas por mí.

Mira al suelo, considerando mi oferta. La decisión parece tomar una eternidad y suelto un suspiro de alivio cuando finalmente asiente. —Bien. Pero si no te veo ponerte las pilas en las próximas dos semanas, me voy.

—Entiendo —le digo—. Tengo esto controlado.

Se levanta y vuelve a su escritorio donde lentamente comienza a sacar artículos de oficina de su bolso y los coloca cuidadosamente de vuelta en su lugar. —Cancelaré las citas de hoy. No puedes atender a la gente con ese aspecto.

—Gracias.

Mientras toma asiento, me mira; la tristeza la envuelve. —Zack, para lo que vale, me caes bien. Quiero que seas feliz. Tienes una vida. No la desperdicies echándolo todo a perder.

Tiene razón, por supuesto. Pero lo que no se da cuenta es que Millie y Georgia son lo bueno en mi vida. Y es hora de que luche por mis chicas.

Salgo discretamente y dejo a Chelsea en la oficina reprogramando las citas de esta semana. No puedo criticar la ética de trabajo de esa chica. Mis clientes la adoran, y estoy completamente agradecido de tenerla en mi vida, manteniendo las cosas unidas.

Me dirijo por la calle principal para encontrarme con mi abogado, a quien convencí de reunirse conmigo con poca antelación. Debe haber una manera de que pueda obtener la custodia completa de Georgia. Sarah es una sanguijuela alcohólica, una mancha en la vida de Georgia. Solo necesito convencer a todos los demás de eso.

Capítulo 22

—¡Entren! Papá está en la sala. —Mamá nos hace pasar. Esta noche se ve radiante con una falda verde esmeralda hasta el suelo y una blusa de lentejuelas.

—¡Pareces una sirena, yaya! —exclama Georgia, empujándome para buscar refugio de la lluvia. Tiene razón: mi madre realmente parece una criatura marina de leyenda.

—¡Gracias, cariño! —Mamá le revuelve el pelo a Georgia mientras pasa corriendo y desaparece en la sala—. ¿Y cómo estás tú, Zack? —me pregunta, atrayéndome para un abrazo. Ha perdido peso. Puedo sentir sus costillas a través de la blusa y su cara se ve demacrada.

—Sí, estoy bien —miento. Estoy de un humor de los mil demonios y la causa de mi miseria entra justo detrás de mí.

—¡Hola, Theresa! Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo estás? —le pregunta Sarah a mamá, sacudiendo su paraguas en el umbral.

Mamá se aleja de mí y pone un brazo alrededor de mi esposa. Se lanzan a una conversación sobre los últimos chismes del club de lectura de mamá, olvidándose completamente de mí. Las dejo charlando en el pasillo, incapaz de borrar el ceño fruncido de mi cara.

Encuentro a mi padre sentado en el sillón junto al fuego, con una manta en las rodillas. Georgia está encaramada en el brazo de su silla, contándole sobre el regalo que le compré para su cumpleaños. Pongo los ojos en blanco mientras le arruina la sorpresa.

—¡Georgia me dice que me compraste un whisky "mega" caro! —me grita papá.

Suelto una risa, sintiendo que parte de mi mal humor se evapora. —Tanto por mantenerlo en secreto —digo, revolviéndole el pelo a Georgia.

—Este es solo un secretito, papi. Soy buena guardando los secretos grandes. —Me mira con los ojos muy abiertos, el reproche perforando un agujero en mi conciencia. No me importa mentirle a Sarah, pero cargar a mi niñita con el secreto de mi infidelidad pesa mucho en mis hombros.

—Bueno, ábrelo entonces, hijo. —Mi padre señala su vaso vacío. Mamá y Sarah pasan flotando mientras se dirigen a la cocina. El aroma de ajo, salsa de tomate y el perfume floral de mamá flota tras ellas: un aroma que me transporta a mi infancia.

—Te ves bien, papá. ¿Te sientes mejor? —Le sirvo un trago de whisky a cada uno y le doy uno a papá antes de tomar asiento en el sofá.

—¡Por supuesto! No pueden hacer que un viejo como yo se rinda tan fácilmente. —Chocamos nuestros vasos y saboreamos el líquido dorado. Disfruto la quemazón mientras se desliza por mi garganta.

—¿Cuántos años son ahora, papá? ¿Noventa y dos?

Papá suelta una carcajada. —¡Descarado! Tengo setenta y dos.

—¡Abuelo! —lo reprende Georgia—. Decir groserías es malo.

—Muy cierto. Ahora, ¿por qué no vas a ayudar a las mujeres en la cocina?

Georgia le hace un gesto teatral antes de saltar de la silla. —Eso es un poco sexista, abuelo. —Pero corre a la cocina de todas formas, donde la reciben con un coro de voces alegres.

—¿Supiste algo de Aaron? —pregunto para llenar el silencio que Georgia dejó atrás.

—No. Pero vendrá. —Papá suena confiado, pero yo tengo dudas. Aaron tiene un talento para decepcionar a la gente. Que se lo

pregunten en el ejército—. Mamá le hizo prometer y sabes cómo ese chico la adora. Un verdadero niño de mamá.

Sigo teniendo dudas. Durante el último año, mi hermano apenas ha estado presente. Elige pasar su tiempo fingiendo no existir y escondiéndose del mundo. Su conexión con mamá se desvanece día a día y me destroza pensar en cómo debe hacerla sentir eso. Aaron siempre fue el niño dorado de mamá, pero ahora casi no está presente.

No he pensado mucho en sus apariciones en mi casa, pero ahora me pregunto qué es lo que realmente quería. Nunca ha estado cerca de papá, y se está alejando de mamá. Entonces, ¿por qué venir a mí? ¿Qué es lo que quiere?

—La cena está lista —dice Sarah, asomándose por la puerta. Sus mejillas ya están sonrojadas por el vino.

Papá va a levantarse de su silla, pero sus brazos le fallan y se desploma de vuelta. A pesar de verse un poco mejor, sus semanas de enfermedad lo han dejado frágil y debilitado. Agarro un codo y ayudo a papá a levantarse, y se apoya en mí para que pueda ayudarlo a llegar al comedor. —Gracias, muchacho. Necesito volver al gimnasio.

¿Es por esto que mamá ha perdido tanto peso? ¿Ha estado cargando a papá? ¿Qué tipo de vida están viviendo aquí? Estoy enojado conmigo mismo por estar distraído con Millie y no notar el deterioro de papá. Pero estoy furioso con papá por ser tan malditamente terco sobre ir al médico.

Sin embargo, Millie ha sido toda una distracción. Extrañarla estas últimas semanas me ha vuelto loco y para conseguir mi dosis me uní a su gimnasio y descubrí un estudio de baile que ofrece una vista excelente de todo el piso del gimnasio: el lugar perfecto desde el cual observarla. Si no me va a contactar, tengo que ver cómo está de otras maneras.

Necesito dejar atrás mi miedo por lo que pasó en su casa la última vez que nos vimos. Mientras más tiempo pasa, más convencido estoy de que nunca toqué a Dexter. Y Millie nunca se ha visto mejor. Sin moretones, una sonrisa más brillante, un paso más animado.

Es hora de que reanudemos nuestra relación. Es hora de que le haga una visita real.

Todos tomamos nuestros asientos en la mesa. Tazones de vegetales con mantequilla y varios tipos de platos de pasta se extienden frente a mí. Un festín italiano. Sarah toma el asiento frente a mí, con Georgia a su derecha. El vaso de Sarah está casi vacío, y sus dientes ya están manchados de vino tinto.

—Me gustaría hacer un brindis rápido antes de que empecemos —dice papá, sin molestarse en ponerse de pie.

—¿No deberíamos esperar a Aaron? —pregunta mamá, sin apartar los ojos de la silla vacía a mi izquierda.

—No —dice papá bruscamente—. La cena se enfriará. No es nuestra culpa que esté por ahí vagabundeando.

Como si fuera una señal, la puerta principal se cierra de golpe y todos miramos hacia la puerta. Solo el sonido de Sarah tamborileando sobre el mantel rompe el silencio. Resisto la urgencia de fruncir el ceño hacia ella.

Aaron entra vacilante y retrocede cuando nos ve a todos mirándolo. —¿Qué tal? —pregunta.

Resoplo.

—¡Qué amable de tu parte aparecer! —dice papá. Odia la impuntualidad. La puntualidad es una señal de respeto para mi padre y si pierdes su respeto, toma mucho tiempo ganártelo de vuelta. Aunque sospecho que el respeto de papá por Aaron se perdió hace mucho tiempo. Nunca pude entender por qué, y dejé de intentarlo hace tiempo.

—Ven y siéntate, Aaron. Es genial verte, querido —dice mamá, siempre la diplomática.

Camina hacia la silla vacía junto a mí y jala la silla. Raspa ruidosamente contra el piso, haciendo reír a Georgia. —Sonó como un pedo —dice entre risas.

La tensión se rompe, y todos estallamos en risas. Incluso mi hermano logra una sonrisa.

—¿Nos vas a decir por qué llegaste tarde? —le pregunta papá a mi hermano una vez que todos estamos acomodados y la comida ha

sido servida—. ¿O simplemente vas a entrar aquí bailando como si no importara?

Aaron se mete una cucharada de carbonara en la boca como si no hubiera comido en meses. Su camisa está arrugada, y hay un pequeño desgarro en el muslo de sus jeans. Realmente necesita una mujer en su vida que lo arregle. Si tan solo hubiera alguien lo suficientemente tonta como para hacerse cargo de él. Miro a mi esposa, sumida en conversación con Georgia. Ella es prueba de que hay mujeres que cometen errores. No dejo de notar la ironía de estar casado con ella.

—Solo me quedé atrapado con algo —le dice Aaron a mi papá.

Lucho contra la urgencia de profundizar en su pobre excusa. Pero afortunadamente, papá no ha terminado aún. —¿Atrapado con qué? —pregunta—. Espero que encontrando una novia.

—Graham —advierte mamá desde el otro lado de la mesa.

—No, no. Es mi cumpleaños, Theresa. Merezco una explicación. Es un hombre grande. Puede manejarlo.

Aaron traga, y me sorprende ver lágrimas acumularse en sus ojos oscuros. —No hay novia, papá. Las cosas están un poco difíciles ahora mismo, eso es todo.

Papá resopla, y toda la mesa se gira para mirarlos a los dos, cada uno observando la conversación con diferentes tonos de vergüenza en sus caras. —¿No crees que ya es hora de que te saques de esta depresión? Has estado revolcándote por demasiado tiempo, y es hora de que te conviertas en un hombre. Y sigas adelante.

Trago, sorprendido por la franqueza de mi padre. Pero, seamos honestos, solo ha dicho lo que todos estamos pensando. No puedo ser el único harto de la autocompasión y melancolía de mi hermano.

—Papá... —tartamudea Aaron—. No es tan fácil. —Me alejo, incapaz de manejar las emociones vergonzosas de mi hermano.

Mamá se levanta y golpea la palma contra la mesa. —¡Ya basta, Graham! —Le apunta con el dedo a papá—. Deja de regañarlo. No ha hecho nada malo.

—¡Ha hecho todo mal! —le grita papá de vuelta.

Aaron se levanta, sus ojos perforando a papá. Entonces, sin mirar atrás, deja la casa. No puedo evitar sentirme un poco aliviado. Esta

fiesta está mejor sin su presencia deprimiéndonos.

Mamá y papá continúan mirándose fijamente. —Mira lo que hiciste —dice, sentándose de nuevo. Sus ojos siguen volando hacia la puerta, sin duda esperando que Aaron crezca unos huevos y regrese a enfrentarnos.

—Ahora, Theresa. Has trabajado duro en esta comida. No dejaré que él la arruine.

Mamá abre la boca como si tuviera más que decir sobre el tema pero la cierra de nuevo, no dispuesta a pelearse con papá. En sus cuarenta años de matrimonio, nunca se han peleado. Esta es una experiencia ajena, y me siento profundamente incómodo.

Todos volvemos a comer, pero noto que todos solo están moviendo la comida en sus platos, los apetitos perdidos en la atmósfera tensa.

Sarah termina su copa de vino y alcanza la botella. —Sabes, Aaron realmente podría usar a su familia ahora mismo —declara, de la nada.

Exploto. —Cállate, Sarah. Este es un asunto familiar. No tiene nada que ver contigo.

Georgia deja caer su tenedor con un fuerte golpe. Sarah se detiene, la botella de vino inclinada y suspendida sobre su copa.

—Zack, no seas tan desagradable —advierte mamá.

Su reproche solo sirve para profundizar mi ira. ¿Cómo se atreve a ponerse del lado de Sarah? ¿Realmente no puede ver mamá lo que está pasando aquí? Sarah no tiene derecho a defender a mi hermano. Sea lo que sea que Aaron haya hecho, el trato de papá hacia él está justificado. Papá nunca trataría a alguien con desdén si no se lo mereciera.

—¿Cómo te atreves a hablarme de familia? —me escupe Sarah—. No sabes ni una cosa sobre valores familiares.

—Has bebido demasiado. ¿Tal vez ve a tomar un poco de aire? —Le hago un gesto con la mano, como si fuera una niña.

Todos los ojos están sobre nosotros ahora, el entretenimiento. No me atrevo a mirar a Georgia por miedo a que la culpa me haga ceder ante Sarah.

—Tal vez deberías ser tú quien tome un poco de aire —me responde Sarah arrastrando las palabras. Va a servirse vino pero lo derrama sobre el mantel blanco.

Exploto de nuevo. —¡Por el amor de Dios, Sarah! ¡Eres una vergüenza! —Mi voz es mucho más fuerte de lo que pretendía, pero el volumen se siente bien. Se ajusta a mi humor—. ¡Ni siquiera deberías estar aquí! ¡No eres bienvenida en esta familia! ¡Eres una terrible esposa y una terrible madre!

—¡Papi! —grita Georgia. Me horroriza ver sus ojos muy abiertos, su boca torcida de terror, y su piel sonrojada de ansiedad.

—Está bien, cariño. Son solo adultos hablando. Estamos arreglando las cosas —le digo, extendiendo la mano para tocar la suya.

—¡No me mientas, papá! ¡No más mentiras! —Aleja su mano de la mía, su carita brillando de rabia.

Mi mandíbula se tensa. —Está bien, Georgie. Todo está bien.

—¡Pero no lo está! ¡No ha estado bien por mucho tiempo! ¡Por eso estabas acostándote con esa señora!

La tensión en la habitación es lo suficientemente espesa como para cortarla con un cuchillo. Me niego a hacer contacto visual con mis padres. Estoy mortificado de que mi padre tuviera que enterarse así.

Por el rabillo del ojo, veo a Sarah recostarse en su silla y meterse un tenedor lleno de comida en la boca.

—¿Zack? —jadea mamá—. ¿Cómo pudiste?

Mi boca se abre, pero Sarah me gana. —Oh, no te preocupes, Theresa. Ya sabía sobre su sucio secretito.

Ahora mis ojos se clavan en los suyos. Encuentra mi mirada y golpea su tenedor en su plato. —Lo que no sabía —continúa, aún masticando pasta— es que nuestra niña de seis años también lo sabía. ¿En serio pensaste que estaba bien pedirle que guardara tu sucio secreto? ¿Cómo pudiste hacerle eso, Zack?

Mis ojos vuelan entre mi hija y mi esposa.

—Creo que deberíamos darles espacio —anuncia mamá, haciendo ademán de irse.

—¡No! —ladra Sarah, deteniendo a mamá en seco—. No deberías tener que dejar tu propia mesa. Todos somos familia aquí y Zack debería ser honesto con nosotros. Por una vez en su vida.

—¿Cómo te enteraste? —le pregunto—. Georgia, ¿tú...?

—¡No te atrevas a culparla! —me grita Sarah—. Ni siquiera sabía que ella estaba enterada. ¿Cómo se enteró, Zack?

Trago. —Eso no importa. Entonces, si no fue Georgia, ¿cómo te enteraste?

Sarah me hace una mueca burlona. —Tu recepcionista me llamó. Aparentemente, cree en la santidad del matrimonio y no podía soportar guardárselo.

Maldita Chelsea.

Me paso la mano por el pelo y exhalo. Esto no puede estar pasando. Sarah no tiene derecho a humillarme así.

—Bien, ya es suficiente —anuncio—. No vamos a hacer esto aquí.

—Lo haremos donde yo quiera. He sido nada más que honesta contigo, y todo el tiempo has estado acostándote con alguien a mis espaldas. —Le echa un vistazo a Georgia, cuyos ojos se abren de shock. Sarah baja su voz a un tono tranquilizador—. ¿Cómo te enteraste, cariño?

—Los vi —murmura Georgia, sus ojos fijos en la mesa—. En su oficina.

Mi papá gime en su mano. Mamá jadea. Cierro los ojos con fuerza y presiono mis manos sobre ellos.

—¿Te acostaste con ella mientras nuestra hija estaba ahí?

—¡No me he acostado con ella! —grito. Necesito que todos sepan que no llegué tan lejos.

—Por el amor de Cristo, Zack. ¿Qué te pasa? Eres un desastre.

—¡No te atrevas a faltarme el respeto así!

—¡Ya basta! —exclama papá, apoyándose en la mesa y empujándose para ponerse de pie—. Contrólense. Los dos. Esta no es manera de comportarse frente a una niña.

Un breve silencio se asienta sobre nosotros antes de que Sarah empuje su silla hacia atrás. —Vamos, Georgia. Nos vamos a casa.

—No puedes conducir en ese estado —le digo—. Estás borracha.

—No soy estúpida, Zack. Llamaré un taxi. Y ciertamente no estoy borracha. ¿Por qué siempre exageras cuánto bebo?

—Deberían esperar adentro, querida. Está lloviendo allá afuera —le dice mamá.

—No puedo, Theresa. No puedo estar en esta casa con ese hombre. —Sarah lleva a Georgia fuera del comedor y escuchamos cómo se ponen los zapatos y abrigos.

La comida en mi plato frente a mí desprende un olor nocivo, haciéndome sentir náuseas.

Cuando la puerta principal se cierra de golpe detrás de mi esposa e hija, papá habla. —¿Puedo tener un momento a solas con mi hijo?

Mamá vacila, no queriendo dejarnos solos. —¡Ahora, Theresa! —exclama papá.

Mamá me lanza una mirada de decepción mezclada con preocupación antes de desalojar el comedor.

No es hasta que tenemos la habitación para nosotros solos que papá se sienta pesadamente de vuelta en su silla. Espero mientras acomoda sus cubiertos pulcramente en su plato. Me siento como un colegial travieso esperando mi castigo. —Papá... —me aventuro, pero levanta la mano hacia mí.

—Hablamos de esto la última vez —dice—. Prometiste que no volvería a ocurrir.

Niego con la cabeza. —Papá, esto no es lo mismo. No me he acostado con ella.

—¿Pero estás teniendo una aventura? ¿Tienes sentimientos por esta chica?

—Sí. Papá, la amo. —No tiene caso mentir. No cuando todo está tan expuesto de todas formas.

Se ríe con ganas como si acabara de contarle el mejor chiste del mundo. —¿Amor? Hijo, no creo que sepas el significado de la palabra.

—Por supuesto que sí. Millie es diferente. Es especial. Te caerá bien.

—¿Cómo quieres que me caiga bien la mujer que has usado para lastimar a tu esposa? Deja de decir estupideces. Me hiciste una

promesa de que arreglarías tu matrimonio. Y después de lo que pasó la última vez, pensé que serías un tonto en ir contra tu palabra.

Trago. La última vez fue diferente. Lo que sentí por Katie fue diferente. Pensé que tenía sentimientos fuertes por ella, pero estaba equivocado.

—Millie —murmura papá.

—¿Qué?

—Dijiste que se llama Millie. —Pronuncia su nombre con tanto veneno que me hace retroceder.

—Papá. Por favor. Millie es una buena chica. Es buena para mí.

—¡También lo es tu esposa! —Me hundo en mi asiento—. Te he dicho una y otra vez la importancia del matrimonio. Mantener viva la chispa es tu responsabilidad. No puedes darlo por sentado, y no puedes simplemente ir a buscarla en otro lado. Es inmoral.

—Ese es el punto, papá. Nunca hubo una chispa entre nosotros para empezar.

—¡Pero te casaste con ella, Zack! Hiciste una promesa. Un juramento. Y has ido contra tu palabra. Eres una vergüenza para la familia.

—No sabes todo sobre Sarah.

—No te engañes. Lo sé todo. Nada se me escapa sin que lo note.

Bajo la cabeza en vergüenza. Aunque no puedo sentir arrepentimiento.

Arreglaré las cosas con Millie. Se lo demostraré a todos.

Capítulo 23

La luna está alta en el cielo cuando finalmente llego a casa. El whisky corre por mis venas, un tónico inadecuado para matar mi dolor.

Cierro la puerta suavemente detrás de mí. No tengo intención de quedarme mucho tiempo. Luego volveré mañana por Georgia. Que se joda lo que dijo el abogado. No necesito que algún idiota pomposo y sobrepagado con un traje caro me diga lo que puedo y no puedo hacer con mi hija.

Estoy metiendo camisas a la fuerza en un porta trajes cuando Sarah entra en mi habitación. —¿Te vas sin despedirte? —Su voz es desagradablemente alta.

—Shh, vas a despertar a Georgia. —Eso si es que está durmiendo. Después del desastre de esta noche, probablemente esté despierta toda la noche.

—No te preocupes por eso.

Me detengo en seco, la espalda tensa. Puedo oír la sonrisa burlona en su voz y no quiero entrar en su juego, pero caigo en la trampa de todos modos. —¿Qué quieres decir?

—Simplemente no necesitas preocuparte por Georgia. No está aquí.

—¿Dónde está? —gruño.

—No hay necesidad de sonar tan agresivo, Zack. Está en casa de mi hermana. Pensé que llegarías a casa de mal humor, y no creí que fuera bueno para ella estar aquí cuando eso pasara.

—Ya terminé con esto. Terminé contigo. Voy a buscar a mi hija y me voy. Te dejo.

Alza una ceja. —¿Tu hija, Zack?

Me está provocando. Por supuesto que Georgia es mía. ¿Cómo se atreve a insinuar lo contrario? La furia me desgarra. —Lárgate de aquí, Sarah. Antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

—Toda tu vida es un gran arrepentimiento, ¿no? Debe ser difícil vivir contigo mismo. Eres patético. Siempre buscas en los lugares equivocados para mejorar tu vida, cuando el problema eres tú.

Mis dientes rechinan mientras doy un paso hacia ella. No se inmuta. —Solo eres un borracho asqueroso. No dejaré que me afectes.

—Los dos sabemos que eso no es cierto, Zack. Sé lo que has estado diciéndole a la gente: cómo siempre estoy bebiendo, cómo soy una madre inadecuada. Sin embargo, los dos sabemos que eso es una estupidez. Exageras con la patética esperanza de obtener la custodia completa de Georgia. Bueno, odio decírtelo, pero no va a funcionar. Jamás tendrás acceso a mi hija.

—¡No me la quitarás! —rujo. Le clavo el dedo en el pecho, obligándola a retroceder hasta el rellano. —Es mi hija.

Sarah se ríe de mí. La carcajada va acompañada de una verdad cruel, y el miedo que me desgarra es insoportable. —Lo siento Zack, pero eso simplemente no es cierto. Georgia no es tuya.

Es como si todos mis sentidos se hubieran apagado. Solo puedo ver una luz blanca cegadora, y mis oídos zumban con estática. Siento mis brazos extenderse frente a mí y me lanzo hacia adelante. Su cuerpo se siente blando bajo mis palmas, y tengo que empujar con fuerza para hacerla retroceder. La siento ceder bajo la fuerza de mi empujón.

Recupero mis sentidos justo cuando Sarah aterriza al pie de las escaleras. Se escucha un ruido sordo y enfermizo cuando golpea la pared del fondo. La luz de la calle que se filtra por la puerta ilumina

una mancha de sangre en el papel tapiz. Dejo caer los brazos a los lados con una profunda sensación de satisfacción.

No puedo verla respirar.

Una sonrisa aparece en mi rostro mientras miro hacia abajo a su cuerpo inmóvil.

Mientras espero en vano ver a Sarah moverse, un pánico delirante se apodera de mí y mi risa resuena en la oscuridad. Mi alegría torcida me deja sin aliento y tengo que sentarme en el escalón de arriba hasta que logro calmarme y pensar con claridad.

Sarah, el peso en mis hombros, el dolor en el culo, se ha ido. Después de años de planear cómo puedo dejarla sin perder la custodia de mi hija, finalmente me han dado una salida.

Regreso a mi habitación, donde coloco cuidadosamente la ropa que había empacado de nuevo en el armario.

Bajo las escaleras, paso por encima de Sarah, resistiendo la tentación de escupirle mientras paso. —Adiós, perra —digo con desprecio—. Eso te pasa por mentir sobre mi hija.

Capítulo 24

La luz del dormitorio de Millie está encendida cuando aparco frente a su casa. Recuerdo mi primera visita aquí, cuando me di gusto afuera. Oh, cómo han cambiado las cosas.

Ahora que Sarah se ha ido, ya no tengo que sufrir mi obsesión secreta. Soy libre de reclamar mi premio y criar a mi hija con Millie. Sin que Sarah lo contamine todo con sus mentiras y amenazas.

Estoy recuperando el control de mi vida. El camino se está despejando y todo se siente un poco más fácil ahora. Puedo hacer cualquier cosa. Puedo tenerlo todo. Y nada puede detenerme. Las estrellas titilan sobre mí, bendiciéndome con un futuro prometedor. Me siento liviano, y prácticamente salto hacia la puerta principal de Millie.

Golpeo la puerta con un ritmo alegre. Una brisa fresca pasa junto a mí, haciéndome estremecer.

No hay respuesta.

Golpeo de nuevo, más fuerte esta vez, por si Millie está dormida y no puede oírme. Una vez que me escuche, no le importará. Una vez que sepa que estoy aquí para reclamarla y darle la vida que se merece.

Finalmente, veo movimiento detrás de la puerta y la luz del pasillo se enciende. Su figura menuda se hace más grande mientras se acerca a la puerta.

—¿Zack? —jadea cuando abre la puerta. Su cabello está revuelto alrededor de su cara y sus mejillas están sonrojadas. Me estremezco al pensar en lo que hay debajo de su bata esponjosa. Cómo se sentirá pasar mis manos sobre esa piel suave. ¿Qué pasa? Pareces... fuera de ti.

—Perdón por interrumpir tu noche —me froto las manos nerviosamente—. No sabía a dónde más ir.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué está pasando?

—Sarah sabe sobre nosotros. Y la perra se lo dijo a toda mi familia, así que vine directo aquí desde casa de papá —hago una pausa, dejando que la mentira haga efecto—. Y con Dexter fuera...

—¿Nosotros? Zack, debes saber que no hay nosotros. Pensé que habíamos terminado. Después de lo que pasó la última vez que estuvimos juntos...

—Solo necesito un lugar donde quedarme esta noche. Mañana lo arreglaré todo, y finalmente podrás irte de este lugar. Podemos estar juntos —siento la desesperación en mi voz y la reprimo.

—Zack, yo... —su confusión la hace aún más adorable.

Pongo mis manos en sus hombros y acerco mi cara a la suya, pero se aleja antes de que pueda besarla.

—Mira, Zack, lo siento si te di la impresión equivocada. Pensé que había aclarado las cosas. ¡No he hablado contigo en semanas!

Ladeo la cabeza y le muestro mi expresión compungida que suelo reservar para los clientes. —Está bien sentir miedo, Millie. Has pasado por mucho. Y tienes tantas preguntas sin respuesta, pero te estoy ofreciendo una salida. Múdate conmigo y tomaremos esto a tu ritmo. Luego, cuando estés lista, podemos ponerle una etiqueta a nuestra relación. Sin presión.

—¡No, Zack! ¿Qué te pasa? —su tono es áspero. Me he mostrado demasiado agresivo, y se está alejando. Imagino que esto es mucho que asimilar.

Respiro hondo, tratando de alejar mi frustración y adoptar una actitud más suave. —Ya no tienes que tener miedo. Nunca te haré

daño. Millie, estoy enamorado de ti. ¿Me oyes? Te amo.

—¿Millie? —la voz profunda y ronca viene de arriba.

—Estaré ahí en un segundo —le responde, fulminándome con la mirada. Empuja la puerta y meto mi pie en la abertura para evitar que se cierre.

—¿Es Dexter? —le pregunto, manteniendo mi voz baja por si el bastardo está escuchando—. Millie, no dejes que te atrape de nuevo. Vete conmigo, ahora mismo. Puedo protegerte. No tienes que vivir así.

Extiende la mano a través de la puerta entreabierta y pasa el dorso de su mano por mi mejilla. La lástima en sus ojos enciende una tormenta dentro de mí. —Lo siento, Zack. Lo siento mucho. Tienes que irte. Y no vuelvas. Es por tu propio bien.

—No hagas esto. No vuelvas con él. Lo estabas haciendo tan bien.

—Estoy haciéndolo bien, Zack. Para tu información, ese no es Dexter arriba.

Siento como si la Tierra se hubiera abierto y me hubiera tragado entero. Millie ha seguido con su vida con alguien más. No conmigo.

—¿Quién está ahí arriba? —frunzo el ceño, abriendo más la puerta con el codo y entrando en el cálido recibidor.

Me aparta. —¡No te atrevas a subir! Con quién me acueste no tiene nada que ver contigo. Eras mi terapeuta, Zack. No mi novio. Y, de ahora en adelante, no eres nada para mí.

—Por favor, Millie —suplico. Pongo mis manos en sus mejillas, pero las aparta y toma mis manos en las suyas.

Su tono es suave, como si le hablara a un niño demasiado sensible. —Zack, lamento mucho si te di la impresión equivocada. Me estaba sanando y tú estabas ahí para mí. Tal vez cometí algunos errores de criterio y me involucré demasiado contigo, pero no pensé que tú serías quien lo llevaría tan lejos. Tú eras el que debía ser el profesional —suspira y suelta mis manos.

—Pero soy un profesional, Millie. Sé exactamente lo que es mejor para ti. Seríamos una pareja perfecta...

—Tienes que irte.

La voz del desconocido resuena de nuevo. —Mills, ¿todo bien ahí abajo?

—Millie... —susurro.

—Sí, está bien. Yo me encargo.

—Millie, por favor...

—Vete, Zack —dice entre dientes apretados, pero me niego a moverme—. ¡Vete!

—¡No puedes hacer esto! —alzo la voz ahora. Al carajo el hombre de arriba. Al carajo la puta que está frente a mí—. ¡No puedes simplemente alejarme!

—Ya verás —con una fuerza sorprendente, me empuja fuera de la puerta. Tropiezo con el umbral, golpeándome el coxis en el camino. El impacto recorre mi columna vertebral y grito de dolor.

Al mirar de nuevo hacia la casa, Millie ya no está.

Capítulo 25

Paso el resto de la noche conduciendo sin rumbo. Hirviendo de ira.

Millie no está pensando con claridad. Eso salta a la vista. Está tan frágil y rota por el abuso de Dexter que no es de extrañar que esté luchando desesperadamente por recomponerse. Solo necesito hacerla entrar en razón y atraerla de vuelta hacia mí.

Mi ira recae puramente en el hombre que está en su cama. El pensamiento de sus manos en su piel desnuda, respirando su aroma femenino, tomándola, profanándola. Dejo escapar un rugido, golpeo con fuerza las palmas contra el volante.

Todo se está saliendo de control. ¿Cómo he dejado que la posibilidad de ser feliz se me escape de las manos? Y lo más crucial, ¿cómo puedo darle la vuelta a esto y vivir la vida que merezco?

De vez en cuando, Sarah invade mis pensamientos. Su cuerpo hecho trizas yaciendo al pie de las escaleras. Su sangre salpicada en la pared, arruinando el papel pintado. Tan desastrosa en la muerte como en vida.

Necesito encargarme de su cuerpo antes de que Georgia regrese a casa. No puedo dejar que mi pequeña sea quien la descubra así. La destrozaría, y no se lo merece.

Cuando el sol apenas asoma en el horizonte, comienzo a recuperar la compostura. Millie es el premio mayor, así que por supuesto es un desafío conquistarla. Y estoy más que dispuesto a pelear por ella. Esto es solo un contratiempo menor, nada más.

Y tengo que enfocarme en lo positivo aquí. Sarah se ha ido, ya está resuelto. Todos pensarán que fue un accidente trágico causado por su alcoholismo y por ser torpe.

Ahora solo tengo que enterrar su cuerpo, y podré vivir feliz para siempre con Georgia. Y estaré listo con los brazos abiertos cuando Millie se sienta capaz de completar nuestra familia.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras me detengo frente a mi casa. Tengo un plan. Primero, solo tengo que limpiar el desastre en la casa y luego podré hacer borrón y cuenta nueva. No todo está perdido.

Deslizo mi llave en la cerradura, pero me sorprende que gire sin resistencia. La puerta está abierta.

La cerré, ¿verdad? Sí, recuerdo claramente haberlo hecho, como Sarah habría hecho cuando llegó a casa anoche. Antes de caer trágicamente por las escaleras en un estupor alcohólico.

Empujo la puerta con una lentitud ridícula, como si el cadáver de Sarah fuera a aparecer de repente para asustarme, castigándome por haberla empujado. No puedo quitarme la sensación nauseabunda mientras entro en la casa con aprensión. Mi mano se desliza por la pared mientras doblo la esquina hacia donde dejé a mi esposa desplomada en el pasillo.

No está ahí.

Su sangre permanece en la pared y una pequeña mancha roja se ha extendido por la alfombra.

Los eventos de anoche no son una alucinación. Me paso la mano por el cabello, sin aliento. ¿Qué le pasó?

—No, no, no —me murmuro a mí mismo, imaginando a Georgia llegando a casa para encontrar el cuerpo de su mamá. ¿Podría haberla cagado tan mal?

No son ni las seis de la mañana. No hay manera de que la hermana de Sarah hubiera traído a Georgia de vuelta tan temprano. Helen es ama de casa, dudo que haya visto jamás esa hora del día.

Además, seguramente si hubieran descubierto un cuerpo, habría más conmoción. Presencia policial.

¿Sobrevivió Sarah a la caída y se fue caminando? Me doy cuenta por primera vez de que en medio de mi locura, nunca le tomé el pulso. Escuché el crujido de un hueso rompiéndose, vi sangre, y asumí. Suponer es claramente la madre de todas las cagadas.

Incluso si Sarah sobrevivió, no hay manera de que pudiera haberse levantado y marchado. Estaba rota. Pero, para mi horror, aún capaz de decir la verdad sobre lo que realmente pasó anoche — cómo todo esto fue mi culpa.

—¡Maldición! —grito. El terror me impulsa a actuar, corro por la casa, gritando su nombre. Reviso los dormitorios para ver si se fue a descansar. Reviso la cocina, esperando verla sentada ahí, tomando una taza de té. O una copa de vino. Incluso reviso el jardín por si está tomando aire fresco.

No está aquí.

Camino de un lado a otro por la sala de estar, tratando de decidir mi próximo movimiento. Necesito pensar en un plan de juego que no me meta en problemas y para eso, necesito respuestas antes de que Georgia llegue a casa. No tengo idea de cuándo será eso, y el tiempo corre.

Lo mejor que puedo hacer es llamar a Helen y retrasar el regreso de Georgia para ganar tiempo y resolver la situación. Voy a sacar mi teléfono del bolsillo trasero, pero no está ahí. Corro de vuelta a mi auto para encontrarlo en el asiento del pasajero donde lo dejé, en modo silencioso. No le he dado ni un segundo de atención desde que Millie me destrozó el corazón.

Seis llamadas perdidas. Todas de Helen. Mierda.

La llamo de vuelta con las manos temblorosas, y contesta al primer timbre. —¡Zack!

—Helen, ¿qué ha pasado? —Estoy aterrorizado por mi pequeña y lo que pudo haber visto. Apenas puedo respirar mientras espero que Helen responda.

—¿Dónde carajo has estado? —Vaya, qué vulgar, igual que su hermana—. Me das asco, pedazo de mierda.

Ella sabe. Sabe que empujé a Sarah por las escaleras. Mi corazón deja de latir. Jugueteo con la idea de colgar y huir, pero solo abro la boca sin poder articular palabra, buscando cómo salir de este lío.

—¿Le fuiste infiel?

Y ahí está: mi salvoconducto. Helen no sabe lo que hice.

Ignoro su acusación. Esto no le incumbe. —Helen, ¿sabes dónde está Sarah?

Un sollozo se le atora en la garganta, sorprendiéndome. Helen es una de esas mujeres que nunca muestra debilidad. Desde que su papá las abandonó cuando eran pequeñas, y su madre consumida por el cáncer, Helen se encargó de cuidar a la familia. Era la protectora y nunca hubo espacio para nada más que fuerza y resistencia. Fuerte y admirable, sí; pero también insoportable.

—Está en el hospital. Zack, se cayó por las escaleras y se abrió el cráneo. La están operando ahora.

No me menciona. No hay reproche. Ni el más mínimo indicio de acusación. —¿Dónde está Georgia?

—Está aquí en el hospital. Traté de que regresara conmigo, pero no quería dejar a su mamá. No creo que debería estar aquí, por si recibimos malas noticias.

Cuelgo el teléfono y salgo disparado del garaje, mi pie pisando fuerte el acelerador.

#

Encuentro a Helen sentada al borde de una silla de plástico azul, como lista para salir corriendo.

—¿Dónde está? —pregunto.

Me mira con furia no disimulada. —Aún está en cirugía.

—Ella no. Georgia. ¿Dónde está?

Aprieta la mandíbula. —Hay una sala para niños a la vuelta de la esquina. Está ahí leyendo un libro.

—¿La dejaste sola? —Me giro para irme pero Helen se levanta, me detiene en seco.

—Por supuesto que no. Está con Daniel.

Daniel es su hijo de catorce años. A pesar de que Helen es un auténtico desastre, tengo que admitir que ha hecho bien con ese

chico. Es educado y tiene buenos modales, y confío en él completamente con Georgia. Los milagros existen.

—¿Estabas con tu amante anoche? —Helen me mira con desprecio —. Cuando tu esposa yacía muriendo, ¿estabas por ahí acostándote con tu capricho?

Hago una mueca. —No seas tan vulgar, Helen. Millie no es un capricho. Y no estaba con ella. ¿Cómo sabes de eso de todas formas?

—Georgia me lo dijo. Mientras lloraba desconsoladamente anoche. Estaba tan alterada y necesitaba su osito Hugsy, así que me ofrecí a llevarla a casa a buscarlo. Lo necesitaba para ayudarla a calmarse. Insistió en venir conmigo. —Helen se me acerca con actitud desafiante. Por un segundo, creo que me va a golpear—. Esa niña se merece mucho mejor que tú. La hiciste pasar por un estrés increíble y luego tuvo que enfrentar a su mamá así. Ha pasado por demasiado para su edad.

Mi peor pesadilla se ha hecho realidad. —¿Georgia la vio tirada ahí? ¿Vio a Sarah en ese estado?

Helen suspira y sacude la cabeza. Se sienta de nuevo, derrotada. —No —suspira—. Estaba preocupada de que ustedes dos estuvieran peleando, así que la dejé en el auto. No vio nada.

Me desplomo en la silla frente a la de Helen. Estoy fuera de peligro. Georgia no encontró a su mamá casi muerta. Y nadie sabe que soy responsable. Mi único miedo ahora es que Sarah despierte y revele la verdad.

Siempre hay algo que resolver. Estoy tan cansado. Apoyo la cabeza en las manos y cierro los ojos mientras Helen respira profundamente frente a mí.

—¿Papá? —La voz de Georgia flota hacia mí, tan suave y dulce. Está parada frente a mí, con los ojos muy abiertos de preocupación —. Va a estar bien, papá. Eso dijo el doctor. —Presiona sus manitas en mis mejillas y aprieta.

Tomo sus manos en las mías y beso su frente. Respiro su champú con aroma cítrico. —Lo sé, bebé. Estás bien. Todo va a estar bien.

Se acomoda en mi regazo, apoya la cabeza en mi pecho y se queda dormida al instante.

Todo va a estar bien.

Capítulo 26

El médico pronuncia las palabras que más temía: "Su esposa está despierta". Es como si hubiera estallado una bomba en mi cabeza. —Está en la Unidad de Cuidados Intermedios, donde recibe la mejor atención posible.

Es el momento de la verdad. ¿Sarah va a destruir mi vida?

Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras lo miro fijamente, tratando de adivinar lo que piensa. ¿Sarah ya le ha contado lo que hice? ¿Él ha llamado a la policía?

—¿Cómo está? —tartamudeo.

—Aturdida, pero es de esperarse después de lo que ha pasado. Su función cognitiva parece estar bien, pero solo el tiempo lo dirá.

Continúa hablando sobre el impacto de una hemorragia cerebral, pero mi mente está en otra parte. Maldita sea. He estado rezando para que su memoria quedara completamente en blanco. Si su función cognitiva está bien, entonces debe recordar todo. Estoy rezando por un maldito milagro.

Afortunadamente, Helen se llevó a Georgia y Daniel a su casa para que descansaran hace una hora. Georgia estaba tan cansada que le dolía el estómago, y pensé que era mejor que durmiera en una cama

de verdad, y no simplemente acurrucada en mis brazos. Ahora puedo llegar a Sarah antes que Georgia. Necesito dar la cara solo.

Me muerdo las uñas mientras entro a su habitación. Las cortinas están cerradas, proyectando franjas de luz sobre el rostro de Sarah. Se ve pálida y débil, como un cadáver. Tomo asiento junto a la cama y observo cómo mi esposa entra y sale de la consciencia, ajena a mi presencia. Tubos salen de su cráneo, drenando líquidos desde debajo de capas de vendas.

Hay un estruendo en la esquina de la habitación que me hace saltar. Me doy la vuelta y encuentro a una enfermera moviéndose de un lado a otro, colocando un monitor de presión arterial en un carrito y tomando notas en una pequeña tira de papel. En silencio, deseo que termine rápido y se vaya.

Sarah gime y estira la mano hacia el agua en la mesita de noche. La enfermera va a traérsela. —No hace falta. Puedo hacerlo yo —le digo. La enfermera me da una sonrisa comprensiva antes de salir de la habitación.

Tomo el vaso y lo coloco en las manos de Sarah, envolviendo sus dedos alrededor para ayudarla a sostenerlo. Acerco la pajita a sus labios, pero se atraganta en cuanto el agua toca su lengua. Extiendo la mano y le quito la bebida antes de que la derrame sobre las sábanas.

Nos sentamos en silencio. Aún no ha abierto los ojos, pero sé que sabe quién está a su lado. Puedo ver la tensión en su cuerpo. Mi mera presencia la pone nerviosa y eso no es una buena señal. Espero a que hable primero. Necesito saber qué tiene que decir antes de saltar con suposiciones.

—Zack —dice finalmente—. ¿Estás ahí? —Su voz es suave. Débil. El habitual fuego en su voz ha desaparecido y la esperanza coquetea conmigo.

—Estoy aquí.

Sus dedos se mueven débilmente en mi dirección. Tomo su mano en la mía.

—¿Puedo traerte algo? —le pregunto. No es la pregunta que quiero hacer, pero necesito ganar algo de tiempo. Necesito ser amable y seguir sus reglas.

—No —croá. Sus palabras tardan una eternidad en formarse en sus labios y mi impaciencia me está volviendo loco—. No pensé que vendrías.

—Por supuesto que vine. A pesar de todo, sigues siendo mi esposa. —Observo su rostro con atención, buscando señales de lo que recuerda.

Y ahí está: sus labios se aprietan como si estuviera decidiendo cómo expresar lo que tiene que decir a continuación. Mi pulso se acelera. Envío una oración silenciosa. Por favor, Dios, ponte de mi lado por una vez. No soy un hombre religioso, pero vale la pena intentarlo, es todo lo que me queda.

—Zack, lo que pasó anoche... —Lentamente lleva su mano libre a su pecho, el lugar donde la empujé—. Lamento haberle contado a tu familia sobre tu infidelidad. Fue indigno e injusto. Debería haber hablado contigo primero. Haberles ahorrado la vergüenza a todos.

Trato de hablar, pero no logro decir nada. ¿Qué está pasando aquí?

Continúa. —Seamos realistas, nuestro matrimonio siempre ha sido una farsa. No debería sorprenderme que busques en otra parte. Pero tus padres no merecían enterarse de esa manera. Especialmente en el cumpleaños de tu padre. Y en cuanto a la pobre Georgia...

¿Por qué está siendo tan amable? —Sarah, lamento mucho que te hayas enterado de esa manera.

Desestima mi disculpa con un gesto. —Todo esto —dice mientras señala su cabeza— me ha hecho entrar en razón. No podemos seguir haciéndonos esto el uno al otro. Necesitamos encontrar una forma de separarnos sin hacernos daño. La vida es demasiado corta. Eres un buen padre para Georgia, nunca te privaría de verla. No sería justo para ninguno de los dos.

Tengo ganas de saltar y soltar un grito de celebración. No todo está perdido. No tiene idea de lo que pasó anoche. De cómo estuve a punto de matarla y dejarla allí para que muriera. Sintiéndome más audaz, me aseguro. —Sarah, ¿qué pasó? ¿Cómo fue que te caíste?

La confusión cruza su rostro magullado; el gesto parece dolerle. —No lo sé —susurra, una lágrima rodando por su mejilla—. Recuerdo que el taxi dejó a Georgia en casa de Helen. Luego, cuando llegué,

abrí una botella de vino. Supongo que la terminé y tropecé bajando las escaleras, pero no logro recordarlo.

Alzo los ojos al cielo, agradeciendo a Dios por estar de mi lado al fin.

Sarah mira fijamente la pared frente a ella, llorando en silencio, y casi siento pena por ella. Tiene razón en una cosa: es hora de que terminemos nuestro matrimonio. Necesitamos discutir nuestro próximo paso como adultos, no como dos enemigos tratando de asestar el golpe final.

Estoy cansado de pelear. Y tengo que conservar mi energía para recuperar a Millie. Ahora puedo tener todo lo que quiero, solo necesito mantener a Sarah contenta. Por ahora, al menos.

Hay un golpe en la puerta, y mamá y papá entran, mamá sosteniendo un enorme ramo de crisantemos. —No estamos interrumpiendo nada, ¿verdad? —pregunta papá, mirando deliberadamente mi mano, aún entrelazada con la de Sarah. Me sonríe, radiante y complacido por el gesto afectuoso. Suelto la mano.

Papá está empeñado en la santidad del matrimonio. Si soy honesto conmigo mismo, por eso estoy en este lío. Siempre he querido complacer a papá, y él está tan obsesionado con que Sarah y yo estemos juntos que romper siempre se sintió como una opción imposible. ¿Cómo voy a decirle que acabamos de decidir separarnos?

Sarah se limpia la cara con el dorso de la mano y señala las sillas del otro lado de su cama. —Gracias por venir. ¿Cómo se enteraron de que estaba aquí?

—Esa hija tuya ha estado llamando a todos los que se le ocurren —se ríe mamá, aunque teñido de preocupación—. Contándoles sobre su valiente mamá que se lastimó la cabeza.

Sarah chasquea la lengua, pero sonríe ante el amor de nuestra hija por el chisme.

—Entonces, ¿cómo te sientes, querida? —pregunta mi papá. Toma las flores de mamá y las pone en la mesita de noche. Toma el asiento junto a mamá, acercándolo más a ella. Me pregunto cómo logró meter las flores aquí; estoy bastante seguro de que no están permitidas en la UCI.

—La verdad, he estado mejor —admite Sarah.

—¿En serio? ¡Pero te ves estupenda!

—Papá —empiezo—. No es momento para bromas.

Pero Sarah solo se ríe. —Siempre jugando la carta de la comedia, ¿no es así, Graham?

—¿Por qué crees que Theresa sigue conmigo? Difícilmente es por mi apariencia deslumbrante.

Mamá empuja a papá en el hombro, sus ojos rodando afectuosamente hacia atrás. Su amor me hace sentir incómodo. Es como si mientras más afectuosos son, más expuesto me siento. Es como si pusieran en evidencia la falta de amor entre Sarah y yo. Sé que Sarah también lo está sintiendo mientras se acomoda en su posición encorvada.

—Entonces, ¿qué te pasó, pobrecita? —pregunta mamá, trayéndome de vuelta bruscamente a la conversación.

Sarah traga saliva y se voltea. —Me caí por las escaleras. Supongo que había bebido demasiado y tropecé. —Sus mejillas se sonrojan a través de los moretones.

Mamá expresa compasión, pero papá no reacciona. Simplemente asiente y me mira. —¿Y dónde estabas tú?

—Dando vueltas en el coche —me encojo de hombros—. Solo necesitaba tiempo a solas. Anoche fue un poco difícil. Para todos nosotros.

—Ahí tienes razón —dice papá, palmeando el brazo de Sarah—. Mientras estés recuperándote, querida.

—Oh, sí —asiente Sarah—. Tengo una fractura de cráneo, pero me la han reparado y me han dado medicamentos para el dolor de cabeza. El médico dijo que tomará algunos meses recuperarme completamente, y existe la posibilidad de que tenga dolores de cabeza por mucho más tiempo, pero estoy viva. Eso es lo principal.

—Eres sólida como una roca. Nada puede derribarte —se ríe papá —. Bien, necesito una taza de café. Zack, ¿vendrás a mostrarme dónde está la máquina, por favor?

—Claro —digo, aunque estoy seguro de que papá vio la máquina al entrar aquí. No puedes perdértela—. ¿Podemos traerte algo? —le pregunto a mamá.

Ella asiente. —Té, por favor.

Sarah dice: —No, gracias. —A pesar de que nunca le preguntaron.

Papá me guía por el pasillo, directo a la máquina de café junto a la entrada de la sala. —Lo que vi ahí adentro... cuando entramos... —comienza, pero levanto las manos para interrumpirlo.

—Papá, sé cómo se veía, pero tengo que ser directo contigo. —Tengo que ser valiente y decir la verdad. Las mentiras se están acumulando y necesito sacar algunas de mí para aliviar la presión.

Papá toca la máquina con su tarjeta bancaria y la máquina cobra vida, presentándole una taza. Líquido marrón se vierte en el plástico. Por primera vez noto lo encorvado que está. —Sarah y yo hemos decidido separarnos.

Agarra la taza y se la lleva al pecho. Apretándola demasiado fuerte, el café caliente se derrama sobre su mano y gotea al suelo. No parece darse cuenta. —No. Eso no va a pasar. —Su voz es un murmullo ronco que apenas puedo escuchar. Se niega a mirarme a los ojos.

Se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo. Nunca antes me había enfrentado a mi papá. Pero no puedo seguir así. Nadie es feliz. Al menos si nos separamos, hay una posibilidad de que podamos encontrar la felicidad por separado.

—Lo siento, papá. Esto es lo mejor para todos nosotros. Sarah está de acuerdo.

—¡Sarah no sabe de lo que está hablando! ¿Has visto el estado en que está? ¡Te diría que el cielo es verde ahora mismo! No está en condiciones de tomar una decisión tan importante.

—Precisamente eso. Creo que lo decidimos hace mucho tiempo. Simplemente no tuvimos el valor de admitírnoslo el uno al otro.

—¡Eso es una tontería! —grita papá, llamando la atención del guardia de seguridad que está junto al puesto de enfermeras.

—¿Está todo bien aquí? —pregunta, acercándose. Es centímetros más bajo que mi papá y mucho menos corpulento en comparación. Buena suerte al tipo, no tiene oportunidad.

—Todo está bien, amigo. Solo un pequeño desacuerdo con mi hijo. Estoy seguro de que entiendes. —Papá le sonríe, su carisma brillando. El guardia de seguridad se ve inseguro pero asiente de

todos modos y se aleja, echándonos un vistazo por encima del hombro.

—Le diré a tu esposa que tuviste que irte —me dice papá con una mirada de odio—. No soporto estar cerca de ti en este momento. — Se aleja de vuelta a la habitación de Sarah.

Capítulo 27

—¿Cómo que me han revocado la membresía? —Sé que alzar la voz es mala idea. No quiero llamar la atención sobre mí, pero la vergüenza de que mi tarjeta no funcione me ha molestado.

—Lo siento, señor, pero aquí dice que ya no es miembro del gimnasio. ¿No fue a petición suya?

—¿A ti te parece que sí, joder? —le espeto a la mujer rubia tras el mostrador.

—¿Le gustaría hablar con la gerencia?

—¡Sí!

La joven recepcionista toma el teléfono y habla en voz baja por el auricular mientras yo vigilo el área del gimnasio por si Millie sale.

Como Millie se niega a contestar mis llamadas y quedarme sentado fuera de su casa es demasiado obvio, he empezado a pasar tiempo en el gimnasio para verla. Ocultándome a plena vista. Es una misión de vigilancia cada vez y me genera una tonelada de estrés en los hombros por si me pillan, pero verla vale la pena. Solo necesito saber que está bien. Y necesito verla, o perderé la cabeza.

—Darren llegará en un minuto. —La recepcionista no me mira a los ojos e inmediatamente se da la vuelta para ocuparse con algo en su pantalla. Tiene las mejillas sonrojadas.

Como prometió, Darren aparece desde las escaleras detrás de mí momentos después. —Señor Briens —grita, extendiendo una mano para estrechar la mía. La ignoro y la deja caer de nuevo con una mueca en el ojo. Bien. Debería estar molesto. Esta no es manera de tratar a un cliente que paga.

—No es señor, es doctor Briens. ¿Por qué no puedo entrar? —exijo.

—¿Le gustaría ir a algún lugar más privado? Este es un asunto bastante delicado.

—No, solo quiero terminar con esto lo más rápido posible. Déjeme entrar de una vez. Esto es absurdo.

—No puedo hacer eso, Doctor Briens. Me temo que hemos tenido varias preocupaciones planteadas sobre su comportamiento y creemos que lo mejor para el gimnasio es revocar sus privilegios.

Me río con desdén. —Deben haberme confundido con otra persona. No he hecho nada malo.

Ladea la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados. Sus hombros son increíblemente anchos, y sus manos son del tamaño de platos. —Ya hemos confirmado las acusaciones en las cámaras de seguridad, Doctor Briens. Si prefiere que involucremos a la policía...

—¿De qué exactamente se me acusa aquí? No he roto ninguna regla. —Insisto, pero empiezo a sentir un cambio de nervios. No hay manera de que pueda saber. Siempre soy muy cuidadoso.

—Su comportamiento ha sido inapropiado, Doctor Briens. Varios miembros han señalado que no viene aquí a ejercitarse.

No puedo negarlo. Ni una sola vez he pisado una cinta de correr, y no he levantado ni una sola pesa. —Quizá solo vengo aquí para despejar la mente. Eso se puede, ¿no?

—Sí, supongo que sí. Pero elegir sentarse en el estudio de baile para mirar a las mujeres ejercitarse ha hecho que varias personas se sientan incómodas. Creemos que lo mejor para el gimnasio es cancelar su membresía.

No lo sabe. Puedo pelear esto. —Vaya mierda. ¿Cómo sabes que estoy mirando a las mujeres? Solo estoy buscando algo de paz y tranquilidad en los estudios. Encuentro motivador mirar el gimnasio, eso es todo.

Su labio se curva con disgusto. —Tenemos grabaciones de usted dándose placer, Doctor Briens.

Quiero que el mundo me trague entero. Revisé las cámaras. Las revisé, maldita sea.

Como si leyera mis pensamientos, Darren dice: —Nuestras cámaras están estratégicamente ubicadas porque la gente tiende a robar equipo. Ahora, he tratado de ser amable, pero no se lo diré otra vez, está prohibido en este gimnasio y le sugiero que se vaya ahora o llamaré a la policía. Estoy seguro de que estarían muy interesados en ver las grabaciones.

Me quedo paralizado, incapaz de entender lo que está pasando. ¿Cómo he caído a niveles tan bajos? No soy estúpido; sé lo afortunado que soy de que Darren no haya involucrado ya a la policía. En un intento de mantener mi dignidad, levanto la barbilla un poco más alto mientras marcho fuera del gimnasio, mis mejillas ardiendo de vergüenza. Y mis ojos brillando con lágrimas al pensar en perder todo acceso a Millie.

La lluvia está helada, goteando de mi nariz y arruinando mis zapatos de ante. Millie no puede tardar mucho más. Me quedo atrás en las sombras alrededor del costado del gimnasio, no queriendo sentir la humillación de que alguien me reconozca como el pervertido que merodea arriba. Los faros pasan, cegándome temporalmente y parpadeo para quitar mi visión borrosa.

—¿Zack? —La voz de Millie flota como si viniera de los cielos. —¿Qué haces aquí?

—Necesitamos hablar. —Está temblando. Necesito que entre en calor antes de que se muera de frío. —Acompáñame.

Da un paso atrás y sacude la cabeza. —No tengo nada más que decirte. Deberías irte.

—Por favor, Millie. Solo por un par de minutos.

—He terminado contigo, Zack.

—¡Por favor! —Un sollozo se me atora en la garganta, convirtiendo mi petición en una súplica.

Se detiene, mirándome con curiosidad. —Zack, necesitas escucharme. Soy mala para ti. Estoy haciendo esto por tu propio bien.

—Te equivocas, Millie. Confía en mí en esto. Puedo darte todo. No puedes ser mala para mí si estoy dispuesto a darte cada pequeño pedazo de mí.

Un escalofrío la hace sacudirse violentamente y mira alrededor del estacionamiento. —Bien. Tienes cinco minutos, pero no prometo nada.

Le sonrío y me quito la chaqueta, envolviéndola alrededor de sus hombros desnudos antes de llevarla a mi coche. Tan pronto como subimos al coche, Millie dirige su atención a subir la calefacción. Está confiada en mi espacio, me gusta eso. Uso su distracción para empezar a salir marcha atrás del espacio de estacionamiento.

—¿Adónde vas? —pregunta, sentándose erguida.

—Solo quiero hablar contigo, eso es todo.

—Podemos hablar en el estacionamiento. Para ahora, Zack.

—Pararé cuando me escuches. Por favor, solo escúchame, Millie.

Miro a mi izquierda y veo a Millie mirándome con puro odio. —Adelante entonces. Tienes cinco minutos antes de que saque la cabeza por esta ventana y grite.

Conduzco sin rumbo, tratando de pensar en la mejor manera de hacerla entrar en razón. Con Sarah fuera del camino en el hospital, esta es mi oportunidad de tomar todo lo que quiero. Una vez que convenza a Millie de que soy el indicado para ella, puedo tomar a mis niñas y huir. Entonces, cuando empiecen los procedimientos de divorcio, no hay juez en el país que le dé la custodia de un niño a una mujer que se emborracha tanto que ni siquiera puede navegar las escaleras. Puedo conseguir mi final feliz.

Millie toma la iniciativa. —Zack, lo que presenciaste antes. Yo y ese tipo. Solo para que sepas, esa no era yo. Estaba actuando mal. Normalmente no tengo tipos al azar en mi cama. Mientras más tiempo ha estado Dexter fuera, más segura me siento de que nunca va a volver. Y supongo que solo estoy actuando mal. —Se encoge de hombros.

La ira corre por mí al mencionar nuestro último encuentro. —No importa —miento, ansioso por dejar eso atrás. Necesitamos mirar hacia adelante y enfocarnos en nuestra relación. Además, tiene derecho a cometer errores como todos los demás, especialmente

porque está dolida por su novio abusivo que la dejó en circunstancias tan extrañas. No es de extrañar que su comportamiento esté tan fuera de lugar.

—Aunque debo admitir, me alegra escuchar que era algún "tipo al azar". —Fuerzo una sonrisa, pero ella se eriza. —Millie, tienes que entender lo que tengo que decir. —Pongo mi mano en su muslo, pero ella aleja la pierna bruscamente. —Esto va a sonar loco, pero sé, sin la sombra de una duda, que fui hecho para ti. Estamos hechos el uno para el otro. Estoy enamorado de ti, Millie.

Solo mira por la ventana con expresión aburrida.

—Dame una oportunidad y puedo hacerte tan feliz.

Suspirando, dice: —Zack, estás casado. Todo esto es solo una fantasía retorcida.

—¡Justamente eso, ya no estoy casado!

—Oh, Zack. ¿Qué has hecho? —Se pasa las manos por la cara.

—Sarah y yo hemos decidido separarnos. Ella seguirá viviendo en casa, pero ya no estamos juntos. —Espero la sonrisa que sé que brotará en su cara con mis buenas noticias. Pero no llega. —¿Millie? ¿Me escuchaste? Soy libre, podemos estar juntos ahora.

—Necesitas llevarme de vuelta a mi coche ahora —dice, su voz lo suficientemente áspera como para hacerme mirarla. —Se acabó el tiempo.

—No, necesitamos arreglar esto —le digo.

—Llévame de vuelta ahora.

No digo nada. ¿Por qué está actuando así? ¿Dexter la jodió tan mal que no sabe cómo ser feliz?

—Sé que esto es mucho que digerir, pero Millie, ¡piénsalo! ¡Piensa en lo que esto significa! —No me molesto en dar la vuelta al coche como me pidió. Sé que puedo hacerla entrar en razón.

—Llévame de vuelta, Zack. —Para mi consternación, suena furiosa. ¡Se suponía que dejar a Sarah fueran buenas noticias!

—Solo cuando aceptes pensar en lo que puedo ofrecerte. Puedo darte amor incondicional, una casa enorme, dinero, seguridad. Lo que quieras.

—Pero no puedes darme lo que quiero. No lo tienes.

—Dime qué es y es tuyo. Déjame mostrarte.

—Llévame de vuelta. Esta conversación se acabó.

—¡No! No, no se acabó. No te voy a llevar de vuelta a ese gimnasio ridículo. También deberías mantenerte alejada de ahí. —Mi pie automáticamente presiona más fuerte el acelerador y el coche se lanza hacia adelante. —Echan a la gente buena sin una buena razón —murmuro entre dientes, furioso por la injusticia de ser prohibido.

Se gira para mirarme con ojos entrecerrados y mandíbula tensa. —Nooo... ¿Eres tú el tipo?

—¿Qué tipo? —Mi estómago se revuelve nerviosamente, anticipando lo que va a decir.

—El enfermo que pillaron haciéndose una paja en el estudio de baile.

—¡¿Qué?! Claro que no. —Pero no puedo detener el ardor que sube desde mi cuello hasta la parte superior de mi frente, mi vergüenza visible para que Millie vea la verdad.

—¿Por qué te masturbaste en el gimnasio?

No dignificaré esa pregunta grosera con una respuesta. Nos hemos desviado del tema.

—Por favor no me digas que fue por mí. ¿Te estabas haciendo una paja pensando en mí? —Suena disgustada. Como si mis acciones en el gimnasio no fueran el cumplido definitivo.

Trato un enfoque pícaro. —Bueno, ¿qué puedo decir? Eres una chica atractiva.

—¡Llévame de vuelta. ¡Ahora!

—¡No! —Pierdo los estribos y mi pie presiona más fuerte el acelerador. Estamos pasando volando tiendas y casas, las luces difuminándose alrededor del vehículo.

—¿Quién carajo eres tú? Estás enfermo, Zack. —Pone una mano en la manija de la puerta y activo los seguros en caso de que decida saltar del coche en movimiento.

—Dios mío. Tú mataste a Dexter. ¿Verdad? Dudé de ti en ese momento, pero parecías tan agradable, tan genuino, y te di el beneficio de la duda. ¡Pero eres un hijo de puta enfermo y lo mataste!

—Otra vez con esto. No le hice nada.

—Oh, por favor. Estás mal de la cabeza, Zack.

—No —susurro, incapaz de comprender el giro de los eventos. Se suponía que esta fuera una conversación feliz. Que cambiara la vida.

Millie mira alrededor frenéticamente, su cabeza moviéndose salvajemente de lado a lado. No tengo idea de dónde estamos.

—Por favor, llévame de vuelta a mi coche —suplica ahora, al borde de las lágrimas—. Por favor, Zack, si me amas como dices, hazlo. Tengo miedo. —Su voz baja a un gemido infantil y mi corazón se parte en dos.

Me giro para mirarla y veo que su piel está tan blanca como la luna sobre nosotros. Las lágrimas brillan en su piel. Me siento horrible. Soltando mi pie del acelerador, dejo que el coche vuelva al límite de velocidad.

—Lo siento mucho, Millie. No quería asustarte. Solo quería que me vieras tal como soy. —No puedo detener mis lágrimas. Nunca he perdido el control así antes y la liberación es tan catártica como horrible. —Solo soy un hombre desesperadamente enamorado.

No dice nada. Solo se sienta jadeando junto a mí; mi respiración está tan entrecortada como la suya. Esto no va a funcionar así. Necesito abordar esto de nuevo cuando ambos estemos en un estado mental más calmado.

Doy la vuelta al coche.

Capítulo 28

—Adiós, señorita Pérez. Por favor, no deje de informarme sobre cómo va el juicio. Tengo plena confianza en el sistema de justicia.

La dulce señorita Pérez se despide y sale de mi oficina. Suspiro aliviado. Manejar la oficina solo estas últimas dos semanas no ha sido tarea fácil.

Con la cabeza constantemente dándome vueltas, anhelo un poco de normalidad, pero no puedo conseguirla. No importa cuánto me esfuerce, solo puedo darles a mis clientes el cincuenta por ciento de lo que se merecen, y eso no es suficiente. No debería estar aquí. Sé que no debería, pero con todo colapsando a mi alrededor, no puedo permitir que mi negocio también se derrumbe.

Dado que Chelsea le contó a Sarah sobre mi beso con Millie, ambos pensamos que era mejor que Chelsea se tomara un tiempo fuera de la oficina para que los dos pudiéramos calmarnos. Con todo lo que está pasando con Millie, no estaba listo para afrontar el tema de Chelsea. Todo se siente demasiado abrumador ahora mismo.

Chelsea regresa el lunes, así que lo enfrentaré entonces. Por ahora, solo necesito concentrarme en mantenerlo todo junto. Especialmente con Sarah volviendo a casa del hospital hoy.

Echo un vistazo al reloj. Las cuatro en punto. La señorita Pérez fue mi última cliente del día, así que tomo asiento en el escritorio de Chelsea y abro el correo de Chelsea. No quiero ir a casa a ver a Sarah y hay más de cincuenta correos sin leer, así que decido abordarlos todos esta noche y espero que Sarah ya esté acostada antes de que yo vuelva. Helen se está quedando con nosotros unos días, así que sé que Sarah y Georgia estarán bien cuidadas.

A pesar de todo, Sarah se ha portado increíble estas últimas semanas. Es como si su caída hubiera sido la llamada de atención que necesitaba. Ha estado positiva, razonable y práctica para hacer que nuestra separación funcione. A partir de hoy, Sarah se ha dado un mes para encontrar un lugar donde vivir cerca para que Georgia pueda pasar tiempo con los dos. Me pidió si Georgia puede seguir viviendo conmigo hasta que Sarah se haya establecido en su nuevo hogar y conseguido trabajo. Entonces podremos arreglar algo más conjunto. Por fin todo en casa está tomando forma.

El ascensor suena y gimo para mis adentros. Estoy demasiado cansado para enfrentar una sesión de terapia no programada ahora mismo.

—¿Chelsea? —Estoy atónito de verla acercarse decidida hacia mí con una sonrisa en la cara. Lleva tacones tan altos que me preocupo por el estado de sus tobillos. Lleva lo que ella llama un traje ejecutivo y sus labios están pintados de rojo brillante, lo que me dice que viene a hacer negocios. Inmediatamente me siento incómodo.

—Dr. Briens —dice, tomando asiento frente a mí. Es extraño verla sentada del otro lado de su escritorio. Todo está patas arriba.

—¿Cómo estás? No esperaba verte hasta el lunes...

—Solo pensé que deberíamos hablar antes de que regrese al trabajo. Gracias por darme el tiempo libre, por cierto.

Resto importancia a su gratitud. —Pensé que era lo mejor. No quiero perderte y quería hacer algo bueno por ti. A pesar de lo que hiciste.

Juro que si se dejara caer un alfiler al otro lado de la habitación, lo oirías. La sonrisa de Chelsea se desvanece y es reemplazada por una mirada de disgusto. —¿A pesar de lo que yo hice? —Suena incrédula. No sé qué está pasando. Chelsea debe saber exactamente

de qué estoy hablando. Sus chismes causaron una pelea tan grande que casi mato a mi esposa. Todo eso es culpa de ella.

—Ambos sabemos que le contaste a mi esposa, Chelsea. Sobre mi indiscreción.

—No, no, no. No permitiré que me culpes por tus líos. O debería decir, tus líos.

¿De qué carajo está hablando ahora? ¿No sabe que no me queda paciencia para mujeres resentidas? —Creo que deberías irte de aquí antes de que ambos digamos algo de lo que nos arrepintamos.

En cambio, solo sonríe. Una sonrisa que sabe mucho más de lo que aparenta. De repente, me siento extrañamente expuesto. —Ambos sabemos que tienes cierta debilidad por Emily O'Neale, ¿verdad? La imagen de ustedes dos prácticamente follando está grabada en mi retina.

—¡Ya basta! —grito, golpeando el ratón que estaba apretando contra su escritorio.

—Pero ella no es la única, ¿verdad? ¿Qué tal Katie Bloxham, Sunita Sharma y Cassandra Burke?

Me deja sin aliento, abriendo heridas que apenas han cicatrizado. —No sé de qué estás hablando —digo.

—No me trates como si fuera una tonta. Antes de que empezara aquí, tu antigua recepcionista se puso en contacto conmigo para advertirme sobre ti. Sobre cómo te gusta aprovecharte de las clientes. Dijo que le pagaste para que guardara silencio.

—Como si yo fuera capaz de hacer algo semejante.

—Eso es exactamente lo que pensé. Parecías tan bueno. Tan dulce. Supuse que tu antigua recepcionista simplemente te tenía manía o algo así, así que tomé el trabajo y todo parecía estar bien. Pero luego, después de todo el asunto de Millie, estaba súper cabreada contigo, así que rebusqué un poco en tu oficina. Dime, ¿por qué guardas un tanga en tu oficina, Zack?

Se me revuelve el estómago. ¿Cómo se atreve a revisar mis cosas?

—¿Y qué hay del resto de tu pequeño escondite? Tus trofeos. Ropa interior, lápiz labial, un espejo con joyas. Dudo mucho que fueran tuyos. ¿Tengo razón?

No. Esto no puede estar pasando. Mis ojos parpadean hacia la puerta de mi oficina que está abierta, burlándose de mí con los secretos que no logró guardar.

Chelsea se ríe. —Tus pequeños trofeos ya no están ahí.

Me siento enfermo. No estoy listo para desprenderme de los objetos de las mujeres que amé. —¿Dónde los pusiste?

—En un lugar seguro. Y pretendo mantenerlo así.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Mi miedo es abrumador. Quiero correr, gritar, hacerme un ovillo y ponerme a llorar, todo al mismo tiempo.

—Eso depende de ti —dice Chelsea.

La miro. Chelsea siempre ha sido la imagen del profesionalismo, por eso la contraté. La admiro por eso. Y ahora no es la excepción. Está sentada muy erguida, su postura perfecta. Sus ojos no se apartan de los míos, ni por un segundo.

—Como sabes, me voy a casar. Y, dado que me debes por mantener tu reputación intacta, creo que deberías pagar la boda.

No puedo evitar soltar una carcajada. Por cómo Chelsea ha estado hablando últimamente de su día perfecto, su boda costará más de veinte mil libras. —No, no puedo hacer eso.

—¿Estás seguro, Zack?

De repente envalentonado por la demanda ridícula de Chelsea, digo: —Chelsea, la ropa interior no significa nada. Podría ser de cualquiera. Es hora de que termines con esta farsa.

—Oh, por favor. Debe estar cubierta de ADN. Encontré cabellos, Zack. Cabello humano de verdad.

Mierda. Olvidé que robé el cepillo de Sunita.

Mierda, mierda, mierda.

Chelsea me da una nota adhesiva. —Aquí tienes los datos de mi cuenta bancaria. Tienes hasta el lunes.

Capítulo 29

La casa está en silencio cuando entro furioso.

¿Cómo se atreve Chelsea a chantajearme después de todo lo que he hecho por ella? Le di un trabajo cuando tenía una experiencia laboral pésima y unas cualificaciones horribles. Vi algo en ella y la convertí en una empleada fantástica. Pagué para que fuera a cursos, le enseñé excelentes habilidades organizacionales y la recompensé generosamente. ¡Y ahora me está haciendo esto!

¡Cómo se atreve!

Abro la nevera y saco la botella de vino abierta. Mientras me sirvo una copa, estoy atento por si Georgia baja las escaleras. No quiero que me vea tomármela de un trago. No quiero que piense que soy tan malo como su madre. No hay sonido alguno, así que me la bebo de un trago.

Después de poner la copa en el lavavajillas, subo las escaleras para ver cómo está Georgia. Tenía que entregar un proyecto en la escuela hoy y quiero saber cómo le fue. Pero su habitación está vacía. Su cama está deshecha y los juguetes están esparcidos por el suelo. Todo parece normal. Entonces, ¿dónde está?

Echo un vistazo rápido en la habitación de Sarah, pero tampoco está allí. ¿Quizás Helen se las llevó a su casa?

Voy a llamar a Sarah, pero mientras toco la pantalla, algo me llama la atención. La puerta del armario de Sarah está entreabierta. Solo unos centímetros. Algo no se siente bien aquí.

Me adentro más en su habitación y abro la puerta del armario. Todas las perchas están vacías y se balancean burlonamente. Corro hacia sus cajones, que también están vacíos.

Regreso corriendo a la habitación de Georgia, con el pánico corriendo por mis venas. Reviso sus armarios y cajones también: nada.

—¡Joder! —grito, bajando corriendo las escaleras hacia el salón. Con todo lo que me ha pasado últimamente, solo puedo pensar lo peor.

Abro el armario debajo del televisor y saco la caja que contiene nuestros pasaportes. Solo el mío está en la caja, mi foto mirándome. Tengo un semblante sombrío, como si siempre hubiera sabido que todo se iría al traste algún día.

Las lágrimas brotan en mis ojos, una mezcla de furia y dolor. Se ha ido. Georgia no puede haberse ido. Un rugido erupciona desde mi núcleo. Esto no está pasando. ¡Esto no puede estar pasando!

Marcho hacia la cocina, ajeno a mi entorno. Me golpeo el codo contra el marco de la puerta al pasar, pero ignoro el dolor intenso en el codo.

Trato de llamar a Sarah, pero la voz robótica me dice: Este número ya no está disponible.

Helen tampoco contesta mi llamada y en un arrebato de rabia, lanzo el teléfono por la habitación. Choca contra el fregadero y cae con un crujido en el agua turbia.

—¡No! —jadeo. Ese teléfono tiene todos mis contactos. Estoy indefenso si está muerto.

Debería haber sabido que todo iba demasiado bien con Sarah. Solo hay una razón por la que mentiría así. Solo una razón por la que me haría esto: conoce la verdad. Sabe que la empujé por las escaleras.

La perra me la jugó.

Lo que significa que no puedo ir a la policía. No hay nada que pueda hacer para recuperar a mi niña.

Una sensación ardiente pulsa por mi garganta y vomito en el fregadero. Encima de mi teléfono. Perfecto, otro problema más. Lo recojo y lo limpio con un paño de cocina cercano. Huele fatal, pero lo meto en el bolsillo trasero.

Sin saber qué hacer a continuación, tomo las llaves de mi coche y salgo rápidamente hacia él.

Capítulo 30

Sin saber qué hacer, le doy un trago a la botella que compré en la licorería. El ardor del whisky en la garganta se siente satisfactorio. Es lo único que se siente real ahora mismo.

Conduzco sin rumbo, así que me quedo atónito cuando me detengo frente a la casa de Millie. Es como si Millie fuera un imán. Un maldito imán enorme. Parece que mi humor no mejora mientras más bebo. Sin embargo, me siento más tranquilo.

Millie no está. Su coche no está en la entrada. Me la imagino comprando lencería sexy nueva para su nuevo amante y tengo que poner la música del coche a todo volumen para distraerme del dolor en el pecho.

Esperaré. La lluvia azota el parabrisas, el sonido compitiendo con Jon Bon Jovi cantando una balada cursi. Sigo bebiendo el whisky a sorbos y vuelvo a llamar a Sarah: nada. El número de Helen da el mismo resultado. No sé qué más hacer y el mundo está girando, dándome náuseas.

Siento que voy a explotar. Cada uno de mis músculos está tenso y me duele. Me muevo en el asiento y presiono las manos contra el techo para aliviar los nudos en la espalda. Todo esto es una broma

absoluta. Una pesadilla. Soy de los buenos, no me merezco nada de esto.

Cierro los ojos con fuerza y dejo que mi mente regrese al dulce rostro de Georgia.

No puedo perderla.

Aunque no sea biológicamente mía.

Las palabras de mi abogado resuenan alto y claro entre mis oídos:

—Pero el hecho sigue siendo, Dr. Briens, que su nombre no figura en el certificado de nacimiento. Sé que ha criado a su hija desde que nació y no digo que sea imposible obtener la custodia total, pero ningún juez del país estará de su lado mientras Sarah sea una madre presente y capaz. Está luchando cuesta arriba con las piernas rotas. Si le soy honesto, yo no movería el barco. No hay nada que impida que Sarah desafíe sus derechos de acceso a la niña y le prometo que perderá esa batalla. Podría perder a su hija.

—¡Pero es una borracha! —grité, perdiendo los estribos.

—¿Tiene alguna prueba de eso? ¿Algún informe médico? ¿Algún testimonio?

Pensé que tenía testimonios. He estado metiéndoles en la cabeza a mi familia el alcoholismo de Sarah durante años. Sí, exageré, pero necesitaba su ayuda. Necesitaba que me ayudaran a probar que Sarah es una madre incompetente.

Pero nadie me creyó. Nadie vio lo que yo vi.

La infidelidad de Sarah era vergonzosamente obvia. Las fechas no cuadraban. No había forma de que Georgia fuera mía.

Me fui. Por supuesto que lo hice… Soy un hombre de honor. Pero cuando aparecí en la casa de mis padres con mi maleta, papá me rechazó.

Me dijo que fuera un hombre y me quedara con mi esposa. Para bien o para mal. Y a cambio, tendría una hija a quien amar.

Así que regresé con el rabo entre las piernas y lleno de odio en el corazón. Me quedé con Sarah durante el embarazo, llevándola a las consultas y sentándome afuera en el coche. Esperando ansiosamente afuera mientras ella gritaba durante el parto.

Mientras apoyaba a Sarah, papá me apoyaba a mí. Juntos encontramos una ubicación para mi consulta; me ayudó a llenar los

trámites de licencia; incluso pagó todos los gastos para ayudarme a empezar.

Sabía lo que estaba haciendo. Me estaba mostrando cómo se veía un buen padre, para que yo pudiera ser igual.

Y funcionó. En el segundo que tuve a Georgia en mis brazos, supe que la amaría para siempre.

Sarah y yo nunca hablamos sobre el padre biológico de Georgia. No quería saber y sabía que si mirábamos al toro furioso a los ojos, todo habría terminado. Las heridas se abrirían tan profundas que no habría vuelta atrás.

Los años pasaron y vivimos en ignorancia no tan dichosa. Hasta la noche que empujé a Sarah por las escaleras abajo.

Esa zorra se lo merecía.

Entonces, pensé que lo había entendido todo. Al empujar a Sarah por las escaleras abajo, abrí los ojos a las posibilidades. Me mostró de qué era capaz.

Esa fue mi prueba. Cuando Sarah despertó, lo vi como una segunda oportunidad. Terminaría este desastre como corresponde. Cortaría los lazos con mi esposa de una vez por todas, luego viviría feliz para siempre con las dos chicas que amo.

Se suponía que este sería mi final feliz.

Intento contener las ganas de llorar y mi visión se tambalea. Me río entre dientes. La ironía no se me escapa. Sarah arruina mi vida y ¿qué hago? Me convierto en ella. Bebo para adormecer mi dolor. Ahora casi entiendo por qué lo hacía.

Capítulo 31

Pasan otros quince minutos y justo cuando estoy pensando en ir a la tienda de licores más cercana a por más, el coche de Millie dobla la esquina rugiendo. Me ve sentado en mi coche al entrar en su garaje y frunce el ceño.

Me tambaleo hacia ella, sin preocuparme por cerrar la puerta de mi coche. —¿No te dije que me dejaras en paz? —me grita a través de la lluvia. Me mira bien y ladea la cabeza—. ¿Estás borracho? Jesucristo, Zack, estás como una cuba.

—No estoy borracho —respondo, pero hasta yo puedo oír el titubeo en mi voz—. Bueno, quizá estoy un poco achispado.

Se queja y levanta las manos en señal de derrota. —Por el amor de Dios, Zack. Vete a casa y ponte en orden. Si sigues acosándome, tendré que llamar a la policía.

—No harías eso. Soy tu terapeuta.— Escupo la última palabra. Incluso yo sé lo ridículo que suena. He sido un terapeuta realmente terrible para Millie.

—¿No lo haría? Estoy bastante segura de que les interesaría saber lo que le hiciste a Dexter.

Gimo. —¿Otra vez con esto? Pensé que ya habíamos acabado con esto. No le hice nada a tu patético novio.— Al insultar, escupo sin

querer y la saliva cae en el brazo de Millie. Ella la limpia con asco.

—Por favor, solo vete. —Millie se da la vuelta y camina hacia su casa. Busca a tientas sus llaves, lo que me da la oportunidad de alcanzarla.

—Solo necesito hablar con alguien. Necesito hablar contigo. He estado ahí para ti, por lo menos podrías hacer eso por mí.

—¡Es tu puto trabajo, Zack! ¡Te pagué! No actúes como si me hicieras un favor.

Empuja la puerta y corre adentro, pero soy más rápido y me cuelo detrás de ella. —Zack, no. Sal de aquí.

—No hasta que hablemos —le digo. Extiendo la mano para tocar su piel suave, pero ella me aparta la mano de un manotazo. He perdido a mi hija. Tampoco perderé a Millie. Con Millie a mi lado, sé que puedo recuperar mi vida. No me iré de aquí hasta recuperarla.

—Ya está bien.— Millie se aparta de mí y busca en su bolso. Saca su teléfono y pulsa la pantalla. —¿Policía, por favor?— dice por teléfono.

—¡No!— grito, y de un manotazo le arrebato el teléfono. Aterriza en las escaleras y rueda por ellas, con la pantalla agrietada en una esquina.

—¡Zack!— grita. Va a recoger el teléfono, pero lo pateo lejos y choca contra el zócalo. La pantalla se destroza por completo y el teléfono se apaga.

El miedo se extiende por sus delicadas facciones y la culpa de ser la causa de su terror me revuelve el estómago. Mi desesperación es demasiado grande y parece que no puedo detenerme. El whisky me está dando valor. Debería haber empezado a beber hace años; quizá no estaría en este lío ahora mismo. —Lo siento —le digo, intentando que suene sincero—. Te compraré uno nuevo.

Me mira directamente a los ojos, su furia quemando un agujero en mi corazón. Hay un momento de calma mientras nos miramos, tratando de entender la situación antes de que se lance hacia adelante y me aparte mientras ella intenta llegar a la puerta. Su agresividad me toma por sorpresa y, tambaleándome borracho, tropiezo con el bolso caído de Millie. En lo que se siente como cámara lenta, me estrello contra la mesa auxiliar.

—¡Millie!— grito, pero ella abre la puerta para salir. Estoy a punto de perderla para siempre. Todo está roto. Me estoy perdiendo en un mundo que ya no reconozco como mío.

Sin pensar, extiendo mi pie, la hago tropezar por detrás de la rodilla. Para mi horror, cae con fuerza y su cabeza se estrella contra la puerta.

—¿Qué coño está pasando aquí?— grita una voz. Un hombre entra por la puerta que ha quedado entreabierta y corre a ayudar a Millie.

Ella lo mira y se queda pálida. —Dexter.

Capítulo 32

—¡Dexter! —jadea Millie de nuevo—. ¡Oh, gracias a Dios! —Se incorpora como puede y se arroja a sus brazos. No puedo evitar notar que él no la estrecha contra sí. El abrazo es incómodo, como si una pared invisible los separara. Él la aparta.

No puedo evitar sentir cierta satisfacción. Está lejos de ser una gran reunión.

Usando la mesa como apoyo, me pongo de pie. Siento el alcohol corriendo por mi sangre, más potente que nunca.

Dexter examina a Millie, manteniéndola a distancia con el brazo extendido. —No me voy a quedar mucho tiempo —le dice con una mirada de puro desprecio. No espera una respuesta antes de volverse hacia mí—. ¿Y tú quién eres? ¿Eres su nueva conquista? Ten cuidado, te atraerá abriéndose de piernas y te atrapará.

Me siento incómodo. Nunca me acosté con Millie. Sólo en mi imaginación.

El reconocimiento cruza el rostro de Dexter. —Espera. Tú eres el que estaba aquí ese día, ¿no? Escabulléndote de aquí como un perrito triste —se ríe—. No te preocupes, me habría cabreado que alguien fisgoneara por mi casa, pero estaba tan feliz. Pensé que se había conseguido otro juguetito. Alguien que le quitara la atención

de encima por un rato. Lo siento, amigo, pero no fuiste el primero. Y ciertamente no serás el último.

Frunzo el labio. —Soy su terapeuta —digo, enderezando el torso y alisándome la camisa. Levanto la cabeza, fingiendo sobriedad y confianza. No voy a dejar que este monstruo lleve la ventaja aquí. No importa lo borracho que esté—. Y sé todo sobre ti. Todo lo que le hiciste.

Millie me asiente desafiante. Probablemente contenta de tenerme aquí para defenderla.

Él la mira con el ceño fruncido. —¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que te hago? ¿Qué andas contando de mí por ahí? —La empuja, pero ella se mantiene rígida, la barbilla alzada en desafío. Estoy orgulloso de Millie. Ha progresado tanto desde nuestra primera sesión de terapia.

—¿Dónde has estado, Dexter? —le pregunta, una sonrisa torcida en los labios—. Parece que has estado en una pelea. Qué lástima.

Se le abre la boca y su mano izquierda agarra su muñeca derecha. Noto por primera vez que tiene las mejillas hundidas como si no hubiera comido bien en semanas y su pelo grasiento está echado hacia atrás, la grasa lo mantiene en un desorden salvaje. —Solo vine a buscar mis cosas, Millie. No pensé que estarías aquí.

—Pues aquí estoy —lo provoca Millie—. Entonces, ¿cuál es tu plan ahora?

Dexter intenta subir las escaleras pero Millie se encoge y grita con dolor exagerado. Dexter ni siquiera la tocó. —¡Por favor, no me hagas daño! —gime, pero la sonrisa no abandona su rostro. Finge ocultarse tras sus brazos, pero su risa la delata.

¿Qué está pasando?

Dexter niega con la cabeza, incrédulo. Mientras retrocede, tropieza pero logra mantenerse en pie. —No, Millie. Por favor, no hagas esto.

—¿Qué? ¿Protegerme? Oh sí, apuesto a que odias eso. Te gusta que esté débil, ¿no? Suplicando. Patética. Bueno, ya no más. Ya terminé contigo.

—Está bien, ya es suficiente, Millie. Déjame irme en paz y no diré ni una palabra de todo esto. Déjame ir. —Millie se ríe maniáticamente, poniéndome de los nervios. Dexter continúa—. Por favor, Millie. Ya no voy a aguantar más de ti.

Ella se pone frente a él, bloqueándole el paso. Siento como si no estuviera realmente aquí. Es como ver un drama de TV desenvolverse frente a mí. Me siento mal, el alcohol me quema la garganta. Me apoyo contra la pared para sostenerme.

Dexter hace una mueca cuando Millie le toca el brazo. —¡Por favor, no me toques! —ladra, pero ella no retira la mano. Los nudillos de Millie se ponen blancos mientras aprieta con más fuerza.

—¿A dónde vas, Dex? —Su voz es tensa y grave, como si una nueva Millie emergiera a la superficie. Su timidez se ha ido. Es una leona, lista para contraatacar. El orgullo me invade.

—Quítame la mano de encima.

—Tú no das las órdenes aquí, Dexter. ¿Recuerdas? Ahora, dime dónde has estado.

—Voy a buscar mis cosas y me voy. —Su tono ha igualado al de ella ahora y puedo oír la agresión con la que ella ha tenido que vivir durante el último año. Se está asomando a través de su fachada débil—. ¡Ahora suéltame! —La empuja. Fuerte.

Mi puño se estrella contra su mejilla con una fuerza tan inesperada que grito de dolor. Siento mis nudillos aplastados por el impacto. Pero sorprendentemente, Dexter apenas se inmuta. Parece el puto Diablo mientras me mira fijamente.

Hay un respiro entre nosotros antes de que se lance al modo de ataque, saltando sobre mí y tirándome al suelo. Sus puñetazos golpean fuerte contra mi mandíbula y estómago mientras me inmoviliza con las rodillas. Huele a sudor, el hedor sofoca mi respiración. No puedo pensar con claridad y me quedo en el suelo como un completo idiota, recibiendo la paliza. Absorbo el dolor que Millie ha sufrido a manos de este hombre. Si me está golpeando a mí, no la está golpeando a ella.

A través de mi estupor alcohólico y los puñetazos de Dexter, miro frenéticamente a mi alrededor. Mis ojos se encuentran con los de Millie. Me está gritando. Finalmente, me ve por quien soy. Su protector. Su futuro. Me alimento de su desesperación y saco fuerza de ella. Con un rugido poderoso, empujo a Dexter. Él me araña, un hombre poseído, pero yo tengo más por lo que luchar. El amor es una fuerza más fuerte que el odio.

Dexter cae hacia atrás y se agarra la cara. Está jadeando. —No deberíamos estar peleando. Estamos del mismo lado.

Aprovecho mi oportunidad y me lanzo encima de él y le clavo los nudillos en el puente de la nariz. La oigo crujir y la sangre brota de sus fosas nasales.

—¡Zack! —grita Millie de nuevo. Mi nombre en sus labios me llena de una enorme sensación de orgullo. ¡Lo estoy haciendo! ¡La estoy protegiendo! —Ya puedes parar. —Su voz es severa, y me toma desprevenido, haciéndome pausar para mirarla. Estoy confundido. Estoy haciendo esto por ella como he hecho todo por ella. ¿Por qué está enojada conmigo?

Sin previo aviso, Dexter me agarra la garganta y aprieta, devolviendo mi atención a él. Millie no puede querer que deje de lastimarlo. Seguramente puede ver que este hombre está trastornado.

El calor sube a mi cráneo mientras busco desesperadamente el aire que necesito para sobrevivir. No puedo. No puedo ni respirar, joder. El mareo regresa diez veces más fuerte, y mis ojos se revierten hacia atrás en mi cabeza. Mis manos se agitan, completamente desconectadas de mi cerebro. Mis dedos rozan algo duro y frío, y mis ojos se abren de par en par. A través de las manchas que perforan mis pupilas, veo un jarrón en la mesa y obligo a mis dedos a agarrarlo. Es pesado y por el tintineo que hace al arrastrarlo de la mesa, me doy cuenta de que está lleno de monedas sueltas.

No tengo mucho tiempo. Sé que tengo una oportunidad en esto antes de desmayarme. Mi visión se ennegrece y mi imaginación me regala la imagen de Millie mirándome adoradoramente. Sé que me estoy muriendo.

El rostro de Millie es reemplazado por el de Georgia. Veo su carita perfecta ante mis ojos y una energía brota de mí. Necesito ver a Georgia de nuevo.

Estrello el jarrón contra el cráneo de Dexter. El sonido del jarrón al romperse se mezcla con el crujido del hueso. Una cacofonía mortal.

Capítulo 33

La risa de Millie resuena en el aire.

Estoy sentado en el suelo mirando al techo, jadeando para recuperar el aliento. Mi garganta arde mientras trago el aire frío. Me llevo las manos a la cabeza para poder respirar mejor, y mis nudillos sangrantes me escuecen al estirar los dedos.

Dexter yace a mis pies. Tiene los ojos abiertos, pero sin brillo. Es como si le hubieran succionado la vida, dejando atrás un cuerpo sin alma. Es espeluznante, y siento la necesidad de cerrarle los ojos para que deje de mirarme.

La sangre se extiende por el suelo, el charco avanza rápidamente hacia mí y observo cómo se acerca a mis zapatos. Estoy demasiado aturdido para moverme. Es como si estuviera viendo esto desde fuera de mi cuerpo.

Millie sigue riéndose, devolviéndome a la realidad. Está conmocionada. Está histérica.

—Millie —digo apenas audible, y no me oye por encima de su carcajada. Me obligo a toser en un intento de llamar su atención—. ¡Millie!

Baja el volumen, pero la risa sigue brotando de ella. Tiene las mejillas sonrojadas y los ojos le brillan intensamente. —Oh, Zack.

Tendrías que haberte visto. Actuando como un héroe. Todo un machote. —Levanta los brazos y flexiona los bíceps para demostrar mi machismo.

No le veo la gracia. —Millie, estás conmocionada.

Entonces se ríe más fuerte. —Todos los hombres sois iguales. Pensáis que lo sabéis todo y que sois lo mejor de lo mejor, pero sois tan jodidamente simples. —Respira desesperadamente entre risas—. Sois todos tan... maleables.

¿De qué está hablando?

Continúa. —Sois como las piezas de un tablero de ajedrez. Sois todos unos malditos peones, tan fáciles de manipular.

Es una locura. Millie no me ha manipulado. Ni por un segundo. Esto es cosa de Dexter. La ha hecho pensar que ella tiene el control al desaparecer, cuando en realidad él era el que movía los hilos todo el tiempo. —Vi los moratones.

—¿Qué, como este? —Observo incrédulo cómo Millie se golpea el ojo con el puño con tanta fuerza que se tambalea hacia atrás.

Trago saliva. Ahora que Dexter está muerto, Millie ha perdido la razón. ¿Millie realmente se hizo daño a sí misma? No puede ser. He visto algunos casos bastante preocupantes en mi época, pero esto lleva la autolesión a otro nivel.

—¡No, Millie! Para. —Su ojo ya está enrojecido y empieza a amoratarse.

Su risa se detiene abruptamente. —No me digas qué hacer.

—No, no lo decía en ese sentido. Solo necesitamos pensar con claridad. Necesitamos arreglar esto. —Señalo el cadáver que sigue mirándome con ojos acusadores.

—¿Nosotros? Creo que este es un problema tuyo.

Mis ojos van de uno al otro. Puede que ya no esté borracho, pero mi roce con la muerte me ha dejado igual de confundido. —Millie, tienes que ayudarme. Yo... lo maté... por ti. —Las palabras se sienten eléctricas en mi lengua, como si al decirlas la verdad de la situación se hundiera aún más en mi mente. Debería sentirme culpable, pero ahora mismo, todo lo que puedo sentir es pánico. Maté a un hombre.

—No, Zack. No te voy a ayudar. —Su franqueza me atraviesa. —Supe desde el segundo en que te conocí que me ayudarías, pero nunca esperé que funcionara tan bien. ¡Ha sido tan entretenido!

Niego con la cabeza. Tengo la sospecha de que no está hablando de terapia.

—Quiero decir, eras mi carta de salir de la cárcel gratis, si Dexter hubiera encontrado las pelotas para ir a la policía. Nunca pensé que lo matarías. Pensé que eras demasiado cobarde. Pero veo que no. —Se agacha y mira a Dexter con desprecio—. Pobre Dexter, nunca aprendiste a portarte bien. Y yo nunca logré descifrar cómo tenerte bajo control. Pero vaya que lo intenté.

Mi lengua se siente pesada en la boca. —¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando?

Se ríe de nuevo. Pero esta vez su risa no contiene alegría. Es pura malicia. Se pone de pie. —¿De verdad crees que este pedazo de mierda puede intimidarme? Por favor. —Echa la pierna hacia atrás y le patea la cabeza con toda su fuerza. La brutalidad me quita el aliento una vez más. —Voy a decírselo a la policía —dice, burlándose del acento de Liverpool de Dexter—. Por favor, para. Por favor, Millie. Para de hacerme daño. Haré cualquier cosa.

Su crueldad me pone la piel de gallina, pero mi curiosidad puede más que yo. —¿Tú lo maltratabas? ¿Todo fue mentira?

Se encoge de hombros. —¿Qué puedo decir? Me gusta jugar. —Le pisa la cara, hundiéndole el pómulo, su tacón de aguja deja un agujero nauseabundo en su cara junto a su boca abierta. Lo saca con fuerza, arrastrándolo unos centímetros hacia ella—. Y Dexter era mi juguete. Por un tiempo, fue un buen chico. Mantuvo mi casa según mis altos estándares. Me hizo llegar al orgasmo cuando necesitaba alivio. Y recibía sus castigos como un buen chico cada vez que me disgustaba.

Esto no puede estar pasando. Millie es el monstruo.

—Pero entonces el muy quejica se puso a llorar. Empezó a quejarse de que no era feliz. Como si no entendiera lo afortunado que era por el simple hecho de respirar el mismo aire que yo. Tú lo sabes, ¿verdad Zack? Sabes qué honor es ese.

No puedo forzarme a mirarla. ¿Es miedo lo que desvía mi mirada? ¿Repulsión? No, es solo Millie. La conozco.

Esto no está pasando realmente. Este es un estúpido sueño de ebrio. Georgia es mía. Dexter está vivo. Millie no está loca. Pero el olor metálico que emana del cuerpo que se desangra de Dexter destroza mi ilusión. Todo esto es muy real. —¿Dónde lo habías escondido?

—¿A quién?

—A Dexter —espeto, mi tono más duro de lo que pretendía.

Se inclina hasta que su cara está a centímetros de la mía. Presiona su dedo índice contra mi pecho. —No me hables en ese tono. Y para tu información, no lo tenía en ningún lado. No tengo idea a dónde fue durante todas estas semanas. Supuse que había fingido su propia muerte para huir. Una salida de cobarde, si me preguntas.

Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué simplemente regresaría? ¿Por qué se esforzaría tanto por liberarse solo para volver caminando a la guarida del león?

Todo lo que sé con certeza es que necesito salir de aquí. Trato de ponerme de pie, pero me cuesta tres intentos antes de poder levantarme.

Millie me observa con una mirada de regocijo, disfrutando mi dolor. —¿Adónde vas?

—Necesito irme.

—¿Irte? ¿No crees que deberías arreglar este desastre primero? —Hace un gesto hacia el cuerpo de este pobre hombre como si fuera basura.

Tiene razón, por supuesto. No puedo simplemente irme de aquí. Mi ADN está salpicado por todo este lugar. Por todo el cuerpo del hombre que maté. Y sospecho que Millie no me va a ayudar a salir de esta.

Cambio mi peso a la pierna izquierda, luego de vuelta a la derecha. Me paso la mano por el cabello. Con decisión, miro alrededor de la habitación y veo mi teléfono en el suelo junto a la puerta de la sala. Agacharme me da náuseas, pero recojo mi teléfono del suelo, donde se cayó de mi bolsillo durante la pelea. Marco el número de mi padre.

El teléfono suena durante una eternidad antes de que él conteste, con una voz terriblemente débil. —Papá, necesito tu ayuda.

Capítulo 34

Papá llega en un coche que no reconozco con una expresión en el rostro que muestra que va en serio. Salgo a recibirlo antes de que conozca a Millie. Hay fuego en sus ojos que me aterroriza.

—Papá... —empiezo a decir, pero me interrumpe con un puñetazo en la cara. Me tambaleo hacia atrás.

—No, Zack. No pienses que vas a salirte con la tuya. Te metiste en este lío, y no quiero escuchar tus lamentos.

Me quedo ahí agarrándome la mandíbula y veo cómo papá se pone unos guantes y se dirige furioso hacia Millie, que está apoyada contra el marco de la puerta mirándonos con expresión divertida. Intercambian unas palabras y Millie hace un gesto hacia adentro. Se gira hacia mí con una sonrisa burlona cuando papá entra. Troto para alcanzarlos.

—Joder, Zack. ¿En qué te has metido? —Es una pregunta retórica y bajo la cabeza. La vergüenza que siento después de que Millie me haya engañado es inmensa.

—¿Qué hago? —le pregunto, mi voz apenas audible por encima del estruendo de la lluvia.

Los ojos de papá se clavan en los míos. —Creo que deberías irte. Ya has causado bastante desastre. —Su respiración es laboriosa y

hay un tinte amarillento en su piel. Nunca lo había visto tan viejo.

—Papá, no puedes hacer esto solo.

—Claro que sí, joder. Todavía hay vida en este viejo perro, ¿sabes? Ve a ponerte guisantes congelados en la cara. Ya me encargaré de ti después. —Papá se sube la capucha, acurrucándose en el forro polar. Sus ojos están hundidos y se ve malévolo oculto en las sombras de la tela. Aplaude. —Lárgate de una vez, Zack.

Me hace un gesto. —Ya me pondré en contacto contigo.

—Vamos —dice Millie, tomando mi mano. Me alejo de su piel fría. —Deberías irte y dejar que papá arregle esto.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto. No quiero dejarla con papá. Quiero que escuche toda la historia de mi boca, no de la venenosa de Millie.

—¡Se queda aquí! —ladra papá—. Necesitaré su ayuda. Pero tú tienes que irte. Solo vas a estorbar.

La mirada de papá es inflexible y con recelo, me voy.

No puedo volver a casa, a mi casa vacía, y siento como si fuera a explotar en mil millones de pedazos. Todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas es demasiado y ya no puedo contenerlo más. Las grietas se están abriendo.

Haría cualquier cosa por volver a mi vida como era hace apenas unos meses. Me las arreglaba. Tenía un negocio del que me sentía orgulloso, una hija a la que adoraba a mi lado, y desconocía por completo la existencia de Millie. ¿En qué me he convertido?

No puedo imaginar lo malo que debe haber sido mi matrimonio para sentir tanto odio hacia Sarah. No era tan mala. Es una buena madre para Georgia, simplemente me negué a verlo porque estaba dolido. Porque tenía terror de que mi relación con Georgia terminara. Estaba a merced de Sarah y la odiaba por eso.

Ahora sé que debería haber hecho más esfuerzo con Sarah. Podríamos haber sido algo. Al menos podríamos haber sido un equipo increíble, criando a Georgia para que fuera una mujer fuerte, segura y querida. En cambio, la arrastramos a las profundidades de nuestro desastre.

Regreso a mi casa para cambiarme la ropa manchada de sangre, pero el lugar se siente vasto y sin alma. Es asfixiante. No puedo

quedarme aquí. Así que decido ir a la casa de mis padres a esperar noticias de mi padre.

Mamá abre la puerta con una sonrisa dulce en el rostro, ajena a lo que su marido está haciendo ahora mismo. —Hola, Zack. ¿Estás bien, hijo? —Sus ojos se abren como platos y jadea al ver el estado de mi cara golpeada—. Oh, Zack, entra. Iré por el botiquín.

Puedo ver que tiene demasiado miedo de hacerme preguntas por si le digo algo que no quiere escuchar. Me imagino que piensa que Aaron está involucrado en esto y odiaría pensar que sus hijos están peleando. Entro pisando fuerte a la sala. Ella va a la cocina y puedo oírla revolviendo en los armarios y el tintineo de la máquina de hielo.

Me miro en el espejo encima de la chimenea. Mi cabello está revuelto en todas las direcciones. Mi cara está magullada, y una gruesa línea morada rodea mi cuello donde Dexter trató de estrangularme.

—Pensé que necesitarías algo fuerte para beber —dice mamá, mirando mi reflejo detrás de mí. Me da un trago de whisky, cuyo aroma me da náuseas. Se pone a trabajar dabbing mi cara con un paño frío y húmedo—. Zack, me tienes preocupada. ¿Qué ha pasado?

—Nada, mamá. Nada de lo que tengas que preocuparte.

Sus ojos se abren pero no dice nada. Me estremezco interiormente al dejar el whisky en la repisa, recordando los problemas en los que me metí la última vez que estuve borracho. ¿Realmente fue hace unas horas? Parece que hubiera pasado toda una vida y, a la vez, solo unos segundos.

—Está bien, cariño. —Suena tan pequeña, como un ratoncito. Sostiene una toalla llena de hielo contra mi labio.

Casi dos horas después, la puerta principal se cierra de golpe y salto para recibir a papá. Mamá ni siquiera aparta la vista de la tele. Está demasiado ensimismada en Antiques Roadshow. O demasiado perdida en pensamientos sobre mí y en qué lío me he metido.

—¡Papá! Aquí —le grito. Lo oigo jadeando antes de que siquiera entre en la habitación, y entra tambaleándose por la puerta.

—¿Graham? —Mamá se levanta y lo ayuda a sentarse en el sofá—. Dios mío, ¿qué les pasa a ustedes dos hoy? Los dos se ven horribles.

—No puedo hablar por él. —Papá me señala—. Pero yo estoy bien, Theresa. ¿Sigue libre esa copa?

Le doy a papá mi whisky intacto, ahora aguado por el hielo derretido.

—Deberías irte a la cama. Llamaré al médico.

—Por el amor de Dios, Theresa. Siempre te estás preocupando. —Mamá retrocede conmocionada. Papá respira profundamente—. Perdón, amor, solo estoy cansado. ¿Por qué no vas a comprar pescado con papas fritas? Seguro que eso me animará un poco.

Mamá duda, pero se va como se le pidió.

—¿Cómo fue? —le pregunto, como si le preguntara sobre su día de trabajo y no sobre el deshacerse de un cadáver. Un hombre que yo maté.

—Está resuelto. Eso es todo lo que necesitas saber.

—¿Qué hiciste con...?

—No, hijo. No puedes hacer preguntas. Mientras menos sepas, mejor. Y tienes que prometerme esto: no vas a acercarte nunca más a esa casa o a esa mujer. Para ti no existe. ¿Me oyes?

Asiento con la cabeza pero no lo digo en serio. Papá me ve a través de mí.

—¡Lo digo en serio! La has cagado en grande, Zack. Ya es hora de que hagas lo que te dicen.

—Lo sé, papá. Es solo que...

—¡No! —Su grito rebota en las paredes, haciéndome estremecer —. Puede que actúes como si fueras el duro, pero eres un jodido desastre, Zack. Y ya estoy harto.

—¿Se te ha ocurrido que soy un desastre por tu culpa? —le grito —. Nunca me sentí lo suficientemente bueno para ti. Estabas tan empeñado en hacer que funcionara mi matrimonio de mentira, que me metiste en una caja tan pequeña que no cabía. ¿No es de extrañar que la cagara?

—Mierda. Ya eres mayor, Zack. Tú tomas tus propias decisiones, no yo. —Los labios de papá se tuercen en una mueca y sus ojos se aprietan.

—¿Papá? ¿Estás bien?

—Bueno, Millie fue la última vez que te ayudo, Zack —jadea.

—¿La última vez? Nunca te he pedido ayuda, papá.

—¡Mierda! ¿Quién dio la entrada para tu casa? ¿Quién pagó por tu negocio? ¿A quién acudes cada vez que metes la pata?

—¡Nunca pedí esas cosas! Prácticamente me tiraste el dinero encima y no podía exactamente rechazarlo: nadie te rechaza a ti. Consigues lo que quieres.

Papá tose débilmente y se desploma en el sofá. El whisky que estaba sujetando cae al suelo. —Solo quería ayudar. Quería una vida mejor para ti.

—¿Qué quieres decir? —Mi pulso se acelera y el torrente de sangre por mi cerebro es audible. Los ojos de papá se cierran, haciendo que mi furia se dispare—. ¿Mejor que qué? ¿Que la de Aaron? No me hagas empezar con él. ¿Por qué lo odias tanto, papá? ¿Qué hizo para que lo trataras tan mal?

Papá se agarra el pecho. —Llama a una ambulancia —murmura.

Lo observo, tratando de decidir qué hacer. Quiero respuestas. Todo ha estado en espiral y por primera vez en mucho tiempo, la pelota está en mi cancha. Papá estará bien hasta que consiga algunas respuestas.

Me mira con ojos inyectados en sangre y desesperados. —Simplemente no lo amo como te amo a ti. Por eso las maté a todas ellas, hijo. Quería lo mejor para ti.

Papá claramente está fuera de sí por el pánico. —¿Mataste a quién? —Saco mi teléfono del bolsillo pero no hago la llamada.

—A las mujeres con las que salías. Necesitabas estar con Sarah. Necesitabas ser un buen hombre, y ellas te lo impedían.

La revelación me golpea como una tonelada de ladrillos. Papá apuñaló a Katie, estranguló a Sunita, y encerró a Cassandra en una habitación. Luego dejó que sus parejas abusivas cargaran con la culpa.

Se desploma en el suelo. Lo observo mientras su respiración se vuelve más dificultosa. Se está agarrando el pecho. Sus ojos no se apartan de los míos, me suplican que lo ayude. Pero no puedo. No puedo hacer eso.

Entonces todo queda en silencio.

—¿Papá?

Papá no habla. No abre los ojos.
Veo cómo toma su último aliento.
Solo entonces llamo a una ambulancia.

Capítulo 35

Los minutos pasan, cada uno es una agonía. Cada uno se burla de mí. Tú también lo mataste, me atormentan.

Mamá regresa de la freiduría. El olor a aceite frito y vinagre se extiende por la casa. Antes siquiera de quitarse los zapatos, las luces intermitentes de la ambulancia se detienen frente a la casa.

El grito de mamá cuando entra en la habitación me acompañará por el resto de mis días. Su rostro se queda inmediatamente sin color mientras corre hacia el amor de su vida. Alaridos de incredulidad brotan de ella. —¡No. No. ¡Graham! ¡No! —Se arrodilla a su lado y se arroja sobre él, intentando devolverle la vida con un abrazo.

El resto es borroso. Gente uniformada va y viene, llevándose a papá con ellos. Mamá solloza en su manga. Digo que voy a seguir a la ambulancia, pero no puedo. Ya sé que está muerto. Y no soy capaz de mirar a mamá a los ojos.

Tan pronto como la ambulancia se aleja, echo a correr.

El mundo gira a mi alrededor. Estoy delirando. Aparecen manchas ante mis ojos y las sacudo, enfocándome de nuevo en los pedazos de mi vida.

—¡Millie! —grito de nuevo. Golpeo su puerta y para mi alivio se abre con facilidad. La penumbra me impide ver bien, así que entro en la casa, pasando el dorso de la mano por la pared en busca de un interruptor.

No sé por qué estoy aquí. Mi vida es un desastre y siento una necesidad imperiosa de respuestas. La confesión de Millie me ha dejado completamente confundido y necesito saber qué le pasó a papá cuando lo dejé aquí. ¿Qué le hizo para que regresara así? Todo esto es culpa suya.

Todo.

Mi pie pisa algo blando y la alfombra emite un chapoteo. —Mierda —murmuro. Papá no limpió la sangre de Dexter. ¿En qué estaba pensando dejando aquí la evidencia?

Mi mano pasa sobre algo frío y enciendo las luces.

Retrocedo, jadeando ante la vista. Dexter sigue tirado en el suelo, intacto. Su piel está gris y sus ojos miran al techo, toda la vida se ha escapado de ellos. No puedo comprender por qué sigue aquí. Papá dijo que había arreglado esto.

—¿Millie? —grito. Me quito los zapatos y los lanzo por la puerta abierta, a la lluvia. No quiero pisar sangre por todas partes.

Examino la planta baja de su casa. Nada. Subo las escaleras, cuidando de no tocar nada y sigo mi instinto hacia el baño. Me cuesta respirar mientras empujo la puerta con el codo. Hay algo malo aquí, algo malvado. Me hiela los huesos, y no puedo explicarlo.

La pequeña luz sobre el espejo está encendida, proyectando sombras amenazantes por la habitación. La cortina de la ducha está corrida sobre la bañera, y sé que la fuente de mi inquietud yace detrás de ella. Acabo de presenciar a mi papá morir frente a mí. No es de extrañar que esté tenso. Intento sacudirme la paranoia y corro la cortina.

Grito. La sangre destaca sobre el esmalte blanco de la bañera. Se me corta la respiración en la garganta mientras miro su bello rostro, sus ojos cerrados con una expresión de serenidad. Su dulce boca está apenas entreabierta, sus labios aún lo suficientemente rosados para besar. Yace desnuda, sus pechos reposan sobre el agua teñida de rojo. Sus brazos descansan en el borde de la bañera, ambas

muñecas con gruesos y profundos cortes por donde se le escapó la vida.

—Millie —susurro—. Oh, Millie. ¿Qué hice?

Capítulo 36

No he salido de casa desde la lectura del testamento la semana pasada.

Las últimas palabras de papá resuenan constantemente en mi mente, burlándose de mí con la verdad de su traición. Ahora lo veo. Veo que como no encajaba en su molde del marido perfecto, sintió que era necesario entrometerse en mi vida y quitarles la vida a mujeres que realmente no merecían en absoluto el sufrimiento que les tocó vivir.

Mi ira hacia mi padre es tan intensa que quema. Sin embargo, mi culpa por el papel que jugué en su muerte es inmensa. Para colmo, mi dolor por no haber visto a mi hija en más de una semana me está matando.

Y maté a Dexter. No soy mejor que el hombre al que llamé padre.

Aquí estoy sentado ahora, un cuchillo pasando de una mano a otra mientras contemplo por qué me molestaría en seguir adelante. ¿Por qué no terminar con todo aquí mismo? No tengo nada más por lo que vivir. Las paredes de lo que una vez fue mi hermoso hogar se cierran sobre mí. Estoy rodeado de miseria y el dolor me incita a deslizar la punta de la hoja sobre mis muñecas.

La policía ha estado husmeando por aquí.

—¿Podemos pedirle su opinión profesional sobre Emily O'Neale? —me preguntó una joven agente alta, con las gafas en la punta de la nariz.

Les dije la verdad: cómo Millie era una mujer con problemas atrapada en una relación abusiva. O al menos, era la vieja verdad. La verdad que entendía y daba por sentada. Y mis archivos de clientes corroboraban eso.

—¿Emily alguna vez mostró tendencias hacia la autolesión? —me preguntó entonces la oficial de policía.

—Exactamente por eso vino a verme. Se hacía daño frecuentemente. —De nuevo, la verdad, aunque algo distorsionada.

Eso pareció satisfacer a los oficiales que volvieron al trabajo, declarando que Millie había matado a Dexter en defensa propia antes de quitarse la vida. Un final trágico, aunque no puedo negarlo.

Parece que papá hizo un trabajo excelente limpiando después de la muerte de Dexter. Supongo que ya tenía práctica en eso. No había razón para cuestionar nada. Agradezco que la policía tenga demasiado trabajo como para investigar todo a fondo.

Una vez más, papá sale impune, y las parejas abusivas que figuran en mis notas de casos son toda la evidencia que respalda conclusiones erróneas. Y yo sigo caminando libre.

Sé que no me merezco esto. Sé que debería ser castigado por el papel que jugué. Llevé a mujeres inocentes a la muerte. Era un destino que veía demasiado a menudo en mi trabajo o en conferencias donde se susurraban verdades acerca de los clientes. Las mujeres mueren todo el tiempo a manos de los hombres que aman.

Solo que esta vez, fue mi mano por poder.

Maté a Dexter, sin embargo. Eso fue todo yo. Y vi morir a mi padre.

Agarro el mango del cuchillo y aprieto el metal bajo mi palma. Está caliente y es reconfortante.

Lo he perdido todo. A pesar de pagar el dinero del chantaje de Chelsea, mi negocio se ha desmoronado de todas formas. Mi comportamiento y cancelaciones llevaron a una avalancha de mala publicidad en las redes sociales. Mi hija está Dios-sabe-dónde, muy

probablemente siendo puesta en mi contra por Sarah, quien francamente tiene todo el derecho después de que la empujé por las escaleras.

Estoy caminando por una cuerda floja que puede romperse en cualquier momento. Todo puede venirse abajo. Podría perder mi libertad además de todo lo que amo. Tanto Chelsea como Sarah tienen buenas razones para hacer que eso suceda. Cierro los ojos y presiono la punta del cuchillo contra la piel delicada de mi muñeca. La piel se rompe y observo con fascinación cómo la sangre se forma en gotas alrededor de la punta del cuchillo.

Suena el timbre, haciéndome saltar. Dejo caer el cuchillo y se desliza al suelo, aterrizando con un golpe suave en la alfombra.

—Joder —murmuro entre dientes. Cierro los ojos y respiro profundo y espero a que el visitante se vaya. La sangre gotea por mi brazo.

Pero, quienquiera que esté en mi puerta es persistente. Tocan el timbre otra vez, y otra vez justo un segundo después. Con exasperación, me levanto de mi asiento, mis músculos luchando contra mi deseo de moverme.

—¿Quién es? —pregunto a través de la puerta.

—Soy yo, Aaron. Déjame entrar.

—Ahora no. Estoy ocupado.

La manija de la puerta se sacude. —Abre la puerta, Zack. Tenemos que hablar.

Presiono mi frente contra la pared. No tengo fuerzas para esto.

—No me voy de aquí hasta que me dejes entrar. Y puedo ser bastante ruidoso cuando no me salgo con la mía.

Suspirando, abro la puerta y me alejo, permitiendo que Aaron se deje entrar.

—Vaya, te ves como una mierda —me dice.

—¿Qué quieres? —Me apoyo contra la pared, exactamente donde Sarah se golpeó la cabeza.

—Mañana es el funeral. ¿Estás listo?

Me encojo de hombros. Sé que le dije a mamá que podríamos hacerlo aquí, pero no le he dado ni un segundo de pensamiento desde que hice esa promesa.

—Mira, Zack. Tenemos que mantener la compostura. Por mamá. —Piensa que me estoy desmoronando por papá. Supongo que tiene razón, solo que no tiene idea de por qué.

Mis ojos se encuentran con los suyos y por primera vez lo miro apropiadamente. Parece que ha envejecido una década en la última semana. Sus ojos están inyectados en sangre y su boca se hunde, pesada con una carga no contada. —¿Estás bien? —pregunto.

—Tan bien como puedo estar.

Lo miro más cuidadosamente. Un hombre verdaderamente roto está parado frente a mí. Simplemente no hay manera de que la muerte de papá pueda hacerle esto. No tenían un vínculo lo suficientemente estrecho. —Háblame, Aaron. Por favor.

Me mira con las cejas levantadas y suspira. —Papá era un bastardo crítico. Nunca tuve la oportunidad de hacerlo sentir orgulloso.

Asiento, levantando un taburete y tomando asiento. Mi cuerpo duele por el trauma reciente. —Era una mala persona, eso es seguro.

Aaron inclina la cabeza hacia un lado pero no me pide que me explique. —Me odiaba. Nunca me dejó ser simplemente... yo.

Pienso en la desesperación de papá por que hiciera funcionar mi matrimonio y gruño en acuerdo. Solo que en lugar de retirar su amor, como hizo con Aaron, me asfixió con él. —¿Por qué te odiaba tanto? ¿Qué pasaba ahí? —finalmente tengo las agallas de preguntar ahora que papá está muerto. Tenía demasiado miedo antes, en caso de que mi involucramiento molestara a papá. No quería decepcionarlo.

Aaron presiona un dedo contra sus labios. Me imagino que finalmente decir la verdad se siente extraño. —¿Recuerdas cuando todos vinieron a verme cuando pasé el entrenamiento básico?

Asiento. Es el recuerdo capturado en la foto en la repisa de mamá.

—Bueno, papá se hizo amigo de mi sargento. Pasaron horas hablando.

Asiento. A papá siempre le gustaba hablar con la persona de más alto rango en cualquier habitación, ya fuera militar o civil. Siempre

asumí que simplemente le gustaba hablar con alguien que pensaba estaba a su mismo nivel.

—Bueno, aparentemente mi sargento hizo una broma sobre mí, sobre quién soy realmente, frente a papá. Y eso fue todo. Papá me dijo que renunciara. Y lo hice. Nunca le dices que no a papá, ¿verdad?

Me río entre dientes. —Eso es cierto.

—Dijo que quería "arreglarme".

Me contengo de hacer preguntas. Esta es la historia de Aaron para contar. Debería sentirse capaz de contarla a su manera. Además, si hablo ahora tengo miedo de que rompa el hechizo entre nosotros y Aaron huya.

—Zack. —Sus ojos se fijan en los míos y recurro a mi entrenamiento de terapeuta e inyecto sinceridad en mi mirada. —Soy gay —admite y aparta la mirada. —Estoy seguro de que puedes imaginar cómo se tomó papá la noticia.

Trago mi shock. Pobre Aaron. Por primera vez en años, puedo apreciar todo lo que ha dicho y hecho. El actuar mal. La mirada de pérdida marcada en su rostro.

Papá era asquerosamente homofóbico. Apagaría la televisión si dos hombres se atrevían a besarse en la pantalla. Cruzaría la calle al ver a hombres tomados de la mano. Una vez lanzó insultos cuando vio a un hombre proponerle matrimonio a su novio. Era vergonzoso. Pero era parte de papá. Nunca estuve de acuerdo con sus opiniones, pero sabía que tampoco podía luchar contra ellas, así que hice la vista gorda. No tenía idea de que su odio también estaba dirigido a mi hermano.

—Papá siempre lo supo —dice Aaron—. Creo que pensó que el ejército me enderezaría. Andar con hombres "reales" que ansiaban sexo con mujeres. Así que puedes imaginar su reacción cuando se enteró de que me habían pillado besando a un cocinero detrás de la cocina.

Me ablando ante la revelación de Aaron. Mi pobre hermano, encerrado. Encerrando su verdadero yo adentro. Forzado a mentir para presentar una imagen que satisficiera a mi padre. No es de

extrañar que Aaron se cerrara de la familia. —Aaron, lo siento mucho. No tenía idea.

—Entonces el plan de papá funcionó —se ríe Aaron—. Cuando era niño, solía entrenarme sobre cómo comportarme heterosexual. Salir con chicas. No vestirme demasiado afeminado. —Se ríe, pero está lleno de dolor.

Nos sentamos en silencio amigable. La admisión de Aaron ha eliminado toda animosidad entre nosotros. —¿Alguien más lo sabía?

—Solo Sarah.

Reprimo el fastidio que amenaza con desbordarse. Siempre supe que Sarah y Aaron tenían una amistad extraña, pero asumí que se estaban uniendo por ser ambos una molestia en mi trasero. No tenía idea de que Aaron estaba abriendo sus vulnerabilidades a mi esposa. Tal vez ella no es tan mala después de todo.

—¿Estás viendo a alguien? —pregunto eventualmente, cambiando el tema.

Hace una mueca. —Lo estaba. Pero me dejó.

—Lo siento.

Hace un gesto despreocupado con la mano, pero no logra ocultar las lágrimas que brillan en sus ojos. —Estaba dañado. No fue una sorpresa cuando desapareció. Especialmente cuando pasé tanto tiempo escondiéndolo como un secreto sucio. Se merecía algo mejor que yo.

—¿Quieres hablar de eso?

Los ojos azules de Aaron se encuentran con los míos. —He tratado de hablarte. Tantas veces. Cada vez me acobardaba e inventaba alguna excusa de mierda sobre necesitar dinero.

Bajo la cabeza en vergüenza. —Lo siento mucho. Tenía muchas cosas pasando. Y fui un hermano de mierda.

—Creo que ambos somos culpables de eso —dice. Rasca una uña sobre una marca en su abrigo—. Lo trataron como basura.

—¿A quién?

—A mi novio. Mi ex-novio. Nunca fuimos pareja, no realmente, pero nos llevábamos bien y había esta fuerte atracción ahí, ¿sabes?

Asiento. Sé exactamente a lo que se refiere. Lo sentí demasiado a menudo con las mujeres que papá mató.

Aaron continúa. —Solíamos encontrarnos en secreto en un pub rudo en el pueblo, en algún lugar donde sabía que ninguno de los amigos de papá iría. Se abría conmigo. Y yo con él. Me contó cómo su ex lo trató como una absoluta mierda. Eventualmente todo se volvió demasiado y vino a mí por ayuda. Se quedó en mi casa. Deberías haberlo visto, Zack. Estaba demasiado aterrorizado para salir. Fue jodidamente horrible. Pero lo amaba. Tanto, maldita sea.

Chasqueo la lengua. —Supongo que los hombres pueden ser tan cabrones con otros hombres como lo son con las mujeres.

—No. Eso es lo que pasa, Zack. Estaba con una mujer. Era una verdadera desgraciada, eso es seguro. Zack, Dexter se merecía mucho mejor.

—¿Dexter...?

—Sí. Su ex hizo tanto daño. Seguí diciéndole que simplemente la enfrentara. Que fuera y recogiera sus cosas de su casa y siguiera con su vida.

Sin saber dónde mirar, solo asiento con sus palabras.

—De todos modos, creo que lo presioné demasiado fuerte y un día dijo que lo arreglaría todo. Quería ir con él, pero no me dejó. Luego cuando llegué a casa del trabajo ese día, me había dejado.

Las lágrimas corren por sus mejillas y se dirige al comedor para llorar a solas.

Estoy demasiado aturdido para moverme. Aaron estaba enamorado de Dexter.

Y yo lo maté.

—¿Zack? ¿Qué es esto?

Sacudido de mi culpa, tropiezo hacia el comedor para encontrar a Aaron sosteniendo el cuchillo que casi usé para quitarme la vida. Me encojo de hombros. Como un idiota.

—Zack. No vas a hacer esto.

Finjo confusión. —No sé de qué estás hablando.

Aaron mira hacia mi muñeca y me doy cuenta de que un pequeño hilo de sangre ha goteado sobre mi mano donde previamente me pinché la piel. Se ha secado y está empezando a formar una costra roja sobre mi piel.

Los sollozos de Aaron regresan con fuerza. —No, hombre. No vas a hacer esto. Eres mi hermano mayor. ¡Joder, te necesito!

—Un hermano de mierda —sollozo a cambio.

—Bueno, sí —Aaron suelta una risa triste entre lágrimas—. Pero créelo o no, te necesito ahora. ¿Y qué hay de Georgia? Ella necesita a su papá.

Miro al suelo. ¿Cómo puede Aaron ser amable conmigo después de lo que le hice a Dexter?

—Por favor, Zack. Prométemelo. —Su súplica es apenas audible pero me apuñala el corazón. Le debo todo a este hombre. Haré lo que me pida.

—Está bien —le digo—. Te lo prometo.

Aaron me abraza fuerte, dándome palmadas en la espalda.

Me llevaré mis secretos a la tumba si eso significa proteger a mi familia.

Capítulo 37

Me paso las manos por la chaqueta, alisando las arrugas. Mi traje necesitaba una limpieza en seco, pero con Sarah ausente, no pude llevarlo a la tintorería. Tendrá que bastar.

—Te ves elegante —dice su voz desde el umbral de la puerta.

Me doy la vuelta para ver a mi esposa mirándome. Verla de pie en mi habitación me deja mudo. Siempre imaginé que este momento sería violento; que sentiría la necesidad de hacerla pagar por lo que me ha hecho.

—Helen está afuera antes de que pienses en hacer algo de lo que te arrepientas —dice, como si me leyera la mente. Me muestra su teléfono y veo que la llamada con Helen está activa.

—No te escuché entrar —digo estúpidamente.

Inclina la cabeza y sus hombros se relajan visiblemente. —Esa no es la bienvenida que esperaba. Pensé que estarías furioso conmigo.

—Oh, créeme, lo estoy. Pero he pasado por mucho últimamente. Me alegra verte de vuelta.

Frunce el ceño, preocupada. —Tenía que venir. Me enteré de lo de Graham. Lamento mucho tu pérdida. —Su voz se quiebra, pero no tengo tiempo para sus lágrimas.

A propósito, le pregunto: —¿Dónde está Georgia?

—Está en casa de Helen.

Asiento, mis músculos tensos por luchar contra el impulso de saltar al coche y conducir hacia mi hija.

—Recibí una carta del abogado de tu padre —dice.

—¿Así que sabes del fondo fiduciario para Georgia?

Papá fue un desgraciado en la muerte, igual que en vida. Siempre controlador. Siempre dirigiendo sus esfuerzos hacia sus jodidos valores, sin importar lo miserables que hicieran a todos los demás.

El testamento de papá fue revelador. Siendo una constante fuente de decepción, mi hermano no recibió nada. Está bien. Lo que más sorprendió a todos fue que yo tampoco estaba en su testamento. No recibí ni un centavo.

Traté de no dejar que me molestara. No quiero su dinero sucio. Pero no puedo evitar preguntarme por qué. Pensé que papá y yo estábamos unidos, así que el que no me considerara se siente como una bofetada en la cara. Como si nuestra relación no hubiera significado nada para él todos estos años.

Mi madre recibió la mayor parte de su riqueza, por supuesto. Y le dejó a Georgia una cantidad de dinero que te deja sin aliento en un fondo fiduciario. Según las condiciones del fideicomiso, Georgia recibirá un cuarto de millón de libras cuando cumpla dieciocho años. ¿La condición? Sarah y yo debemos estar viviendo juntos como marido y mujer y no haber formado pareja con otra persona. Eso significa doce años encerrado en un matrimonio con Sarah. Doce años de absoluta miseria para ambos.

Ella asiente. —¿Qué quieres hacer?

Me giro para enfrentarla. —¿Qué crees que es lo mejor?

—Zack, como yo lo veo, otros doce años de este matrimonio podrían hacerle más daño a nuestra hija que el hecho de perderse un poco de dinero jamás podría hacerle. Creo que deberíamos divorciarnos.

Es una noción interesante. Pensé lo mismo, pero algo me molestaba. —No —digo, volviéndome para ajustar mi corbata—. Le debemos a Georgia hacer todo lo que podamos para conseguirle lo que se merece. Hemos estado infelizmente casados todos estos años. Creo que le debemos al menos intentarlo.

—Nuestro matrimonio la está envenenando, Zack. Seguramente puedes ver eso.

—Por eso debemos esforzarnos más. Mira, no digo que será un matrimonio convencional. Es obvio que nunca habrá amor entre nosotros. Pero podemos vivir juntos como marido y mujer, sin el amor propio de un matrimonio.

La veo acercarse a mí por el rabillo del ojo. Ahora está a centímetros de mí. Su perfume es demasiado dulce y se me queda en la garganta. —¿Realmente crees que podemos hacer eso?

Me río y me giro hacia ella. —Podemos intentarlo. Por el bien de Georgia. —Y si significa que puedo mantener a Georgia en mi vida, valdrá cada segundo.

Niega con la cabeza. —Pero no creo que pueda hacer eso, Zack —susurra.

—Por favor, Sarah. No puedo perderte a ti también.

Me mira con ojos grandes y se toca la parte de atrás de la cabeza, donde el cabello todavía está corto por la operación. Palidece. —Me das miedo. Me preocupa lo que me harás.

Me derrumbo cuando lo que le hice a Sarah regresa a mí en oleadas abrumadoras. Cada pequeño fragmento de dolor se desborda de mí. Me agacho en el suelo y dejo que los sollozos salgan en llanto ahogado. —No soy una mala persona, Sarah. No lo soy. Realmente no lo soy.

Sarah vacila antes de agacharse junto a mí. Apoya una mano en mi hombro y me doy cuenta de que ella también está llorando. —Hemos hecho un desastre bastante grande de todo, ¿no es así?

Asiento. —No, yo lo hice. He arruinado todo. —Me chorrea la nariz —. Lo siento mucho, Sarah. Nunca te volveré a lastimar. No soy una mala persona.

—Lo sé, Zack. Sé que las buenas personas a veces pueden hacer cosas malas. Lo sé más que nadie.

Continúo sollozando, agradecido de que Sarah entienda. O al menos esté tratando de hacerlo. Sé que mis acciones son imperdonables, pero si tan solo me da una oportunidad para mostrarle cuánto lo siento, me perdonará. Tiene que hacerlo. No

permitiré que Sarah me la quite otra vez. Mi pequeña es todo lo que me queda por lo que vivir.

Capítulo 38

El ataúd de mi padre entra en la boca de las llamas, recibiendo la justicia que se merecía.

Por muy enfadado que esté al enterarme de sus acciones, todavía lamento la pérdida del hombre que admiraba. El hombre que me trajo a este mundo y me dio una carrera, un hogar y valores familiares (aunque me costara respetarlos). Papá tenía grandes expectativas y un código de ética retorcido pero, si me atrevo a verlo de forma positiva, se mantuvo firme y vivió según sus principios al cien por cien. Eso lo admiro. Solo desearía que hubiera pensado de otra manera.

Incluso en su muerte sigue haciéndome sufrir, atándome a una mujer por el bien de lo único que realmente me queda por amar. Pero sé que no he traído más que dolor a la vida de Georgia y necesito redimirme. Me quedaré con Sarah hasta que pueda darle a esa niña todo lo que merece.

Sarah se sienta a mi lado, las lágrimas corren por su rostro enrojecido. El pañuelo que aprieta está empapado.

Aún no he hablado con Aaron esta mañana. Y miro por encima del hombro para verlo sentado en la última fila. Está mirando al suelo,

negándose a presenciar cómo el cuerpo de mi padre se reduce a cenizas. No puedo imaginar cómo se siente. Libre, espero.

Ha mantenido su verdadero yo reprimido debido a las creencias de mi padre. Espero que ahora tenga el valor de revelar sus verdaderos colores y vivir una vida más feliz y plena. Quizás aún hay esperanza para nosotros.

El oficiante concluye el servicio, todos se ponen de pie, y un murmullo ahogado suena a mi alrededor.

—¿Estás bien? —me susurra Sarah.

No puedo hablar con ella en este momento. Por mucho que quiera, no puedo afrontarla. Mis emociones están demasiado en carne viva y tengo miedo de derramar las verdades que necesitan permanecer encerradas para siempre. Nadie puede saber lo que hizo papá. Si sus secretos salen a la luz, entonces los míos también se derraman, y acabo de recuperar a mi hija. Niego con la cabeza a Sarah, negándome a encontrar su mirada.

Sarah tose y mira significativamente por encima de mi hombro. Me doy la vuelta y veo que mamá nos está mirando.

—Zack, querido, ¿puedo hablar contigo un momento?

Sarah capta la indirecta y se aleja.

—Te agradecería que tú y Sarah mantuvieran sus diferencias para ustedes mismos, solo por hoy.

—No necesitas preocuparte, mamá. Estoy seguro de que podemos dejar de pelear por solo un día.

Lo dije en tono de broma, pero las cejas de mamá se fruncen en una expresión que nunca he visto en su rostro antes. Está furiosa y hay un destello aterrador en sus ojos que me desconcierta. Mira alrededor, viendo quién está en la habitación con nosotros.

—Sé lo difícil que es guardar los secretos de tu padre. Yo lo he estado haciendo durante años. Pero te juro que si dices una sola palabra mala sobre él hoy, si siquiera manchas la memoria que alguien tiene de él, te juro por Dios que te haré la vida imposible.

Doy un paso atrás. ¿Quién es esta mujer ahora?

—¿Mamá? ¿Qué secretos?

¿Sabe que estuve allí cuando papá murió?

—No te atrevas a intentar mentirme. Es tu culpa que tu padre esté en ese ataúd. Elegiste a tu puta por encima de lo que era correcto, y Graham lo pagó caro. Yo también lo pagué caro.

Me señala con el dedo en el pecho y retrocedo, sobresaltado.

—No lo hice, mamá. No lo maté.

—¿Zack? ¿Qué acabas de decir? —Sarah está parada junto a la puerta, con la mano en la boca.

—¡Por supuesto que no! ¿Qué haces aquí?

Se ha puesto pálida como una sábana.

—Sé cuándo mientes, Zack. Tus labios se mueven.

—No lo maté —murmuro.

Mamá me mira con desprecio.

—No dije que lo hicieras —espeta—. No estaba hablando de eso. Pero ahora ya no estoy tan segura.

Mi boca se abre de par en par. Mis ojos van de una a otra de las dos mujeres en mi vida: una representando el amor, la otra el odio. Solo que ahora eso se ha desdibujado. Solo siento su odio. Me desplomo en una silla cercana. Estoy completamente confundido.

Entonces me doy cuenta. Ella sabía lo que papá hizo por mí. A Katie, Sunita, Cassandra. Incluso Millie. Y ahora me he metido en problemas yo solo.

Sarah se acerca a mí y se inclina hasta que su rostro está a centímetros del mío.

—Realmente eres una basura. Lo mataste, ¿verdad?

—¡No lo maté! Por favor retrocede. Esto no tiene nada que ver contigo.

—¡Pero esto tiene todo que ver conmigo! —grita—. ¡Mataste al padre de Georgia!

El silencio es ensordecedor. Es como si estuviera sumergido y me ahogara. Esto no puede estar pasando. Sarah está mintiendo.

—¿Qué dijiste?

Pero Sarah no dice nada. Le tiemblan los labios.

Mi vista está borrosa, pero puedo distinguir a mamá tomando a Sarah del brazo. No hay ira en su expresión. Tampoco sorpresa. Mamá también sabía sobre papá y Sarah. Sobre Georgia.

—¿Mamá? —sollozo—. Dime que no es verdad.

Niego con la cabeza, forzando al mundo a volver al foco.

Veo a Sarah salir de la habitación dando un portazo, sin mirar atrás.

—Es verdad —suspira mamá—. Pasó solo una vez. Al menos con Sarah. Tu papá tenía ojos inquietos cuando bebía. Pero solo tuvo amor por mí. Era un esposo devoto, realmente.

—¿Cómo viviste sabiendo eso? ¿Qué te pasa? ¿Cómo te atreves a ocultarme la verdad?

—¿Crees que fue fácil? Fue difícil, pero logré encontrar en mí misma el perdón y todos acordamos que tú no serías lo suficientemente fuerte para hacer lo mismo. Y eso no se sentía justo para Georgia. —Se acomoda la correa del bolso más arriba en el hombro—. Tú eras su papá, no Graham. Él es demasiado viejo para criar a una niña, no era justo.

Estoy llorando como un niño pequeño.

—Así que te instalamos en una casa, con una carrera. Todo lo que hicimos fue por ti, todo.

—¿Por qué quería tanto que me quedara con Sarah? ¿Por qué arruinar mi vida así?

—Sabía que si ustedes dos pasaban por un divorcio desagradable, las verdades empezarían a derramarse. La desgracia hace que la gente hable.

—¿Y sabías sobre mis aventuras? ¿Lo que papá hizo para detenerlas? —Me ahogo con mi llanto y lo toso.

—Lo sabía. Y no importa cuántas veces te detuvimos, seguías volviendo por más, ¿verdad? No podías mantener tu miembro en su sitio. De tal palo, tal astilla, supongo.

—¿Y eso no te importaba? ¿No te molestaba estar casada con un hombre capaz de matar?

—No. Porque creo en la santidad del matrimonio. Estaré a su lado hasta el último de mis días. Y ahora creo en la santidad de tu matrimonio.

Capítulo 39

UN AÑO DESPUÉS

Superar el duelo nunca es un proceso lineal. El último año me vi cayendo en un pozo sin fondo de desesperación, solo para luego arrastrarme fuera antes de volver a sumergirme. Ha sido un viaje largo y solitario, y recién ahora siento que puedo volver a respirar. Aunque sea solo un poco.

Termino la carta que estoy escribiendo y la coloco en la caja junto con todas las demás. Ahora hay ocho allí dentro. Al principio no sabía qué decir. ¿Qué le digo a la chica que crié como si fuera mía, sin saber que en realidad era mi media hermana? Es algo de lo que nunca podré recuperarme del todo. Por mucho que ame a Georgia, nunca podré mirarla igual.

Georgia ni siquiera lo sabe. Sarah nunca volvió después del funeral. Desapareció. Ni siquiera Helen sabía adónde se había ido.

Así que empecé a escribir cartas. Cada una para decirle a Georgia que la quiero. Cada una para que sepa que no soy un mal hombre. Y tal vez algún día se las dé. Cuando logre dar con ella.

No tengo prisa por encontrarla. No puedo enfrentar a Sarah ahora mismo. No puedo dejar que la desesperación me guíe más. Necesito una mente clara y la única manera de lograrlo es curarme primero.

También meto el pijama de Peppa Pig en la caja. Un sollozo se me escapa pero lo contengo. Ya habrá tiempo para eso en la cama más tarde. No puedo llorar ahora.

Sigo pensando en Millie con frecuencia. Fui un idiota al enamorarme de Millie. No sé en qué estaba pensando. Era un hombre buscando una salida en todos los lugares equivocados. Un animal enjaulado o renuncia por completo a toda esperanza o pierde la cabeza. Vergonzosamente, yo fui esto último.

Mi papel en el juego de Millie es peculiar. Ella me usó para encubrir su trato enfermizo hacia Dexter, eso lo sé. ¿Pero por qué seducirme? ¿Por qué arrastrarme aún más profundo en su juego? Puede que nunca sepa las verdaderas respuestas, pero tengo una buena idea: control. Millie necesitaba manipular a todos a su alrededor. Padecía un trastorno narcisista de la personalidad.

Debería haberlo visto. Las cosas podrían ser muy diferentes ahora si simplemente hubiera hecho bien mi trabajo y hubiera diagnosticado a Millie de inmediato.

Está de más decir que ya no ejerzo como terapeuta. Por ahora, corrijo trabajos de estudiantes universitarios. Es un ingreso bajo, pero ahora comparto los gastos de la casa, así que me las arreglo.

Aaron aún llora la muerte de Dexter y esa culpa nunca me abandonará. Me arrepiento de muchas cosas, pero alejar a Dexter de Aaron es la peor. Se merece ser feliz.

Mi hermano fue víctima de la intolerancia de nuestro padre y, desde la muerte de papá, Aaron está empezando a salir de su caparazón. Es amable, cariñoso y muy divertido. Es el hermano que siempre quise. Y, dado lo que le quité, haría cualquier cosa por él.

—¿Todo bien, hermano? —me pregunta ahora.

—Sí, sólo estaba pensando.

Aaron coge el mando y enciende la televisión. Desde que nos mudamos juntos, hemos descubierto que compartimos el gusto por las telenovelas. Pone el episodio de anoche de Coronation Street para ver la última aventura de Steve Barlow.

Tenemos una relación extraña. Eso genera cierta tensión entre nosotros, pero lo hacemos juntos, reconstruyendo nuestra relación, hilo a hilo.

Y eso es todo lo que puedo hacer ahora mismo. Poco a poco, arreglaré mi relación con mi hermano, con Georgia y quizá incluso con Sarah.

Y tal vez algún día pueda sanarme yo también.